EL JARDÍN DE LOS AUSENTES



Marian Raméntol

El jardín de los ausentes

Marian Raméntol

El jardín de los ausentes
Editorial: La Náusea Ediciones
Colección E-Book

Edición electrónica: Febrero 2026

©De esta edición: La Náusea Ediciones
©Maquetación: La Náusea Ediciones
©De la ilustración en portada e interiores: Marian Raméntol
©Del los textos: Marian Raméntol
©De la Nota Editorial: La Náusea Ediciones

Esta obra se encuentra bajo licencia Creative Commons



Certificado digital de Cedro nº 2026-02-06T09:08
Obra registrada con el nº: uBMvKjod-2026-02-06T09:08:57.751

Contacto: lnausea@gmail.com

El jardín de los ausentes

La Náusea es el nombre de una guerrilla artística y cultural que opera en el campo de las artes de vanguardia. Nuestras armas son la palabra, la música, el cine experimental y toda creación plástica que fuera de los circuitos invadidos por el tedio, luchan por hacer de la experiencia artística un lugar de encuentro. Nuestros centros de operaciones son: una revista semanal en castellano que lleva en funcionamiento desde el año 1999 con más de treinta colaboradores habituales.

Una sección quincenal en catalán activa e irreductible desde el año 2013 con más de veinte colaboradores. Una galería virtual de arte, con exposiciones trimestrales. Un sello discográfico dedicado a la música de vanguardia. Una productora de cine experimental.

Un canal de noticias y comunicaciones urgentes que se actualiza a diario, y una editorial de poesía y narrativa en formato de libre descarga.

La Náusea Ediciones
Colección E-Book

El jardín de los ausentes

Marian Raméntol



NAVEGABILIDAD

Para una mejor y ágil experiencia de lectura se ha previsto el acceso al índie desde cualquier página del libro, tan solo hay que refugiarse bajo la copa del árbol. Igualmente a través del índice podemos desplazarnos a cualquier capítulo que deseemos clicando sobre la imagen en particular.

Así mismo, se han habilitado enlaces externos para que el lector pueda ampliar la información sobre el autor y sus proyectos o la editorial, en cualquier momento y sin dejar el libro.

Feliz lectura!

Nota de la autora

"El jardín de los ausentes" responde a la urgencia de abrir el símbolo de una casa clausurada, atender a los pasos que persisten en la ausencia y pronunciar los nombres de quienes ya no contestan, pero siguen habitando la memoria.

He querido que la escritura avanzase como una corriente subterránea, paciente y obstinada, excavando los muros de la historia familiar hasta hallar, bajo capas de polvo y objetos dormidos, aquello que todavía late, la persistencia del vínculo.

En este jardín, las raíces se entrelazan y las heridas germinan en la tierra oscura de lo no dicho. Lo cotidiano se convierte en revelación, una fotografía, una carta, una habitación abandonada, un gesto apenas recordado... todo lo visible se abre hacia lo invisible.

Los personajes de esta novela, con sus silencios, manías y pequeñas fidelidades, conforman un retrato coral de una época en retroceso, pero también de un estigma que pertenece a una generación entera, aquella que creció entre la obediencia y la fractura, entre el mandato de la apariencia y la urgencia de ser.

"El jardín de los ausentes" busca ser una experiencia de descenso, una invitación a entrar en una casa donde el tiempo no se mide por relojes, sino por la duración de los recuerdos. Su lectura invita a mirar el vacío que sostenemos sin saberlo, porque, en realidad, toda pérdida es también una forma de permanencia.

Las ilustraciones que abren cada capítulo no son simples adornos ni meras ventanas visuales, son huellas del propio espacio que habitan los personajes. Cada rincón, cada sombra y cada trazo

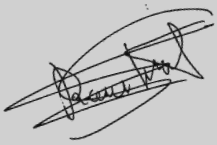


pertenecen a la casa y a su historia, esa presencia silenciosa que observa, acoge y retiene las huellas de quienes la transitan.

La casa, en esta obra, es un personaje más. Tiene memoria, hendiduras, resquicios y una mirada que atraviesa generaciones. Por eso, las imágenes simbolizan la penumbra de una buhardilla, el eco suspendido de un pasillo, la ternura o el miedo adheridos a una puerta entreabierta.

Han sido creadas mediante inteligencia artificial, pero bajo una dirección íntima, minuciosa y humana: la mía.

Cada ilustración ha sido concebida con cuidado obsesivo para que refleje con exactitud el clima emocional y simbólico. Su trazo a tinta busca la verdad del espacio, esa verdad que no siempre está en lo visible, y su tono nostálgico prolonga el latido de la novela.
Estas imágenes son, en definitiva, fragmentos de la simbología de la casa: retratos de su modo de guardar y revelar secretos.







CAPÍTULO I.
UN INTRUSO DE GOZNES OXIDADOS



Llegar a la verja obliga a detenerse. No hay otra forma de cumplir con el ritual.
Cerrar los ojos. Dejar que el aire te atraviese. Jazmines, gardenias, madreselvas, rosas. Todo eso.
El jardín entero te invade como un animal que olfatea. Manuel, con sus manos llenas de tierra, lo ha cuidado bien. Demasiado bien. Cada maceta en su sitio, cada arbusto podado con precisión quirúrgica, las ramas que no se tocan entre sí. Las piedras del camino, alineadas como si alguien midiera cada centímetro. La manguera enrollada perfecta junto al grifo, aún húmeda, como si acabara de terminar su ronda diaria. Todo habla de él. De los más de diez años pasados entre flores y raíces, martillos y tuercas, arreglando lo que nadie más sabe que se puede romper.

A veces el aire duele. Corta por dentro. Los pulmones no obedecen, y justo en medio —ahí donde no hay nombre—se instala un pinchazo que crece.
Abrir los pulmones es una difícil tarea.
El hierro de la verja, frío, se vuelve lo único firme. Te agarras.
Esperas a que el vértigo pase.
Y cuando pasa, ya no eres la misma.

El empedrado guía hacia la escalinata. Mármol blanco. Impecable.

Y allí está la casa.

No parece una casa. Parece una disculpa.
Sus grises y sus blancos te miran como si nunca te hubieras ido. Limpia, pulcra, ordenada. Abelina la ha mantenido viva, como siempre. Hasta la barandilla brilla con un cuidado natural. Cada balaustre limpio, sin polvo que delate el paso de días. El borde del porche, barrido con precisión, sin una hoja fuera de lugar. Los escalones pulidos, hasta que la luz se refleja en ellos como si quisieran avisar que alguien los vigila. Los maceteros alineados



con rigor, las flores doblando ligeramente sus tallos hacia el sol como agradeciéndole su cuidado. Incluso el felpudo de bienvenida parece haber sido peinado, sin una mota de tierra, sin un hilo fuera de sitio. Todo habla de su meticulosidad y de su amor por la casa, de una rutina que no conoce pausa ni olvido, de alguien que deja huella en cada rincón.

Al menos hasta hoy.

Hoy, la perfección titubea.
Las flores parecen menos erguidas, los arbustos dudan de su poda. Un par de tijeras olvidadas entre los setos. Un guante manchado de tierra sobre la terraza. Una hoja que sobresale del borde de la barandilla, minúscula, casi ridícula, pero suficiente para romper el orden de Abelina.
Todo lo que debería estar en calma, ahora grita ausencia.

Abelina no ha salido a recibirme.
De repente, la casa parece más grande, más vacía, como si alguien hubiera borrado la costumbre de sus manos. Como si la rutina que la sostenía se hubiera fracturado y nada ni nadie pudiera sustituirla.

No, Abelina no ha salido a recibirme.
Solo mi madre, esperándome con esa sonrisa que nunca se sabe si es bienvenida o advertencia.

—Hola, mamá. He visto el anexo de Manuel y Abelina cerrado a cal y canto. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están?
—Bienvenida, hija mía. El hermano de Abelina ha sufrido un ictus. Han tenido que marcharse a Alájar. No querían dejar a Victoria, pero no había elección.
—Vaya por Dios... Espero que se quede todo en un susto. Este verano va a ser duro para todos.
—Tu padre está en el salón.



—¿Dónde si no? Voy a saludarlo y luego subo a ver a la abuela.
—Está descansando, hija. Mejor la ves más tarde, ¿te parece?
—Claro, mamá.

A la derecha del descansillo está el salón. La luz del sol entra por las ventanas altas y dibuja franjas doradas sobre el poco suelo de madera gastada que dejan al descubierto las alfombras. El aire huele a densidad, a tiempo detenido. Él está allí, sentado, rígido, esperando.

—Hola, padre. Acabo de llegar.
—Hola, Amira.
—¿Que qué tal el trayecto? Muy bien. ¿los exámenes? Genial. Gracias por preguntar...y tú como siempre en este salón. En perfecto silencio, ¿verdad, papá?
—Hablar puede ser peligroso.
—¿Peligroso?
—El silencio nos mantiene vivos.
—¿Vivos de qué?
—A salvo de perder lo que tenemos.
—¿Qué has perdido tú? Me exasperras, padre, a ver... 1964. ¿Lo recuerdas?
—No sé de qué hablas.
—¡Pero si hace apenas dos años!. Obreros que se organizan en secreto, que desafían la ley, que arriesgan su libertad para que se escuche su voz. Hombres y mujeres que luchan en fábricas, talleres y calles, enfrentándose al miedo y a las conductas impuestas. Gente que grita aunque todo a su alrededor diga que se calle.
—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?
—Todo. Ese grito es nuestro. No puedo quedarme callada mientras otros arriesgan su libertad por la justicia. No puedo aceptar que el miedo o la costumbre decidan qué podemos decir o hacer en esta casa. Cada abuso que toleramos, cada palabra que nos guardamos, fortalece el control, refuerza el miedo,



mantiene intacto lo que queremos cambiar. Papá, no es solo política, es nuestra vida, nuestra voz, nuestro derecho a existir fuera del orden. Es hora de dejar de callar.
—Fuera del orden no hay nada, Amira. Por mí que griten cuanto quieran. Yo no pierdo el tiempo en cosas que no me importan.
—Incorregible. No se puede hablar contigo. Me voy a mi habitación.

Dejo el salón atrás.

Subo despacio, los escalones gimen. La casa se siente distinta sin Abelina.

Iba a encerrarme en mi habitación, dejar que el aire del verano me empujara a olvidar la conversación. Pero algo me detiene a mitad del pasillo. No sé si es la quietud suspendida o el polvo bailando con la luz.

Miro hacia arriba. La trampilla de la buhardilla parece observarme.
Cambio de idea.

Siempre he defendido que romper el silencio, cuando éste es habitable, suele ser relativamente fácil. Sin embargo ahora no tengo más remedio que reconocer que no siempre se consigue ensanchar la garganta lo suficiente como para que la luz no te apuñale.

Todo se vuelve absurdo, hasta mis propios pasos han perdido su partida de nacimiento.
Voy dejando migas de mi nombre por el camino aunque sé que lo malgasto en cada metro que avanzo y ni siquiera me importa.
Si de verdad hay que seguir viviendo tendré que buscar la forma de inyectarme una realidad que me haga alucinar lo suficiente para seguir recordando quién soy o quién era. O quizá no, puede



que no haga falta recordar nada, quizá lo mejor sea olvidar toda la sabiduría que, sentada a las cinco de la tarde en una silla de cáñamo, compartía conmigo los juegos de infancia.
Ahora parecen tan lejanos que también han encanecido en la memoria.

Olvidarlo todo y empezar de nuevo. Construirme con ladrillos nuevos, aunque pesen, aunque se caigan. Quizá así el aire deje de doler. Qué extraño...hace frío. Nada encaja, ni la casa, ni yo. Subo el último tramo. Puede que en la buhardilla halle refugio.

Recuerdo esa luz grisácea asaltando sin piedad la delgada medialuna de mis pupilas. Intento centrarme en mi propia consciencia y distinguir una serie de manchas azulonas, trazos informes y un fuerte olor que acrecienta mi aturdimiento. Siento los brazos inertes sobre una superficie rugosa con sabor a carcoma. Me cuesta girar la cabeza, la espigo apenas un poco. Sigo intentándolo y me encuentro con un proyectil amenazador apuntándome directamente a la nariz, como si quisiera deshacerse de la ligera presión de mis dedos para practicar esgrima con el aleteo impaciente de las fosas nasales.
Y entre aleteos caigo en la cuenta: mi vieja pluma. Tan vieja como la falda corta a cuadros y los calcetines de lana azul marino, esos que nunca quisieron abrazar otra cosa que no fueran los tobillos. Qué haría yo sin su impertinente y siempre inoportuna pérdida de tinta.

Me costó un mundo incorporarme.

Parece mentira cómo los hombros pueden intercambiar las articulaciones por herrajes oxidados.

Ese tufo tan característico seguía haciéndome compañía. Olía a delantales negros, a balas de heno deshechas, a quienes no les importa la prisa de un reloj. Ahora que los años han asimilado el



concepto de “perspectiva”, se sienten generosos y me dejan etiquetar las sensaciones: la buhardilla huele a cuentos, a historietas de abuelos.

Miro mis manos.

Los lunares amoratados vuelven a morder el lateral de mis dedos, señal inequívoca de que la musculatura de mi pobre pluma olvida los pasos de baile y se desliza coja sobre el papel, como siempre.

No será elegante, pero hay en ese trazo grueso y desgarbado una sensualidad que se cuela sin permiso en la zona salvaje del estómago de celuloide. Una vez allí, conspira contra la nuez del lector, detonando explosiones de un color indefinido pero húmedo.

Me gusta provocar desde los márgenes en blanco, paginar el cosquilleo que sube venenoso hasta la boca y esperar a que los ojos segreguen más saliva de la cuenta.
Hay un trozo de papel delante de mí. Lleva un nombre a oscuras bajo la lengua, una caricia negra en mis iniciales. Una nota ejerciendo de verdugo me abofetea la sien sin piedad mientras salgo a buscarme en la memoria de sus aguas.
La desdoblo despacio.
La tinta, corrida, ha dejado heridas en el papel, como si alguien hubiera intentado borrar su propia voz.

Puedo leer apenas unas líneas:

“No toques lo que duerme.
No despiertes la casa.
Si recuerdas, no regreses.”

No está firmada. Ni fechada. Solo esas tres frases suspendidas como un conjuro.



La miro, la vuelvo a doblar, la dejo sobre la mesa.
Parece una despedida. ¿De quien?
De quien me había descubierto un mundo lleno de imposibles. Mi pequeño mundo de bolsillo. Apto solo para los lobos que saben volar sobre un bosque con ruedas.

No está lloviendo.

Apenas un par de gotas se fugan del lagrimal para aumentar mi sensación de naufragio.

Entre nosotras hay un vínculo más viejo que mi memoria. Y ahora, como en un tributo póstumo, me toca pintarle el último retrato: reinventar las pecas de sus manos, alinear con sumo cuidado las arrugas de la frente, cada beso hecho rehén en la retina.

Mi intención es peinar cada desierto cauterizado en la explanada inválida del pecho, abrir los armarios donde juntas lapidábamos las palabras acusadas de sedición y construir un nuevo escenario desde donde adiestrar a los gusanos como cazarrecompensas del volumen de la muerte.

Ese es el mejor regalo que puedo hacerle.

El caserón se está quedando frío y las perspectivas no son halagüeñas.
A menos que decida quedarme.

Tendría que hablar con la familia y decidir, en consensuada comunión, cuál será la mejor manera de proceder con los bienes de los abuelos.
No somos muchos, pero todos querrán la tajada más grande.

Y como siempre, entre sonrisas amables y posturas correctas, se



sucederán varias noches de prostitución facial, disfrazadas de entrañables reuniones familiares para la ocasión.

Solo de pensarlo me sale urticaria en la sesera.
Me sé la escena de memoria.
Casi puedo masticar los gestos: todos dignos de un Óscar al mejor actor, interpretando con impecable habilidad el mayor dolor, entre pastelillos de almendra y copitas de vino dulce.

—Amira, baja ya que los tíos se marchan. —
Oigo su voz, aguda y nerviosa, desgarrando la quietud desde el descansillo.
—¡Ya voy! —Uf... mamá— «Te quiero muchísimo menos cuando tu voz escala dos pisos de golpe...»

Respiro hondo. Sé que debo preparar mis ojos para la guerra: ametralladoras en la mirada, dientes afilados.
No me apetece dar más besos correctos ni escuchar comentarios con sabor a frambuesa.
La última ración fue suficiente para provocarme un agudo ataque de diabetes emocional.

Vale, me doy prisa, sí, sí, sí, pero antes de bajar..., antes de que se me vaya de la cabeza...

«Siempre sospeché que los secretos de una familia se parecen a bisagras oxidadas: chirrían, se resisten y nunca se abren del todo. Por eso, cuando apareció aquel «intruso» en la buhardilla, supe que mi historia debía empezar ahí. No con las palabras de los vivos, sino con el aliento de la madera vieja que aguardaba, obstinada, a ser forzada.

Recuerdo levantarme y bajar despacio por la escalera de caracol —esa que intenta reconciliar mi pequeño universo con el resto de un mundo de conductas estudiadas que, muy a mi pesar,



también me pertenece—. Poso la mano en la barandilla y encaro los peldaños. En ese instante salta la alarma en mi inconsciente: algo extraño, todavía indefinido, como una nebulosa en el cerebro, me detiene en seco.

La barandilla me devuelve un rumor frío, como si en su hierro quedaran grabadas todas las manos que antes la rozaron. Y entonces lo comprendo: la casa se estremece conmigo, esperando que yo escuche lo que hasta ahora había callado.

Vuelvo atrás; repito los movimientos. Nada. Lo intento de nuevo, más despacio. Reparo en el espejo oval de marco barroco que me queda enfrente, el que al bajar la escalera sólo se acaricia con la mirada. Inspecciono las imágenes reflejadas en busca de no sé qué; intento captar sensaciones antes que entender lo que mi cerebro computa. Cierro los ojos. Los abro.

Y lo veo.

Un arcón.

Ahora está perfectamente definido en el espejo; estoy segura de no haberlo visto nunca antes. Me doy la vuelta y me acerco al extremo de la buhardilla donde se materializa en todo su volumen y consistencia.
Intento abrirlo y descubro que los goznes están completamente oxidados. Recupero del escritorio el abrecartas del abuelo Ernesto —la primera vez que lo vi pensé que habría servido de palillo de dientes a algún dinosaurio—. Hago palanca con él con ansia, con furia; casi quiero reventarlo. Ya no sé si lo intento para destruir la presencia ultrajante de aquel extraño en un espacio tan privado y familiar, o si lo hago para conocer los secretos que guarda».

—Amira, ¿no bajas? ¡Te estamos esperando!



Aurelia me espera al pie de la escalera, erguida, con esa compostura suya de quien se cree depositaria del orden familiar.

—Ya voy, mamá, ¡un segundo! —«Seguro que Tía Aurelia y Tomás, están ya con un pie en el zaguán y el otro en la calle, enfundados en idénticos tubos de pana, crema para tía Aurelia y azul marino para Tomás». —Hasta luego tía, cuida de ella Tomi. Vaya, veo que tío Tono ya está en el coche, dadle un beso de mi parte, si?
—No tan deprisa jo-ven-ci-ta. Si no fuera por el respeto que le debemos a mi hermano —se le llena mucho la boca al pronunciar el parentesco, como si tuviera que saborearlo para que no se le atragantara la dignidad.— te mereces un par de tortas que no me importaría darte. Si fueras hija mía otro gallo cantaría.

De cerca, su perfume a agua de colonia huele a domingo y a armario cerrado, a tiempo en conserva.
Sus manos entrelazadas, pero los nudillos tensos, como si se resistieran a la idea misma del descanso. Cada gesto parece siempre un intento de enmendar algo: alisar el delantal, cuadrar un marco, recolocar un cojín que nadie había movido.

No hay gesto en ella que no aspire a corregir el mundo.

La observo desde los últimos peldaños con esa mezcla de irritación y ternura que provocan los muebles heredados: útiles, pesados, imposibles de mover sin despertar fantasmas.
Aurelia levanta la vista y el aire se tensa.

—Pero tía Aurelia... estaba arriba del to...

En su mirada no hay desprecio, sino un miedo ancestral: el miedo a que la libertad se parezca demasiado al desorden.

Recuerdo cuando me obligó a repetir una oración hasta



pronunciarla sin dudar. Yo tenía siete años y sólo quería salir al jardín.

—“La fe se ensaya como el piano”, dijo entonces..

Desde ese día supe que nunca tocaríamos la misma melodía.

Ahí empieza nuestra guerra: ella defendiendo el mármol, yo el aire.

Una brisa rancia sale despedida de la boca de Aurelia, tiñe el ambiente y arruga el paisaje. Miro a mi tía y la reto sin lanzar todavía mi munición.

—¡Más de diez minutos!, ¡diez!, ¿qué te parece, niña? —La textura de la palabra niña suena a enfermedad, a oscuro presagio y la dice despacio, separando mucho las sílabas— Siempre haces lo que te da la gana, guapita, no sé de dónde has sacado esos modales. ¡De mi familia no! ¡por descontado! Lleva razón Merino con eso de que “*La tardanza de uno genera una espiral de tiempo perdido en los demás*.” y no me gusta perder el tiempo, María —vuelve a separar mucho las sílabas al pronunciarme y entorna los ojos sibilinamente— ya sabes lo que dice Mahler: “*No hay más que una educación, el ejemplo*.”

Me preparo, ahora sí, ha llegado el momento de los obuses.

—Y según Evelyn Waugh “r más mi proceso intestinal, por más control que tengamos sobre nosotros mismos, el esfínter tiene vida propia, usted ya me entiende...ah, y por cierto, nadie me llama María —imito el tono angulado y la postura cursi de Aurelia — procure usted recordarlo, si no es mucho pedir, claro está. —¡Esto es el colmo! Y no me mires con tanta sorna ¡ni busques la complicidad de tu primo, que no te va a servir de nada. Tomás, espérame en el coche, ¡ahora!. María, esto es inadmisible, si no



pones remedio tú que eres su madre, tendré que hablar yo misma con mi hermano, ¡Habráse visto!.

Agarrarme a la cintura de mi madre minimiza el lumbago del que son víctimas mis costillas ante el ataque de risa que invade por completo mis pulmones. Mi madre me acompaña, a su manera, noto el tímido tintineo de su abdomen bailando conmigo, acompasado.

Se van.

Fase superada. Sin intrusos. Mi pluma y yo volvemos al frente, a construir andamios con el crepúsculo y permitir que el horizonte nos muerda de nuevo las rodillas mientras jugamos al escondite por calles de jabón.

Siempre que me interrumpen huesos ajenos, respiro hondo porque sé que toda mirada acaba escrutando lo que observa y nos devuelve la libertad. Así que ahora, en la buhardilla sigo manchándome los dedos de azul.

«Con el abrecartas en la mano haciendo palanca con todas mis fuerzas. Un ruido irregular me hace pensar que las bisagras ceden.

Falsa alarma.
Un cosquilleo agudo corre como cien metros lisos por mi estómago.

¿Por qué me tiembla todo ahora que estoy tan cerca? No es solo la bisagra; es la posibilidad de que algo —o alguien— me mire desde adentro.

Mis manos, ¡mis putas manos!, se convierten en ladrones torpes que no saben robar más que su propio miedo. Hago palanca; la



madera gime, un lamento metálico que parece el primer suspiro de la casa. ¿He venido a abrirlo o a escuchar su latencia?

No abre… no cede… se ríe. ¿Y si nunca quiere abrirse? ¿Y si este baúl ha estado aquí desde siempre, esperando a nadie, esperando a alguien que ya no existe?

Recuerdo a la abuela: sus manos arrugadas pasando las hojas como si fueran animales diminutos; la manera en que me enseñó que ciertos nombres son bombas y otros, catálogos de ausencias.

¿Qué clase de ausencia se puede empaquetar dentro de un arcón?

¿Y si dentro no hay nada sino el rumor de lo que debería haber sido? ¿Y si abro y me encuentro con la nada perfecta —ese vacío aristocrático que salda cuentas con la dignidad—?

Pero no puedo aceptar la nada.

Vuelvo a intentarlo. El hierro chirría como un animal herido.

Es un grito ahogado, un grito que me pertenece, que me traga. No sé si estoy abriendo un cofre o una garganta. ¿Y si el arcón respira? ¿Y si lo que encierra no soporta la luz?

Pero, ¿qué hay dentro? ¿Qué espera, qué se agita, qué me llama sin voz, qué me reclama como si hubiera estado escrito que debía encontrarlo? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

Me arden los ojos, el sudor dibuja mapas efímeros sobre mi piel y se desliza como ríos invisibles con su húmeda prisa. Goteo como lluvia tardía.
¿Y si el vacío me traga? ¿Y si me quedo atrapada en él en vez



de abrirlo?

No cedas Amira… no cedas… una última vez. Solo una. Si no ahora, ¿cuándo? Si no yo, ¿quién?

Se resiste… se burla. Juega conmigo, con mi hambre, con mi miedo. No puedo más. No puedo menos. Estoy atrapada en esta bisagra como en una condena. ¿Soy yo la que la fuerza o es ella la que me devora, devorando también mi instinto y mis dedos?

La oscuridad huele. Huele a encierro, a espera, a siglos apilados. Huele como si me oliera a mí misma desde dentro. No veo, no entiendo, pero siento que algo palpita al otro lado. No es luz, no es sombra, es otra cosa. Un susurro de memoria atrapada entre los tablones. Algo que me mira sin ojos. Algo que me reconoce sin nombre.

Cierro los ojos. Los abro. El mundo da vueltas.
¿Abrir del todo? ¿Cerrar para siempre?

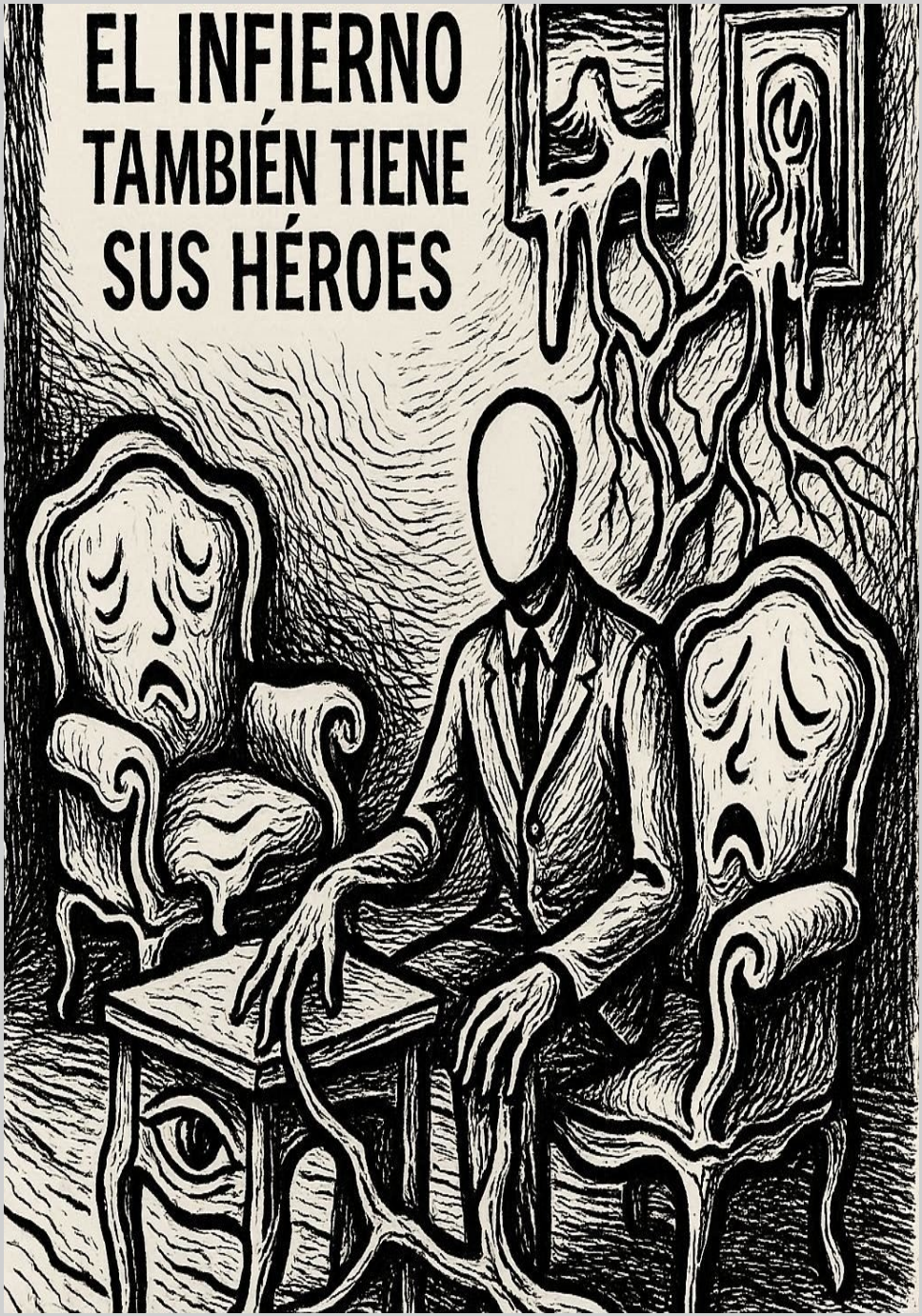
El arcón me atrae como un pozo. La bisagra chirría otra vez.

No puedo más. No quiero más. Pero tampoco puedo parar. No ahora. No nunca. Mientras esta madera siga el vaivén de mi cuerpo, estaré aquí.

Lo abra… o no… ya me ha abierto… a mí.»

Hay espacios que superan la sombra del aire y con ella se crecen aunque no siempre en el buen sentido… sigo ante mi cuaderno enlutado expectorando siluetas y patrones.




EL INFIERNO
TAMBIÉN TIENE
SUS HÉROES

Puede que los estados de ánimo sean endémicos, capaces de infectar cosas, muebles o lugares.

Siempre he creído que los objetos también tienen alma y si la tienen, entonces ésta podría ser vulnerable y estar expuesta al exilio, como lo estamos todos.

Abro de nuevo el cuaderno, pienso en la abuela y construyo más noche, más rosas podridas en un jarrón...

«Un luto permanente duerme en la memoria de la gran sala de estar situada en la primera planta, cruzando el descansillo a mano derecha, tras la gran puerta acristalada.

Sinceramente, nunca he entendido por qué las cortinas de brocado granate ejercen de guardias de seguridad encargadas de no dejar pasar la luz bajo ningún concepto. Se mantienen férreas en su papel de jueces a punto de condenar a cadena perpetua a cualquier elemento exterior.

No sé cómo se las arregla allí dentro la vida para seguir existiendo. Envuelta en el viejo papel pintado con motivos florales, rodeada de enormes cuadros que pueblan las paredes como un ejército inmóvil. Los marcos, de caoba oscura trabajada, con perfiles abigarrados, cuelgan desde los altos techos hasta poco antes del friso verde oliva que abraza el perímetro inferior de la sala. Todo pesa, todo oprime, todo recuerda que la elegancia puede ser una cárcel sigilosa.

De haber podido entrar, a la mañana le hubiera dado un jamacuco, de eso no me cabe duda. Pero la que estaba a dos pasos de la puerta no era precisamente la mañana. Era otra cosa: un olvido antiguo, un vacío de sombras, una presencia que me observaba desde las esquinas, implacable y expectante».



Dejo el cuaderno sobre la mesa y me levanto. La lámpara de la buhardilla titila. No sé por qué, pero algo ha cambiado en el ambiente. Hay algo en el aire, una tensión que se filtra por las vigas como un murmullo espeso. Bajo despacio por esa quietud que anuncia grietas esquivando la madera que se queja. Oigo sus voces, abajo, en el salón.

No las palabras todavía, solo el tono.

El suyo —seco, medido—, el de ella —temblando por dentro, pero obediente—.
Me detengo junto a la barandilla. Ahora sí, se oye perfectamente el pequeño teatro doméstico, el ritual de siempre.

—María, ¿no vas a hacer hoy el té? Son las cinco y media, querida. ¿Es necesario recordarte tus deberes?.

Inconfundible. Esa es la boca de mi padre. Roberto Miraflores. Don Roberto, como le llaman en el pueblo. Seguramente está sentado en su sillón favorito, todo él de palisandro y tapizado en pana bordó, un tanto desgastado por el uso, pero todavía altivo y digno con su respaldo capitoné de contornos redondeados.

Recuerdo perfectamente cómo solía colarme en la sala para imitarle cuando era pequeña. Sentarme en aquel sillón de patas acanaladas me hacía más alta, más fuerte, casi invencible. Con un cojín bajo la falda para simular su volumen. Creía entonces que nada podía vencerme allí: inspiraba con fuerza su autoridad, su sombra, su olor a colonia inglesa y papeles viejos. Hasta mis manos copiaban su gesto de cruzar los dedos y tamborilear sobre el reposabrazos, esperando a alguien que siempre llegaba tarde.

El techo del salón era un cielo personalísimo. Desde abajo, los



frescos parecían moverse; los ángeles, rendidos de cansancio, a veces me miraban con una compasión discreta, como si quisieran advertirme de algo. Los adornos dorados brillaban sólo cuando él hablaba, como si toda la luz obedeciera su voz.

Recuerdo cómo mamá cruzaba la estancia como un rumor que prefería no existir. Le tenía miedo al eco de su propio tacón. Sabía que cualquier ruido podía desatar la tempestad. Yo también lo sabía.
Papá, en cambio, nunca alzaba la voz. Le bastaba con un leve movimiento de la cabeza o con el modo de pronunciar mi nombre:

—A-mi-ra.

Tres sílabas como tres bofetadas de terciopelo.

Aquella sala, su sala, era su trinchera. Todo estaba colocado según una lógica invisible, una simetría férrea donde el desorden era pecado. Yo aprendí pronto a caminar sin dejar huella, a contener el aliento frente al reloj de péndulo, a fingir que los cuadros me observaban y que debía estar a la altura de sus marcos.

Y sin embargo, había algo hipnótico en ese infierno tan perfectamente barnizado. El olor a cera, el parpadeo de la lámpara de araña suspendida del rosetón, los reflejos del atardecer filtrándose por los cristales biselados... todo parecía invocar una forma de eternidad doméstica, la misma que un día quise conquistar con un cojín bajo la falda y una mueca de autoridad.

Pero nada dura tanto como el gesto de un padre mirando en silencio.



No tengo ni la más mínima idea de si le ha dolido decirlo… al menos hacerlo de ese modo, como quien pasea las palabras sepultándolas bajo la lluvia, empujando su sombra tras mil puertas a la deriva, estrenando una muerte a cada paso.

Imagino que no, porque así es él siempre con mamá: exacto en su crueldad, meticuloso en el daño, un artificiero del despecho que deja en cada frase un rastro de hielo. Y yo… yo he cargado con su sombra tras millones de puertas, arrastrando cada fragmento de su abandono, cada gesto de desdén que se le escapa como un filo invisible.

Cuánto rencor me cabe en las sílabas de su nombre, cuánto odio sordo por esa manera suya de abandonar la vida de los demás, de sembrar miedo y culpa sin ensuciarse las manos.

Cada recuerdo de él es una grieta abierta que no cicatriza, cada palabra que pronuncia es una lluvia ácida sobre los bordes rotos de mi paciencia, y yo sigo empujando su sombra como quien arrastra piedras bajo la marea, preguntándome si alguna vez sabrá cuánto daño puede acumular un corazón que se niega a mirar atrás.

—Sí… sí, enseguida, querido. Vaya… me retrasé, perdona… qué torpeza… lo siento… voy… voy…

Mientras lo dice, veo cómo sus palabras se doblan, cómo el tono dulce oculta la prisa, la exactitud del cuidado que parece más miedo que afecto. Cada “perdona” es un hilo que tira de mí con rabia, y me pregunto por qué mi corazón no puede ser también exacto, también cruel.

—En el juego de porcelana, el de la vitrina de caoba, por favor, aunque no sea domingo.



—Por supuesto, ahora mismo. ¿Quieres que saque también la bandeja de plata?

No me explico qué vio mi madre en él. Ella, que es un lunar en el escote del sol, que puede tomarse un aperitivo con los ángeles y salir indemne… Su mundo sigue intacto, meticuloso, brillante… y yo resoplo, viendo la luz de mamá encadenada a un hombre que ni siquiera merece su resplandor. Infierno y héroes, pienso, como si la vida fuera un teatro de marionetas que me repugna.

—Mamá, tú sabes si…
—Perdona… voy con retraso con el té de tu padre. Acompáñame a la cocina. Hazme un favor, hija: coge el estuche de piel marrón de la mesita donde siempre dejo la costura. Comprueba que estén todos los utensilios para su pipa… recuerda que el estuche tiene doble fondo. Repásalo todo, por favor… no puede faltar nada.

Cada instrucción es un compás de su coreografía sutil, una manera de someter el mundo a su ritmo, de poner orden donde ya no hay nada que ordenar. Y me quema la paciencia, cada palabra suya es una lección de sumisión que me recuerda que yo también fui niña alguna vez, que aprendí a callar como si la obediencia fuera un arte.

—Mami, yo cojo el estuche y te lo llevo, ¿vale? Mejor lo repasas tú que te lo sabes de memoria.
—Bien… solo echarle un vistazo. No quiero oírle si faltara algo…
—¿Te prepararía un precioso paquete de reproches envuelto con un magnífico lazo rojo de satén? Claro que sí… A veces todo él parece un parche colocado en el lado equivocado… ¿Sabes, mamá? Creo que ha conseguido infectarte, es como si fuerais adictos a un fármaco rancio sin el que no tuvierais coordenadas suficientes para cruzar a nado vuestras vidas.



—¡Amira! No te consiento… No sé para qué me esfuerzo. Mira, no te pongas a filosofar ahora… que no hay tiempo. Anda, ve a por el estuche.

Sigo a las sombras a través de los renglones. Oscuridad enmarcándolo todo y dejando poco espacio para lo demás. Aun así, su imagen resurge en mi mente y logra sostenerse sobre la tristeza de sus huesos que sobreviven a pesar de todo.

«A veces imagino a mi madre dejando lentamente la costura sobre la mesita de centro con el tablero giratorio de cristal, ese que tanto le gusta a mi padre. Se dirige entonces a ese otro territorio en el que la familia Miraflores Artús almuerza y cena a diario por miedo a que se ensucie el solemne comedor. Es justamente en ese instante cuando desearía lanzarme a su yugular, zarandearla hasta que fuera capaz de reaccionar, hacerle daño si hiciera falta, cualquier cosa antes que verla rendida, con esa mirada pidiendo siempre limosna en las esquinas de un corazón que parece no haberle pertenecido nunca. Tan sumisa, tan ausente, que seguro que su sangre late en blanco y negro.
Me duelen tanto, tanto, esos huesos tristes.

Esa tarde no iba a ser una excepción: todo se cuece a fuego lento en la familia Miraflores; incluso el silbato de una tetera puede cantar en voz baja para no molestar.

Victoria me contó una vez que hubo un tiempo en que mamá era todo risas. Un tiempo de correteos alegres vestidos de blanco, de juegos de mesa a media tarde, de reuniones familiares con jarras de limonada fresca y lavanda recién cortada. Un tiempo de ilusiones jóvenes que se expandían por la casa provocando una sonrisa sincera, sobre todo por parte del abuelo Ernesto.



Yo ni siquiera puedo soñarla así…

A mí me tocan sus manos en remojo cuando sueltan la vida entera por las venas, la melodía del azúcar y la rendición de los ojos; aunque entre el disimulo de algún que otro suspiro, veo de vez en cuando su cabellera de caminos escribiendo océanos en los párpados, y es entonces cuando me enorgullezco de ser yo su último cuerpo»

Cada palabra que pronuncio se enreda con la adrenalina que me sube por las mejillas, la tinta parece quilla de una barca a contracorriente; mis notas son río negro, corrientes que chocan con la rutina domesticada de mamá.

—Toma, aquí tienes el estuche de marras —total, ni siquiera ha levantado los ojos del diario— ¿Sabes, mamá? Yo creo que ya no es más que un montón de cosas no dichas desde hace una eternidad. Él, mientras no dé de qué hablar y se respeten las normas de la gente de bien, está feliz y en su sitio, de tan simple que resulta…
—¡Hija! ¡Más respeto!
—Vamos, mami… te veo… esa sonrisa que pasea como puma por tu boca… no empieces tú también. Que si eso no se dice… que si eso no se hace… que si en mi época tal… ¡Me empacho con eso de las formas correctas! —como se empacha la casa entera.

Cada sonrisa, cada acento de su voz, es un recordatorio de cómo el mundo se ordena a costa de ignorar lo que arde debajo. Y ahí estoy, absorbiendo cada sílaba, cada gesto, midiendo cómo la luz de mamá se curva ante el peso de su obediencia.

—¿Pero quién te ha enseñado a hablar, hija mía?
—Más bien pregúntame quién me ha enseñado a pensar.



Y sonrío. Porque su reproche no duele. Porque en el fondo sé que lo dice para no llorar. Porque entre nosotras, aunque el aire esté lleno de su sombra, aún hay ternura. Una ternura vieja, intacta, capaz de sobrevivir incluso en el corazón del ruido. Me doy cuenta de que cada palabra que digo corta más hondo que cualquier mirada ausente que él pudiera haber dejado.

Entonces me quedo quieta. El ruido de la casa parece apagarse un instante. El olor del té, la luz oblicua sobre la mesa, el roce de las cortinas…

Todo me lleva de regreso a otro tiempo.

Abuela.

Desde pequeña escribimos historias juntas en la vieja buhardilla las tardes de verano. Escenarios y personas de la familia deformadas y con el equipaje torcido. Reímos tanto que parecemos peonzas en un obrador abandonado. Gracias por enseñarme tanto.

«—Mamá… mamá. A veces me da la sensación de que llevas toda la pena del mundo sobre tus espaldas. Deberías sonreír más a menudo, estás muy guapa cuando lo haces.
—¡Podría oírnos alguien, por favor, Amira! No hables tan alto… Ya sabes que a tu padre no le gustan estas cosas.
—Ah, claro, tu sonrisa también tiene que pedir permiso.
—No es permiso, hija. Es respeto. Aquí no se hacen las cosas a la ligera.
—Ya, respeto. Ese mismo respeto que pesa más que la alegría.
—Vale… está bien. No creas que no te entiendo. Mira, cielo… en esta casa siempre se ha jugado a hacerle la competencia a tus bisabuelos. El respeto al nombre familiar era sacrosanto, como lo eran la decencia y el buen comportamiento social. Y



eso fue lo que heredaron todos los demás: rectitud y rigor. Nadie estaba a salvo. Algunos supimos relajarnos cuando el Señor se los llevó, pero otros honran su memoria casi con avaricia. Como dirías tú, se quedaron "oliendo a carcamal" para los restos. Pero no sirve de nada quejarse, Amira, esto es lo que nos ha tocado vivir.
—Sí, sí… y mientras tanto se mueren todos de estreñimiento moral. Pero sigo pensando que cuando ríes, aunque sea tímidamente, estás muy guapa.
—Hija mía, mi niña… recuerda siempre que cuando no tenemos motivos para reír, la dignidad puede echarnos una mano. Si vivimos con dignidad, nadie sabrá de nuestras penas.
Me la imagino recolocándose la falda y alisando un mechón rebelde, como si la dignidad viniera planchada de serie. Muy digna… sí.
—¿Es eso lo que haces tú, mamá? ¿Te llenas los pulmones de aire digno y luego lo exhalas en suspiros respetables? No sé… pareces tan cansada. No estoy segura de que la dignidad sea un antídoto eficaz contra los fantasmas que se echan la siesta en tus ojos.
—Ya estamos otra vez… anda, baja de las nubes, Amira. Pero por si acaso, tú tápate siempre la nariz, que tanta pulcritud apesta.
—Ah, claro, me tapo la nariz, me coso la boca y alisto mi mala educación en las filas de la resistencia. Nadie conseguirá ponerla a dieta.
—Siempre consigues hacerme reír, diablilla…»

Ese gusto especial por cielos imposibles ya no me ha dejado jamás desnuda pero sí me ha permitido desnudar a otros.

Cierro el cuaderno.

Un olor a té se cuela desde abajo, tan nítido que parece querer



borrar las palabras recién escritas.

El presente me llama con su voz de vapor y porcelana.

La tetera silba y todo en mi madre se tensa.
Los nervios de sus manos se transforman en colinas y valles, repletos de raíces, ríos y afluentes subcutáneos.
Cuán clara puede ser la epidermis si se sabe mirar.

—La tetera ya ha empezado a protestar. Deja que te ayude, ¿dónde tienes el paño que bordaste? El del bodegón de flores, aquel que lleva un fleco de hilo dorado alrededor.
—Abelina suele guardarlo en la alacena, hija.
—Mami… ¿quieres girarte un momento, por favor? Esto está forrado de aparadores, armarios, alacenas y hornacinas… y, para más guasa, son del mismo color. Y, como no podía ser de otra manera, todas están ancladas a la pared a la misma altura: exactamente tres palmos por encima del mármol que —por si no te habías dado cuenta antes— da la vuelta completa a la cocina. Menos mal que a alguien se le ocurrió dejar espacio para la puerta… dime, ¿te importaría ser un po-qui-tín más explícita?
—No, si al final voy a tener que darle la razón a tu tía, hija… Tú y tu sorna. Está en la segunda estantería de la alacena situada inmediatamente a la derecha del fregadero, ¿mejor así?
—Mucho mejor, gracias. ¿Cojo esta bandeja?
—No, tu padre quiere la de plata.
¿Vas a por ella? Está en la vitrina del fondo del salón, al lado del reloj de cuco.
Del estante superior coge el juego de porcelana, la azucarera y la bandeja.
Las cucharillas deben ser las que llevan grabado el escudo familiar… no otras, ¿lo recordarás?
Están en el primer cajón inferior.
¡Ah! Ten mucho cuidado al abrirlo: utiliza el bocallave con



suavidad o se encallará.
¿He sido lo su-fi-ci-en-te-men-te explícita?
—Sí, señora. Por cierto... ¿me descalzo? No quisiera que mis zapatos tuvieran un affaire con alguna de las tropecientas alfom...
—Son cuatro, princesa. Cuatro alfombras. Anda, ve de una vez.




CAPITULO III.
MIS CAMPOS DE GIRASOLES

Quizá sean cuatro.

Lo admito: son cuatro, pero tapizan el suelo por completo y la respiración tiene problemas para identificar los tañidos de las horas y el pálpito de la cuadrícula de mi libreta.
He puesto un punto de libro donde empieza la mañana, no vaya a bifurcarse el día entre acotaciones.

Decía que sigo a las sombras a través de los renglones y así es; es todo un arte hacerlo sin morir un poco en cada intento.

«Es tan denso el aire en esa sala… la única realidad de las moléculas de oxígeno atrapadas allí dentro debe ser que la luz es tan solo un dato amarillo incapaz de reinventarse. Para colmo, esa enorme y pesada lámpara de araña dirige la orquesta desde su rosetón central… no me extraña que las presencias se adelgacen entre esas paredes.

Cómo adelgaza mi sombra al acercarme a la gran puerta acristalada, pasos cortos y ligeros los míos, oídos como una bandada de pájaros... y esas dos voces.
Mientras mi madre se refugia en la dignidad como quien se cubre con una manta agujereada, en la sala contigua mi padre y tío Tono parecen rendir culto a otro tipo de fantasmas.

—Qué guapa sigue siendo, ¿verdad, Antonio? Nuestras vidas podrían haber sido tan diferentes… Jamás sabrá lo mucho que amo su recuerdo. Cuando llegó a esta casa… alta y delgaducha, con su vestido blanco de algodón y esa falda de vuelo ancho cubriendo unas rodillas… perfectas. Zapato plano de punta redonda, que tapaba los dedos pero no el empeine… tan frágil. La recuerdo entrando con una risa que llenaba los pasillos antes que sus pasos, como si la casa se abriera para recibirla. ¿Te acuerdas? Esa manera de ir y venir, ligera, casi siempre



corriendo de un lado a otro como una niña que no teme tropezar. Y siempre de blanco… como si llevara consigo la claridad de un verano que no termina. Era como si no pesara nada, como si la vida todavía no hubiera descubierto cómo herirla. Inocente, sana, transparente. Un vaso de agua al sol. Yo no podía apartar los ojos de ella, Antonio, y tú lo sabes. Pero el tiempo no perdona. La inocencia se desgasta, la risa se apaga, y los pasillos que antes eran de juego se llenaron de duelo. Todo se torció, se dobló como esas ramas que parecen firmes hasta que la tormenta las parte en dos. Y aquí estoy yo, recordando lo que fue, lo que pudo ser… y lo que arruinamos. Porque la verdad, Antonio, es que yo también participé en esa condena.

—Las cosas se hicieron como debían hacerse, Roberto. Como tenían que hacerse. Y ahora todo está donde debe estar.

—Ha pasado tanto tiempo, Antonio… cadena perpetua. A eso estoy condenado.

—A fin de cuentas, le diste una casa, un apellido respetado y no pasáis estrecheces. Deja ya de atormentarte, Roberto; llevas demasiado tiempo viviendo en el pasado.

—No me mires así, Antonio. Sí, le di un techo, un apellido, una vida decente… pero ¿a qué precio? La claridad que traía se apagó en mis manos, y ese apagón me persigue. Quizá tengas razón… pero la verdad no me deja olvidar ni perdonar. Ese es su castigo, y Dios sabe que también el mío. Intento contener mi único reproche. Lo intento, Antonio, pero no sé hacerlo de otra manera. No puedo de otro modo. Lo siento…

—Tú no tienes nada que lamentar, Roberto. Bastante has hecho ya. Has cumplido con tu deber: diste un nombre, diste una casa, diste estabilidad. ¿Qué más esperas de ti mismo? Revolverlo no traerá más que miseria. El pasado pertenece a los muertos; los muertos no piden cuentas. No sigas pagando una deuda que nadie más reconoce. Créeme, lo sé mejor que nadie. Hay heridas que no cicatrizan nunca, y uno aprende a enmudecerlas. Así se sobrevive en esta familia: obedeciendo, callando… y



recordando solo lo justo.
En algún momento tendré que entrar; mi sombra no puede espigarse más o acabará colándose por la rendija de la puerta, así que ahora es tan buen momento como otro cualquiera.
—Perdón… no sabía que tenías compañía, papá. Tío Tono, ¿todo bien? ¿O interrumpo alguna misa privada?
—¿Cuánto… cuánto hace que estás ahí, Amira?
—Oh, tranquilo… papá, no tanto como para aprenderme el guión. Solo venía a por el juego de té. Ya me marcho. Avisaré a mamá de que seremos uno más… ¿nos acompañarás, verdad, tío Tono?
—Buenas tardes, Amira. He quedado con Tomás para hacer unas gestiones en el centro pero puedo pedirle que me recoja un poco más tarde…
—Seremos dos, tío Tono tomará el té conmigo. Ahora cierra la puerta al salir.
—Por supuesto, papá.
Qué curioso… con la puerta cerrada siempre parece que las paredes escuchan mejor».

En el fondo, puede que intente redimirlo.

O redimirme.

No estoy muy segura.

Hay volúmenes que ensombrecen todo lo que tocan, y por más que pintes con azul brillante o amarillos vivos, el resultado es siempre monocromo.
¿Será que, en mi imaginario, necesito salvarlo del naufragio?
Dicen que los mayores tienen todas las llaves, pero en este caso las puertas que quedan por abrir parecen amantes de un vacío inconsolable.



No puedo imaginar el hambre de su piel, ni cuántas sumas habrá hecho sobre el negro.
Solo veo acritud y una superpoblación de miradas mortecinas que engrasan todas las bisagras de su cuerpo.

Imagino que yo soy el relevo obstinado de sus galaxias, en busca de restos de humanidad, y me aterroriza encontrar solo mejillas apagadas.
Cuando pienso en mi padre, agacho la cabeza y lloro sobre todas las palabras-hélice que decoran mi garganta.

Pero así es parte de mi familia y nado con ello de costa a costa.
Digno hermano de mi tía; por eso se le llena la boca a ella cada vez que tiene oportunidad.

Y si no la tiene, la busca.
Aurelia, mujer de ojos flacos.
Describirte es moldear el mimbre de luz mojada que te ha desatado el rostro para formar ataúdes en el aire.

No sé si me causas temor o sencillamente tristeza, pero me da la sensación de que, a veces, la vida te evacua como a un bulto seco, y solo brillas cuando puedes protagonizarte con la muerte fermentada en la mejilla.

Cómo no temer tus urgencias habitables, mujer de cejas trapecistas.
¿En qué laguna has abierto tu carne a los alacranes, a los fantasmas arrepentidos de escuchar siempre lo que no dices?

No creo que merezcas redención: vas vacía a los parques, paseando la piel por una ciudad prestada de gestos inaudibles y cuerpo sin consuelo.
Tan parecida a ti que, aunque te mire de lejos, entra por tus ojos



y subraya a los muertos que te cuelgan de la falda.

Quizá a esta familia le falte algún que otro incendio, sobre todo a ti, mujer de vientre seco.

Basta.
Renuncio a mis frases pájaro.
Basta, basta.
No la redimo, vale. No es una canción de amor, no lo será nunca.
Culpabilidad con dos de azúcar.
De acuerdo, paro... ya paro.
Es mi tía.
Carne de anticuario.
¡Que pares!
Humanidad desconchada...
¡Basta, joder!

Mejor me centro. Y sigo a lo mío.

El atizador de hierro forjado, mejor que el abrecartas del abuelo Ernesto.
No necesito más armamento y por munición me basta la rabia hirviendo en el diafragma.

«De nuevo ese sonido quejumbroso parece alzar su particular grito de guerra y la luz que entra por los porticones abiertos de las pequeñas ventanas se mantiene en la retaguardia, cosa que no favorece en nada a mi bando.»

La verdad es que siempre bendigo a mi abuelo y su manía de guardarlo todo, aunque ya no sirviera para nada.
Decía que era un acto de respeto hacia los objetos: si alguna vez habían sido útiles o admirados, no merecían una destrucción sin pena ni gloria en el cubo de la basura.



Yo creo que, de haber podido, el abuelo habría guardado hasta las arrugas, argumentando que cada una tenía su propia historia. Y lo habría hecho muy serio, porque él era serio, sobre todo cuando interpretaba el papel de cabeza de familia; correcto por llevar el apellido Miraflores, y también fuerte, por los años de duro trabajo.
Aunque el duro trabajo fuese dirigir la fortuna de la familia.

Quizá un tanto rudo en sus expresiones de afecto, pero a mí me gustaba ese hombretón de cabello cano que sabía mirarme como si yo fuera un regalo.
Creo que, en el fondo, siempre fue un sentimental.
Le respetaba mucho porque, aunque en público no se prodigara en abrazos, la quiso hasta el final.
Y la quiso de verdad.

Alguna vez los había visto pasear por el jardín de atrás, cogidos de la mano, deteniendo el tiempo en sus bocas que ni siquiera sospechaban que unos ojillos negros devoraban cada uno de sus gestos.
Murió vomitando su nombre: Victoria.

«Volvamos a la buardilla. La vena se marca un chotis en el lateral de mi cuello y noto cómo el calor le prepara expresamente a mis mejillas un simulacro de un día cualquiera en el infierno, un último esfuerzo…. sólo un poco más…. las manos están a punto de sufrir una lipotimia y me duelen sobremanera las rodillas, lo intento de nuevo, sólo un poco más….. sólo un poco….

De pronto me encuentro cómicamente sentada en el suelo, con las piernas abiertas, el atizador en una mano y uno de los tiradores del cofre en la otra.

Bueno y… ¿ahora qué? El impulso inmediato pasa por



abalanzarme literalmente sobre el cofre y sumergirme en lo que sea que contenga, pero algo difícilmente explicable me detiene, una sensación de miedo visceral que va abotargando mi voluntad lentamente, sigo sin entender que la abuelaVictoria no me hubiera hablado nunca de aquel baúl…. »

Siempre me entendí con mi abuela mejor que con ninguna otra persona en este mundo.
Sabía escuchar a mis campos de girasoles, alzar mis arco iris, trenzar las huellas de mi cuerpo sin aire.
Me llevaba consigo con tanta paciencia… como se hace con los viejos al contar sus batallas.
Pero en nuestro caso, los papeles estaban invertidos: yo narraba con acento de fruto y ella escuchaba golosa.

Me pasaba once meses al año anhelando la llegada del verano para poder subir a la buhardilla y encerrarme con ella durante horas, a inventarnos lunas, a morder la luz de las historias, a discutir los detalles de la lluvia, todo entre vasos de leche fría y pasteles de coco.

Escogíamos a un miembro cualquiera de la familia y lo reinventábamos hasta convertirlo en un monstruo o en un príncipe, en un crepúsculo o en un poema.
Pero siempre sin mediar paredes, porque para nosotras no existían contenedores para la alegría.

«Pero estaba claro que algo quedó en el tintero, tan claro como que aquel arcón no me daría respuestas si no me atrevía a mirar en su interior, así que…

Un precioso vestido de novia, unos cuantos collares de poco valor, un juego de tocador y una caja.



Una caja rectangular de madera de roble barnizada, con láminas finísimas de cobre incrustadas asimétricamente en la superficie de la tapa, agradable al tacto y esta vez, sin cerraduras contra las que forcejear. En su interior un fajo no muy grueso de cartas atadas con una cinta de seda amarilla, perfectamente alineadas y ensobradas, como si se hubieran querido preservar del polvo y del tiempo, casi amorosamente. Desato la cinta con cuidado, y selecciono la primera carta basándome en la fecha del matasellos.

Entonces me doy cuenta, ¡la dirección!

Imagino que el miedo a lo desconocido es uno de los fantasmas más antiguos del ser humano, y cuando se apodera de la boca de nuestro estómago se alza en tal medida que bien podría convertirse en la pesadilla de uno de los terrores nocturnos que me asediaban de pequeña. Ahora tengo la misma impresión, como si mi estómago estuviera sentado en el extrarradio de la boca del averno, a punto de adentrarme en un mundo repleto de realidades diferentes que de algún modo están directamente relacionadas con lo oscuro, y eso me provocara vértigo en el alma. Es como si bajo la ceniza, las brasas siguieran vivas y cocieran lentamente vertederos, esquinas, paredes agrietadas y demás borradores de mi nombre.

—Hola Tomi, ¿qué te dice la Calle Carlets número 13? Exacto, sí, el callejón de detrás. ¿Se te ocurre algún motivo por el que esa dirección tuviera algún vínculo directo conmigo? qué interesante… pero.. ¿los Deulofeu de la Miranda no abandonaron la casa hace más de cincuenta años? ¿no se trasladaron a la calle principal?, ya. ¿Cómo te explicas que tenga en mi poder un fajo de cartas y que todas sin excepción hayan sido remitidas a esa dirección? ¡Incluso la última que es de hace apenas unos meses! Sí, cartas… te lo contaré todo… que sí… lo prometo…



La abuela tenía esas cartas en un arcón…Sí, en la buardilla. Todo esto no tiene ningún sentido. Oye, Tomás, escucha, ¿no te parece un poco extraño que Don Arturo haya estado siempre paseando por esta casa? Sí ya lo sé, no es solamente …., sí, siempre se le ha aceptado como a un familiar…., pero ¡es que es precisamente eso Tomás! eso justamente…. Sí, en eso llevas razón, ¡menuda era Victoria! Pero de todos modos..., a mí me resulta muy raro, eventos familiares… bodas, partos, bautizos, cumpleaños, no sé, que pudiera presentarse a cualquier hora y sin avisar, en fin …, se comportaba como uno más de nosotros. No me lo había planteado nunca antes pero… la verdad es que es raro… ¿no te parece?. Vale, lo hablamos con más calma, sí, sí, te llamo.»

Tomás...
mi deshollinador particular de despropósitos.

Cuántas veces te he buscado como si el imán de mi inconsciencia iniciara un ritual cómplice, casi sin querer.
Tú siempre estás ahí, detrás de una puerta, llenando cualquiera de los rincones del campus, columpiando tu sonrisa entre mis libros o sacándole brillo a mis pasos.
Estirados sobre la hierba entre clase y clase, mientras expones tus teorías sobre un mundo moribundo, y yo, que apenas entiendo la mitad de lo que dices, me limito a seguir el movimiento de tus manos, ese modo tuyo de ordenar el caos.

Me doy cuenta, y no me gusta la idea de crearme más dioses.
Sin embargo, no puedo evitarlo.
La Voluntad, esa gran señora que acapara todas las miradas de tu garganta.
Y mi impotencia, esa aprendiz torpe que traiciona tus enseñanzas.
Es todo demasiado confuso, demasiado denso, pero no me



molesta. Al contrario.

Hay algo perversamente dulce en eso de fabricarnos un dios a la carta, uno que no exige rodillas, solo atención.
Uno que habla bajito, que se mancha las uñas de tinta, que no redime, pero acompaña.

A veces pienso que me bastaría tu aliento para justificar el día.
Otras, que todo esto no es más que una trampa: una forma de esconderme detrás de lo que no sé nombrar.
Tal vez tú nunca fuiste más que eso: el nombre que me inventé para no pronunciar el miedo.

Y aun así, ahí estás.
Con tu luz que no alumbra, pero deja huellas. Con tu risa que desarma los relojes. Con esa calma insoportable de quien ignora que fue amado más allá del verbo.

Tomás...Tomás...
mi pequeño cataclismo encapsulado en forma humana.

Tu risa, ligera como papel de seda, deja siempre preguntas. No habla para informar, habla para mover corrientes de aire en los pensamientos ajenos.
Uno termina flotando, sin saber si quiere caer o dejarse llevar.

Tienes manías que nadie nota... salvo yo.
Ordenas tus apuntes por tonalidad de tinta, como si cada color contara un verso distinto de un poema que nadie más puede leer.
A veces te olvidas del mundo mientras dibujas flechas en los márgenes, conectando conceptos que parecen imposibles de unir.
Tu gesto al corregir algo con el lápiz es un pequeño rito: inclinas la cabeza, frunces la ceja, y entonces la idea se transforma como



si tuvieras el poder de moldearla.

Eres contradictorio y, sin embargo, coherente.
Un día hablas de justicia y al siguiente tus palabras parecen jugar con la injusticia, solo para demostrar que ambos extremos caben en la misma palma de la mano.
Nadie se resiste a tu presencia. Ni yo.

Dejas libros abiertos en cualquier sitio, como semillas que crecen en los ojos de quien pasa.
Y hay días en que me pregunto si eres consciente del efecto que provocas: la gente se aproxima a ti buscando respuestas que ni siquiera te has formulado.
Eres un hombre que habita su propia leyenda, y al mismo tiempo, un alumno torpe de la vida real.

Y ahí estoy yo, a tu lado, aprendiendo a mirar el mundo a través de tu mente, a saborear la electricidad que genera tu forma de estar, a inventar preguntas que solo tú pareces comprender.
No te admiro solo por lo que sabes, sino por cómo consigues que lo que sé yo, de repente, parezca otra cosa, más grande, más urgente, más viva.

Te veo con un puño alzado y la cabeza llena de teorías y el orgullo… me atraviesa, me sobrepasa, me hace temblar de adentro hacia fuera.
Tu voz contra la injusticia, contra la mediocridad, contra todo aquello que huela a puertas cerradas y voces sin permiso.
Y yo, al verte moverte entre debates, carteles, reuniones de última hora, con una bandera improvisada en la mano, siento que mis palabras también crecen, que los míos, los nuestros, pueden ocupar el mundo aunque sea un instante.
No se trata solo de discursos o de consignas.
Se trata de la manera en que miras a quien tienes delante: con



respeto, con desafío, con la certeza de que todos tenemos derecho a ser escuchados, a ser contados.
Y yo quiero contarme contigo, aprender tu manera de organizar el caos, sentir que mis indignaciones pueden ser compartidas, no sólo murmuradas entre libros y apuntes.

Tienes esa mezcla extraña de fuego y método:
gritas, protestas, te mojas, te dejas las manos negras de tinta de los folletos que repartes...
y al mismo tiempo, corriges con paciencia, escuchas con atención, argumentas hasta que cada idea encaja donde debe.

A veces pienso que tus ideales son demasiado grandes para cualquier aula, y aun así los llevas contigo como un cinturón de herramientas, listo para tender puentes o levantar barricadas según haga falta.
Y yo... yo aprendo a tu lado, a construir mis propias banderas, a sentir que lo que quema dentro no está solo, que hay otros que también arden, que hay otros que también luchan.

Tu mirada cuando hablas de igualdad, de justicia, de derechos... esa mirada que me hace sentir que no hay mentira posible, que las palabras pueden ser armas y abrazos al mismo tiempo.

Y yo quiero estar ahí, siempre, aprendiendo a usar las mías como tú usas las tuyas.




CAPÍTULO IV.
SI UNO MANTIENE LA COMPOSTURA, LAS GRIETAS NO SE NOTAN

La habitación de la abuela parece un escenario detenido en un tiempo que no existe. Todo brilla con un exceso casi religioso, como si la belleza se hubiera quedado a vivir aquí, incapaz de marcharse. El cabecero de la cama se alza como una catedral de arabescos dorados, un trono para los sueños cansados. La tapicería, acolchada y perlada, sostiene los recuerdos con la misma obstinación con la que la abuela se aferra a la vida.

A un lado, el tocador parece un altar dedicado al pasado: el espejo de marco tallado multiplica la luz que se filtra entre las cortinas pesadas, color vino antiguo, dejando en el aire una penumbra cálida, casi ceremonial. Sobre el mármol del mueble reposan frascos de perfume que hace años se evaporaron, peines con dientes de marfil y un pañuelo bordado con iniciales que apenas se distinguen.

Todo desprende un orden que nadie se atrevería a romper. El banco al pie de la cama, las mesillas gemelas, el jarrón con flores que nunca terminan de morir, los cuadros que observan desde la pared con la indiferencia de quien ha visto demasiadas despedidas.

Hay algo majestuoso y triste en este lugar, un lujo fatigado, un esplendor que no encuentra ya destinatario. Y sin embargo, cuando me acerco a la cama con pasos casi imperceptibles, deteniéndome a su lado como quien teme romper un equilibrio delicado entre tanto dorado y tanta simetría, me invade una ternura que no sé explicar. Como si bajo tanta perfección barnizada siguiera latiendo la casa, esperando el último parpadeo de su dueña.

—Hola, mi niña. Te estaba esperando.
«Esperándome. Siempre paciente, aunque la vida pese en cada exhalación. Todavía lúcida… pero débil, cada palabra suya un hilo



que tiembla entre el aire y la sombra.»
—Abuela... ¿Necesitas algo?
—No hace falta... Solo... solo que estés.
«Estar... eso es todo. Y aun así siento que se me escapa entre los dedos, como la arena de una playa que ya no recuerdo si existe o inventé.»
—Hoy has dormido poco, ¿verdad?
—Dormir... no lo sé. A veces sueño que camino descalza por el patio y oigo tu risa. Entonces me despierto, y me parece que sigues corriendo por el pasillo.
—Sigo corriendo, abuela. Solo que ahora el pasillo es más largo.
«La veo sonreir, con esa calma de quien ya no discute con el tiempo».
—Recuerdo cuando eras pequeña. Tenías esa costumbre de esconderte bajo la mesa para escuchar las conversaciones de los mayores. Pensabas que nadie se daba cuenta.
—Y tú siempre me descubrías.
—Claro. No hay rincón en esta casa donde no haya oído tus pasos.
«Sus palabras me llegan despacio, con la lentitud del aire que pasa por una rendija. Su voz tiembla, pero todavía es ella: mi faro, mi brújula, la raíz que me ata a algo más firme que la sangre».
—Te quiero, abuela.
—Yo también... más de lo que imaginas.

Silencio. Un silencio distinto, cargado de algo que no sé nombrar. La abuela aparta la mirada, como si buscara en el techo una respuesta que no quiere entregarme todavía.

—Hay algo que quiero decirte, Amira... —susurra—. Pero no hoy. No mientras haya oídos en esta casa.
—¿Algo malo?
—Depende de a quién le preguntes. A ti, quizá te dé fuerzas. A otros... no les gustará. A veces los lugares eligen a quién deben



pertenecer, Amira… aunque no todos lo entiendan.

Y el mundo, por un instante interminable, se vuelve pura contemplación.

Te he visto tendida, con la ley de la tragedia en el abdomen y el volumen del infinito resbalando por tu pecho. ¡Cuánta humedad en las palabras que pesan demasiado!, como un accidente caligráfico que dibuja chimeneas en su ataúd de papel; intentar dibujarte hubiera sido pecado.

Todo se hace minúsculo cuando vuelan las palomas. Hasta el cuerpo es un insulto cuando nos abandona la anarquía de los ojos y su sublime indisciplina. Nadie puede decir ahora que tu fotografía no es cierta: un calco de un instante sin tiempo haciendo malabarismos por mi rostro, por el llanto de mi mente aún viva, en el momento de besar la tuya ya en desahucio. Cuán inútil es la despedida si no se abrazan las sombras y no se guarda respeto por la sangre desvocada de las palabras.

Me aparto de la cama con cuidado, dejando atrás el tenue halo de luz que rodea a la abuela. Cada paso sobre la madera resuena suavemente, como si la casa misma contuviera el pulso. Bajo por la escalera con movimientos lentos, tomando el pasamanos frío que me guía, mientras la penumbra se desliza por las paredes y los cuadros parecen observarme. Al llegar a la primera planta, el aire se siente distinto: más amplio, con ecos de conversaciones y el aroma de la madera mezclado con la fragancia tenue de flores olvidadas en jarrones. Aquí, entre sombras y luz, me detengo un instante, consciente de que llevo conmigo un hilo de la habitación de la abuela, una claridad sutil que seguirá conmigo mientras continúe mi camino.

—¿A qué hora empezará la obra de teatro, mami?



—Hija, no empecemos. Hemos quedado aquí a las cinco con Don Arturo, y los tíos vendrán a comer, por favor, haz un esfuerzo y guárdate la provocación en el bolsillo de esos desastrosos tejanos que te has puesto, de acuerdo?
—Ya veo. O sea que tendremos sesión de íntimo consuelo familiar a partir de las dos. Menuda mierda. La cocción de las últimas voluntades de la abuela es un plato demasiado…
—Amira…
—Demasiado suculento como para perderse los preparativos, ¿verdad, mamá? Se tienen que poner a fuego lento las tácitas sonrisas de reproche, las jugosas miradas de desaprobación y los besos venenosos de rigor. Lo que me extraña es que no hayamos muerto ya de indigestión.
—Amira, basta ya. Anda, ayúdame a poner la mesa.

Cuando me miras vuelvo a prometer robarte el nombre y esconderlo para que la muerte no lo encuentre. Si alguien pregunta, diré que lo perdiste y que es mejor así. Te ayudaré a montar de nuevo el toldo de colores; será el agua seca de mis dedos, y no tú, quien invente los naufragios. Volverás a ser delfín; a partir de ahora el blanco deberá pedir permiso para cubrirte y no habrá mirada sumisa que te identifique. Yo seré tu huella cuando amanezca; puede que pierda la vida por los dedos pero ya habremos bebido lo suficiente para ordenar los secretos, limpiar las estanterías y dejar impoluta la voz cuando acabe la mayor de las conferencias, te lo prometo, mamá.

Los tíos y Tomi llegarán puntuales, como siempre. Me juego lo que queda de mi orgullo a que traerán un par de bandejas de pastelillos de almendra y una botella de vino dulce… como si los viera. Con eso darán por bien pagada su presencia en esta casa y el derecho a hacer y deshacer a su antojo. Sobre todo Aurelia. En cada rincón hay una huella suya: el mantel planchado con rabia, el crucifijo que aún preside el pasillo, los visillos que



parecen rezar en voz baja. Aurelia nunca abandona del todo la casa; sigue ahí, dictando normas a través del polvo.

«La tinta nunca desbarra por más manchurrones que decoren el papel, siempre queda un resquicio desde donde seguir nadando y a eso me aferro.

—Mami… ¿tú crees que tía Aurelia se irá algún día del todo?
—¿Qué quieres decir, Amira?
—Que ni casándose con tío Tono logró despegarse de esta casa. Nunca se ha desentendido del gobierno. Apenas cruza el zaguán y ya manda sobre el aire, sobre las horas, sobre los gestos. Nadie se lo ha impedido jamás.
—¿Hay moros en la costa, Amira?
—No, estamos solas. El moro mayor debe de estar en el salón, para variar…»

La cocina huele a limpio pero la brisa que se cuela por el ventanal y que mece las cortinas amarillas husmea cualquier cicatriz, cualquier rastro de tinta no canonizada. Por eso sigo manchándome las manos de azul, para que la muerte tenga otro sonido. Con una mano ensayo la más sincera despedida, con la otra autografío mi homenaje.

«—Entonces escucha: tu tía Aurelia es como un mal yogurt. Ya sabes, de esos que uno olfatea, sabe que ha caducado y aún así insiste en probar… y , claro está, termina con dolor de tripa. Cuerpo enjuto, moño pobre, redecilla miserable en la nuca. Y esos ojos… ¡madre mía! Dos cortes de navaja de un azul congelador. Y las manos… ja, las manos: largas, arrugadas, con esas uñas cóncavas que parecen cucharillas oxidadas.
—¡Mamá! ¡Por Dios! ¿Quién te ha soltado la lengua?
—El whisky, hija… el whisky es mi santo patrón. Y que conste, solo uno… bueno, quizá dos. ¿Seguimos sin moros? ¡Pues que



siga la fiesta! Carácter de mosca cojonera, revoloteando sin descanso hasta en los días más grises. Y ese olor… a rancio, a podredumbre disfrazada de colonia barata.
—Menstrúa desprecio cada vez que abre la boca. Pero siempre muy educado, eso sí.
—¡Exacto! Hija mía, contigo todo mejora. Qué gusto, qué alivio, parece que me han quitado veinte años de encima.
—Bendita seas, mamá. Qué retahíla de maravillas acabas de soltar.
—¿Y si ahora despellejamos a Antonio? Vamos, anímate. Hoy yo pongo el whisky y tú el martillo».

Siempre he visto a tío Tono como una tijera íntima capaz de podar edades, peinar soles, ordenar los surcos antes yermos y plantar en ellos criaturas abisales. Él sí, él puede.
Cada gesto suyo parece dictar sentencia. Cada palabra, aunque medida, pesa como un sello sobre un pergamino. No sonríe sin motivo; no mueve un dedo sin que la precisión transforme el caos en armonía y ley. Cualquier objeto fuera de sitio, cualquier sombra fuera de línea, activa su mirada de óleo: recta, firme, inapelable.

Es prudente y frío, pero no invisible. Su autoridad es un parpadeo, un gesto de ceja y toda la habitación se reconoce en su orden. Corrige sin margen de error, sin espacio para la réplica.

Tiene rituales que parecen triviales, pero son sentencias disfrazadas: cómo coloca un vaso, cómo dobla un papel, cómo organiza los libros. Todo habla de estructuras invisibles, de códigos que solo él conoce, de equilibrio que obliga a respetar.

Cuando habla, se hace oír. Cuando calla, impone. No es un hombre que acompaña: es un hombre que decide, que certifica, que establece jerarquías con la firmeza de un juez.



Tío Tono y papá comparten algo que no sabría nombrar, pero que se intuye en la manera en que se miran, en ese leve asentimiento que se conceden sin palabras, como si entre ambos existiera una cuerda invisible tensada desde siempre.
No hay afecto visible —ellos no son de los que se abrazan ni se dicen cosas—, pero se reconocen.
Los dos necesitan que el mundo funcione según su disciplina. Les gusta pensar que su medida lo es todo: que si se mantiene la compostura, las grietas no se notan. A veces los veo hablar y me parece que comparten una misma vibración, una misma convicción de que las cosas se sostienen por voluntad y no por fe, aunque de cara al resto del mundo proclamen sobredosis de fe a todas horas.
Antonio observa y calla; Roberto traduce esa pausa en certezas. Son distintos en la forma, pero idénticos en el fondo: uno mide el espacio, el otro las personas. Los dos escriben las reglas, cada uno a su manera.

Quizá por eso se entienden tan bien. Se reconocen como parte de un mismo linaje de hombres que creen en el deber, en la precisión, en el gesto controlado.

Yo los miro y pienso que esa simetría los protege, pero también los asfixia.

«—¿Mamá… cuántos whis-ki-ci-tos llevas ya? Está bien. Allí voy: tío Tono presume de visión "desde fuera". Y claro, desde fuera todo es más claro, más verdadero, más indiscutible. El juez imparcial, el sabio de la familia. Y nosotros, los borregos, asentimos para no quedar como idiotas.
—Antonio… ¡ay, Antonio! Ese hombre no habla: dicta sentencias, levanta acta. Cada palabra que pronuncia viene acompañada de un punto y final invisible con sello, firma y lacre. ¿Te has fijado? Nunca deja frases abiertas, como si temiera que la duda pudiera



colarse por los huecos.
—Sí, es como un boletín oficial con patas. Es como un notario del universo: certifica hasta lo que respira.
—Exacto. Y lo peor es que se lo cree. Se cree el árbitro, el único capaz de ver la jugada completa, el único que posee el reglamento auténtico. Y fíjate qué contradicción: cuanto más serio se pone, más ridículo resulta. Es como si se creyera estatua, busto de mármol. ¿No lo has visto en la mesa? Parece que hasta el cuchillo y el tenedor piden permiso para moverse.
—Creo que si pudiera, pondría notas a pie de página hasta en la sopa.
—¡Eso! Notas a pie de sopa… Y Aurelia, mientras tanto, lo mira como si estuviera casada con la enciclopedia universal.
—Yo siempre pienso que si se callara una sola vez, aunque fuera por error, la casa se vendría abajo.
—Y fíjate, Amira, quizá tenga razón. Porque si ese hombre se quedara mudo, se acabaría la farsa. Y esta familia no sabría dónde esconderse.
—¡Brava! Eso, así me gusta mamá.
—Y Tomás… ay, Tomás. Pobre criatura. Siempre agradecido, siempre rezando por los tíos salvadores. ¿Sabías que todas las noches de su vida tuvo que darle gracias a Dios por la caridad de Aurelia y Antonio? ¡Como si la caridad fuera obligatoria!
—Sí, mamá. Y él lo hacía con tanta devoción… como si aquellas palabras le cosieran la boca antes de dormir. Yo lo veía juntar las manos, cerrar los ojos, y parecía un monaguillo de Aurelia en vez de un niño.
—Exacto. Le robaron la infancia a golpe de oración.
—Pero aún así… ¿te has fijado en cómo baja la mirada, siempre con esa mezcla de timidez y dulzura? A mí me parece que hasta cuando calla está rezando… y que cada silencio suyo vale más que todos los sermones de Antonio juntos.
—Hija, si te oyera…
—Déjame, mamá. No puedo evitarlo. Hasta el agradecimiento le



queda bien, como si lo llevara bordado en la piel. Y lo peor es que ni se da cuenta de que esa gratitud impuesta es la soga que le aprieta el cuello.
—Ay, Amira, algún día esa soga se tensará tanto que no quedará espacio para la ternura.
—Entonces yo misma cortaré la cuerda.
—Y nos falta la persona más importante de todas.
—¿Papá?
—Hija, he dicho im-por-tan-te.
—Victoria.
—¡Eso! Victoria era otra liga. Exuberante, brillante, imposible de ignorar. Pero astuta… oh, muy astuta. Supo esconderse bajo el apellido Miraflores como quien se cubre con una armadura. Por fuera, perfecta: misa los domingos, fiestas de guardar, sonrisa dulzona siempre en su sitio. Pero yo veía la chispa en sus ojos. Ella se sabía a salvo, distinta de toda esta mediocridad.
—¿Ella también se tapaba la nariz?
—¡Ja! Si supieras… Victoria se tapaba la nariz y el alma entera, hija mía. Pero al menos lo hacía con estilo».




CAPÍTULO V.
A LAS CINCO EN PUNTO

Suena el timbre, las cinco en punto.

Tía Aurelia es la primera en levantarse.

—Ya voy yo, María, querida, debe ser Don Arturo. Yo me encargo.

Nadie se lo pidió, pero su sentido del deber funciona como un resorte invisible.

En su forma de andar hay algo de procesión y algo de sentencia: cada paso suena a “así se ha hecho siempre”. Se adelanta hacia la puerta con esa mezcla de solemnidad y nervio que la vuelve casi litúrgica, como si el simple hecho de abrirle a Don Arturo formara parte de un rito que ella debía preservar.

Su peinado, intacto, parece más una arquitectura que un adorno; ni una hebra fuera de lugar, como si el desorden pudiera filtrarse por ahí y corromperlo todo.
Incluso el modo de pronunciar el nombre del notario tiene un matiz ceremonioso, como si recitara una oración por el alma de la familia entera.

Mientras la observo, entiendo que Aurelia no necesita fe para creer en algo: le basta la costumbre.
Y yo, que nunca he sabido obedecer, me siento fuera de toda genealogía posible.

—Como quieras, Aurelia, gracias.

La ceja izquierda de mamá acaba de alcanzar la curvatura del puente Sky Bridge de Malasia.

Al poco estamos instalados todos. Don Arturo de pie, de espaldas



a la chimenea de mármol blanco coronada por una decena de retratos con la historia amarilla de la mayoría de las personas presentes en la sala, refleja su ancha espalda azul marino, de impecable corte inglés, en el espejo veneciano que reposa sobre la chimenea.
Los demás, acomodados en las diferentes butacas y butacones que ya habían protagonizado momentos de incómodo desacuerdo entre mi madre y Aurelia unas horas antes, por el mero sacrilegio que, al parecer, suponía moverlos de su emplazamiento habitual. Pero al final, tía Aurelia, en una especie de borrachera milagrosa, había cedido, creo que por primera vez en su vida, a la iniciativa de mamá.

Don Arturo Deulofeu de la Miranda carraspea levemente antes de hablar mientras se ajusta la corbata, como si cada palabra tuviera que recorrer primero su cuerpo antes de llegar al aire. Alto, de porte elegante y gesto medido, sus ojos claros recorrían a todos los presentes con la familiaridad de quien ha estado en cada sobremesa, cada evento y cada confidencia de Victoria. Su voz, firme pero cálida, llenó la sala sin prisa, desplegando recuerdos, gestos y pequeñas ironías que solo quienes lo conocían entendían.

—Queridos todos… —empezó, y la cadencia de su tono era a la vez solemne y cercana, un puente entre la memoria de Victoria y la mirada de quienes escuchaban—. Antes de dar lectura al testamento, quiero recordar a Victoria tal y como la conocimos: risueña, tenaz, y siempre… llena de secretos que compartía con quienes sabíamos escuchar.

Recordó el cumpleaños de Victoria en aquel salón exacto, donde yo había intentado soplar las velas con la misma impaciencia de siempre.
En ese instante, Don Arturo se inclina apenas hacia la mesa,



apoyando sus manos cuidadas sobre el mármol. Ese gesto trae un eco de sobremesas llenas de risas, momentos ahora sostenidos en la cadencia de su voz. Cada ademán suyo lleva peso y afecto en su condición de testigo y acompañante de muchas visicitudes, una presencia que, incluso callando, hace tangible la cercanía de Victoria y la familia. Sus ojos se detienen un segundo en mí, me acarician con ternura, como reconociéndome entre memoria y herencia.

Las voces se disuelven, el aire se acomoda, y la escena adquiere el tono de una misa laica. Cada palabra de Don Arturo suena a ley natural, a decreto celestial con membrete y firma, pero también lleva la memoria de los días compartidos, de los secretos que sólo él y Victoria conocieron.

Habla con esa cadencia de quienes creen en la exactitud del mármol, en la necesidad de la pausa para legitimar la verdad y, mientras sus manos reposan sobre la mesa, cada gesto transmite cuidado, autoridad y una sutil ternura que hace que la sala entera se concentre en su voz.

Tío Tono lo observa con atención reverencial, como si se contemplara en un espejo. Papá, en cambio, sonríe apenas, una sonrisa que no llega a consumarse, contenida, respetuosa. Pero ambos se ven representados de algún modo por Don Arturo y por la idea de que el deber tiene el mismo perfume que la virtud. Se respetan como los relojes antiguos: porque saben que laten al mismo ritmo aunque no necesiten mirarse.

Mientras Don Arturo desgrana artículos, cláusulas y voluntades, yo me pierdo en el temblor de una cortina. Afuera, la tarde parece ensayar su propio testamento.

—Bien, puesto que todos habéis tomado asiento y, en mi



condición de notario capacitado y albacea particular de Doña Victoria, no reuniendo ninguno de los presentes causa alguna de indignidad sucesoria, procederé ahora a dar curso a la voluntad expresa de Doña Victoria Artús Guinovart, que acudió ante mí, por libre decisión y en sus plenas facultades mentales, en mi domicilio social de la calle Escudería de esta localidad, el pasado mes de octubre, día dieciséis, a las diez treinta horas…

Don Arturo levanta la vista un instante, recorriendo con los ojos la sala. Cada rostro le era familiar, y en la pausa, en ese breve respiro antes de continuar, parecía contener la historia de la familia entera con una complicidad que nadie más entendía.

Su voz retoma el curso del testamento, firme y medida, pero ahora con la cadencia de quien conoce cada palabra de memoria y el peso de cada gesto. Las manos reposaban sobre la mesa, cruzadas por un instante, como si el tacto del mármol le transmitiera estabilidad; cada pausa, cada respiro suyo, convertía lo legal en algo más cercano a lo ritual, a un acto de respeto y afecto, donde la formalidad y la ternura caminan de la mano.

Incluso desde la distancia de su lectura meticulosa, se percibe la cercanía con Victoria, esa presencia invisible que él seguía sosteniendo entre los pliegues del testamento, como un guardián de su voluntad y de la memoria de la familia.

Las palabras rebotan en los mármoles, caen como insectos legalizados sobre el mantel.
Mi abuela Victoria… impresionante en más de un sentido.
Una verdadera superviviente hasta el último momento, incluso frente al aire.

Ella me enseñó que hay segundos capaces de contener una eternidad, y que el dolor, cuando se asocia con el vértigo, puede



doblar las horas como si fueran alambre.
Su cuerpo era un mapa que se negaba a borrarse, un paisaje horizontal donde los días acampaban a la intemperie.
Recuerdo sus heridas sobornando la ternura, la piel negociando con la pérdida.
A veces la observaba con miedo: parecía una sacerdotisa de cera jugando con el señor de las moscas, descuartizando palomas invisibles, perdida ya toda fe, pero todavía erguida, todavía reina.

Nadie podía superarla.

Era una arquitectura exacta de contradicciones, una mujer que había hecho de su propio ocaso un monumento.

Majestuosa incluso en la derrota, como si el derrumbe le perteneciera por derecho hereditario.

«Perfectamente capaz de darle un vuelco a la vida, sí. Por eso se merece que mi pluma no la haga rivalizar con ningún otro esplendor.

La lectura del testamento se hace de forma totalmente anómala siguiendo su expresa voluntad. Dejó claramente perfilado en el documento testamentario el modo y manera en el que debía procederse, así que nos entregaron un sobre cerrado a cada uno, donde se suponía que Victoria se despedía de manera privada y personal, ordenando así mismo legado de confianza y prohibiendo explícitamente su revelación, con el requisito indispensable de que el Notario, Don Arturo Deulofeu de la Miranda, estuviera presente en el momento de abrirlos y diera fe de que todos y cada uno de nosotros habíamos leído su contenido en intimidad pero en su presencia, tras la lectura todos deberíamos manifestar por escrito, en los documentos que Don



Arturo nos había entregado juntamente con los sobres, que nos dábamos por enterados y que nos obligábamos a nada más pedir ni reclamar.

Creo que por más tiempo que pase, nunca podré olvidar sus caras. Victoria había chafado en un plis plas todo el meollo de la fiesta. Mi abuela, una vez más, se había reído de todos ellos, privándoles del momento que todos anhelaban, el momento de poner en común quién había sido el más querido, quien se había llevado la mejor parte, allí ante todos, de manera consensuada y aceptada, como siempre se hacían las cosas entre los Miraflores.

Pero no, casi puedo imaginarme la carcajada de Victoria. Genial! abuela, has estado genial.

Recuerdo como en el rostro de Don Arturo se dibuja casi inconscientemente una tímida sonrisa de complicidad y que no pasa desapercibida a los ojos de tía Aurelia, e imagino que a su tripas tampoco, echaba fuego.

Pero aquel sábado tenía reservadas todavía algunas sorpresas. La broma de Victoria no acaba aquí, después de recoger todos los manifiestos debidamente firmados por cada uno de los presentes, Don Arturo debía asegurarse personalmente de que la reunión familiar se disolviera, acompañó y despidió a cada uno de los integrantes de los dos brazos de la familia, así pues tía Aurelia, tío Tono y Tomás abandonan la casa sobre las 7 de la tarde, y pondría la mano en el fuego de que se marcharon profundamente afectados por no haber podido desempeñar su papel tal y como era de menester.

Yo no tengo muy claro el grado de legalidad que podría o no tener la manera de proceder poco ortodoxa de la lectura del



testamento, pero la presencia y autoridad de Don Arturo, y el peso del carácter de la abuela, basta para que nadie se salga del redil».

De ti no heredo joyas ni retratos, sino la costumbre de mirar por dentro hasta que duele.
Me dejas la sospecha, ese sexto sentido que olfatea lo falso antes de que pronuncie su nombre.
También me dejas el pulso alterado, la lengua como cuchilla y el cansancio noble de quien no sabe fingir.

Me descubro en tus gestos, en esa manera tuya de desafiar el aire sin mover un solo músculo, en tu modo de doblar las palabras hasta que encajan donde no caben.
Te debo el ruido del pensamiento, la manía de ponerle pies a las preguntas, y el coraje —maldito y hermoso— de no saber rendirme.

Tu herencia no cabe en un testamento.
Es un temblor que me recorre los nudillos cuando escribo, un espejo sin marco donde sigo reconociéndome incluso cuando quisiera huir.
Me dejas hambre: hambre de justicia, de belleza, de respuestas imposibles.

Y aunque a veces te maldigo por eso, sé que esa hambre es lo único que me mantiene viva.

Tendrás que perdonarme, Victoria, pero tú has sido mi guía, así que ahora toca resignarse.
Cuando la autenticidad parece estar sufriendo la viruela y cada uno de sus gestos resulta una ofensa, solo cabe esperar escupitajos: por haber roto los moldes, por haberse olvidado de rezar más y mejor, por no poseer un alma manufacturada “made



in Japan” con la que cotizar en Bolsa, por un sinfín de por, en definitiva; por cumplir, a conciencia, las obligaciones contraídas con el diablo.

Y aun así, yo te seguiré hasta el infierno —¿me oís?—, hasta el mismísimo infierno, y escribiré de una sola vez todos los tomos de mi vida, aunque se me oxide la voz, aunque se incendie el papel, porque de ti aprendí que solo las que arden pueden escribir su propia absolución.

El murmullo vuelve como una marea cansada.

Las voces se mezclan con el tintinear de las tazas y el olor a vino dulce que ya empieza a empalagar.
Tía Aurelia levanta el plato de pastelitos con ese gesto suyo de autoridad doméstica y lo ofrece a Don Arturo, que asiente sin probar bocado.

Mi madre sonríe, pero se nota que la sonrisa le pesa.

Aurelia se queda quieta, con las manos cruzadas sobre el regazo. Por un segundo, me parece que va a llorar, pero sólo se ajusta el broche del cuello. Luego suspira. Su manera de rezar siempre ha sido callar.

Yo observo a todos desde un rincón.
Hablan del reparto de objetos, de papeles, de cosas que ni siquiera sabrían dónde colocar.
No saben que la única herencia que importa está aún caliente, ardiendo en mi garganta.
Y sé que no podrían tocarla aunque quisieran.

La tarde se pliega sobre sí misma, y yo me quedo en medio de su pliegue.



Don Arturo se despide con su leve inclinación de estatua; los demás lo imitan, como si aquel gesto hubiera sido ensayado en secreto.
Aurelia recoge las tazas, mamá suspira, y el aire me concede un instante de respiro.

Cuando la puerta se cierra, el eco deja de fingir. Todo regresa a su sitio, incluso yo, que me descubro leve, desacomodada.

El jardín permanece intacto, y, sin embargo, algo se ha desplazado.

Las macetas siguen alineadas, la manguera enrollada con precisión obsesiva, los geranios se inclinan hacia un sol que ya no los reconoce.

Siento la ausencia de Manuel y Abelina como se siente la falta de movimiento.

En la mesa de piedra queda un guante doblado, el otro sigue tirado en la terraza, una huella apenas visible sobre el polvo del alfeizar.

Los imagino allá, en Alájar, pendientes del hermano enfermo. Abelina, con su minuciosa atención, asegurándose de que todo estuviera cuidado y limpio; Manuel, más relajado, hablando poco, con sus gestos torpes y amables, siempre listo para aliviar la tensión con un comentario inesperado o una risa que rompe los ritmos del tiempo.

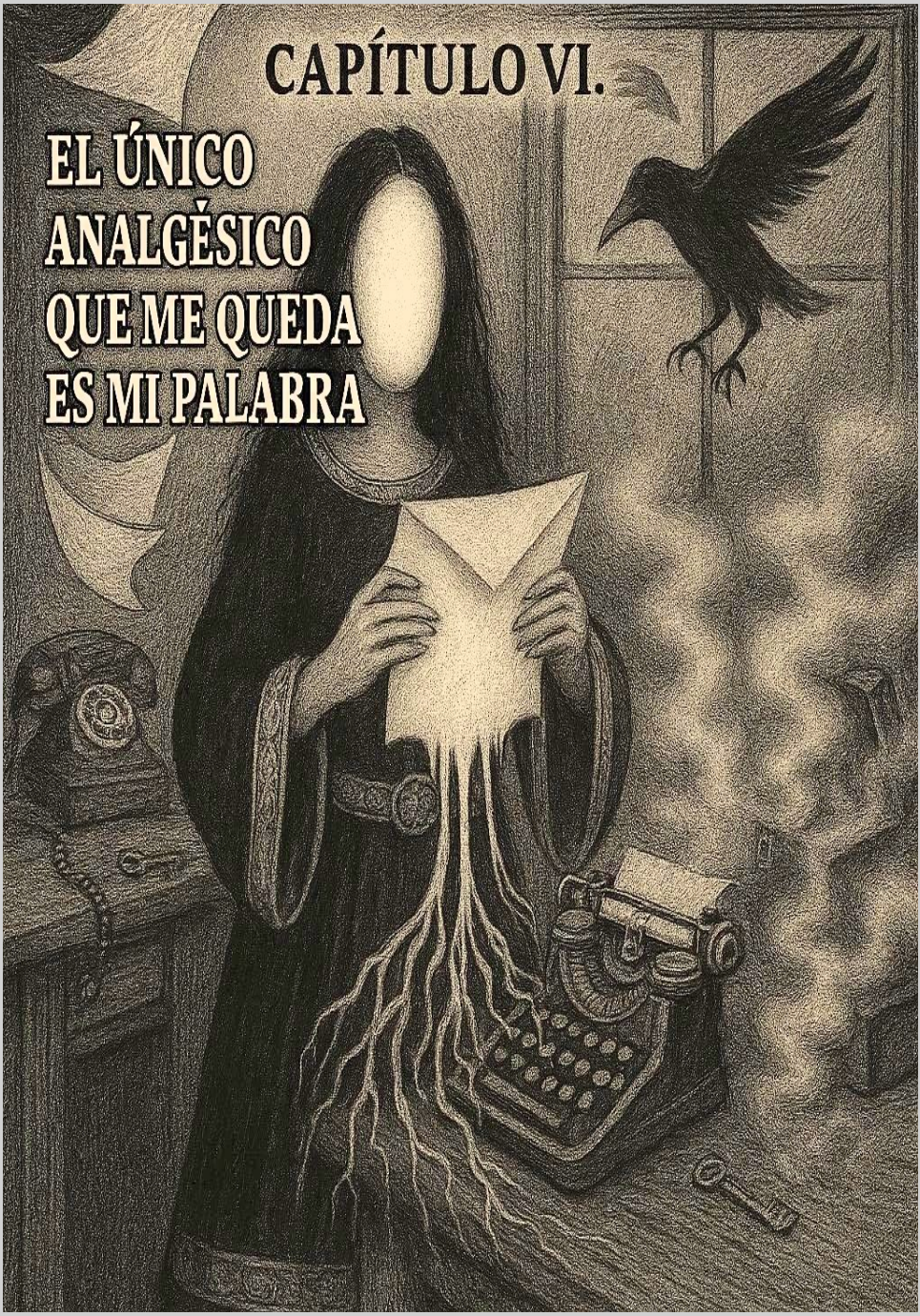
Pienso en cómo se complementan, cómo discuten con suavidad y acaban encontrando un equilibrio que solo ellos conocen, y siento que esa armonía que dejan atrás se ha esfumado con su ausencia.



Siento el hueco de sus ademanes, la memoria de su orden. No duele por ruido, sino por falta de presencia, y me recuerda que incluso los más cercanos pueden volverse lejanos en un instante.

Dentro, una jaula de herencias que pesa en cada esquina. Fuera, el mundo espera: intacto, paciente, quieto, como si supiera que algún día volveremos a él.




CAPÍTULO VI.
EL ÚNICO ANALGÉSICO QUE ME QUEDA ES MI PALABRA

Mi querida Amira,

Si estás leyendo esto, es que ya me he marchado. No sufras por ello: la vida también sabe cuándo retirarse a tiempo, y la mía ha sido larga, imperfecta y hermosa a su manera.

Te escribo porque hay decisiones que sólo pueden tomarse desde la calma que precede al adiós. La casa… esa casa que nos ha visto crecer, discutir, reconciliarnos y guardar secretos durante años, te pertenece ahora. Es mi forma de darte las gracias por haber devuelto la luz a sus pasillos, por haberla habitado con curiosidad, con ternura, con preguntas.

Algunos quizá no lo entiendan. Hay quienes confunden los muros con la sangre, las herencias con la costumbre. Pero tú sabes que una casa no se hereda: se cuida, se escucha. Y tú has sabido escucharla mejor que nadie.

No busques razones que te lastimen. Lo que dejo en tus manos no es sólo un lugar, sino el eco de muchas vidas que ahora serán también tu responsabilidad. Sé que encontrarás en sus rincones las respuestas que yo no supe darte y, si



no las hallas, inventa otras: eso siempre se te dio bien.

Vive allí a tu manera, abre las ventanas, cambia los muebles, deja entrar nuevas voces. Y si alguna vez te invade la duda, recuerda que las casas también hablan y necesitan de quien les devuelva los adjetivos.

Gracias, mi niña, por haberme acompañado hasta el final.

Con todo mi afecto,

Victoria



Cuando termino de leer la carta, la casa parece hecha de palpitaciones irregulares.

El papel aún tibio entre mis dedos, como si ella siguiera escribiéndome desde otro lugar donde la tinta no se seca.

No hay sonido, solo una pausa enorme que ya no tiene miedo a nombrarse.

Mis dedos tiemblan sobre el papel y un calor extraño me recorre el pecho.Y entonces me desbordo.

De cada una de mis escamas nacen gritos y aleluyas.
Puede que esté completamente loca, pero juro que me parecen óperas: las oigo cuando los insectos hacen el amor sobre las piedras, cuando la noche mastica los cables del teléfono y el timbre se vuelve una especie de alarido domesticado.

A veces sueño con un cuervo inmenso que vomita ácido sobre mis dudas.
Tiene la voz de Tomás, o quizá de la abuela, y su sombra pasa por encima de mi pecho como una nube que se arrepiente.
Quiero abrir la boca, quiero preguntar si es cierto que uno puede nacer anciano, si toda esta vejez que llevo dentro no será simplemente una forma de lucidez.

La noche no cierra nunca los párpados; se limita a retener el susurro interno, como si temiera despertar algo más terrible que ella misma.
Yo también contengo el aire, por si acaso.

Afuera, los cristales del ventanal tiemblan con el paso de un coche y pienso que el ruido también envejece, como los cuerpos que lo escuchan demasiado tiempo.



El único analgésico que me queda es mi palabra, esa que dedico a las manos que aprendieron mi nombre deletreando mis pasos, las mismas que aún hoy, en mitad del letargo, siguen buscándome en la oscuridad, como si pudieran adivinar entre balbuceos todo un mundo por venir.

Abro el cuaderno, es necesario serguir aireando otras realidades.

«PD: he subido al desván un viejo arcón donde he ido guardando trocitos de mí para que puedas comprender el por qué de muchas cosas, algunas necesarias, otras inevitables, pero todas ellas servirán para que sepas la verdad, porqué esa verdad es también tuya.

Aquí te dejo la llave.

Si me equivoqué, espero sepas perdonarme algún día».

Atónita es poco, el aire no pasa por la garganta...

—No me lo puedo creer. Después de dejarme los riñones batallando con el puto arcón, ¿resulta que esa chatarra era parte de mi herencia? Tiene guasa la cosa…
—Herencia o carga. Tú decides cómo llamarlo.
—Muy tranquilizador. ¿Has averiguado algo más, Tomi?
—Anoche pasé por la calle Carlets.
—¿Otra excursión nocturna? ¿Y qué tal el turismo por las ruinas familiares?
—Ruinas, sí. Paredes desconchadas, el suelo hecho polvo, un ambiente raro… demasiado. No encontré nada que sirva.
—¿Nada de nada?
—Bueno, había marcas en la pared del fondo. Profundas, como arañazos. Eso no parecía obra del tiempo.



—¿Arañazos? Genial, justo lo que necesitaba para dormir tranquila.
—No bromees, Amira. Eran… feos.
—Vale, entonces tenemos el arcón, las cartas y unos arañazos en una casa muerta. ¿Y tú todavía dices que no sirve?
—Lo único que habla son esas cartas. El resto… mejor que siga callado.
—Ni hablar. Yo quiero verlo, Tomás. ¿Me lo enseñarás?

El último eco de las palabras de Tomás se desvaneció, y la quietud que siguió parecía contener el murmullo del aire en la habitación. Fue entonces cuando los arañazos de la calle Carlets comenzaron a llegar, rasgaban la noche antes de ser vistos, un hilo metálico que se colaba por las rendijas y se deslizaba sobre los adoquines. Un rumor seco que tensaba el aire y hacía temblar los faroles de la esquina. Pero pronto, el sonido se diluyó entre las paredes y los portones cerrados, desvaneciéndose en un eco que no dejaba rastro, y la calle recobró su paz habitual, aunque con una sombra que parecía haberse quedado flotando entre los muros.

El sonido del teléfono me arranca de mis propios universos.

——Sí, sí, ¡sí! Te oigo… maldita sea… ¡te oigo! Pero no… mierda… se corta otra vez… ¿hola?... ¿To… más?... vaya…

Todo se mueve y nada encaja. Vuelvo a mi cuarto. Tiro un cuaderno al suelo sin querer, y sus páginas se abren como alas blancas que no saben a dónde volar.

Recuerdo cómo Tomás me sonrió aquella tarde en que me equivoqué de estación y me esperó bajo la lluvia. Parecía tan fácil entonces: la distancia, el frío, la impaciencia. Todo tenía un sentido.



¿Por qué ahora su risa me quema en la cabeza mientras suena el teléfono al otro lado del pasillo?
Ese timbre agudo se clava entre los muebles, atraviesa la puerta entreabierta y hace temblar los cristales de la ventana.
Me levanto de la silla, los pies fríos buscan las zapatillas, corro, tropiezo. El aire huele a un pensamiento que no recuerdo.
Otra vez... ahora sí...
¿Diga?... ¿Diga?...

—¡Tomás! No, no, para nada. ¿Qué? Perdona, no, no es culpa tuya.

Apoyo la frente contra la pared. Siento el frío atravesarme los hombros.

La abuela me mira desde la fotografía de la consola del pasillo, con esa paciencia de siglos. Sus ojos siempre sabían esperar, siempre sabían, aunque yo no. Y siento culpa por estar aquí, atrapada en mi caos, mientras debería escribirle algo que la acompañe.

—Es que con todo lo de la abuela... está siendo muy duro. Y no me encuentro nada bien, la verdad. Pero lo intento.

Mi mano juega con el cable telefónico. Huele a humo y nostalgia. ¿Alguna vez podré escribir un poema que huela a ella sin que se rompa en la primera línea?.

—Claro... ¡no hago otra cosa! A este paso mi pluma se suicida, ¡te lo digo yo!
Ya lo sé, sí, suele funcionar. Además, se lo debo.

Me pregunto si Tomás también se acuerda de aquella tarde en la que escribí un verso torpe sobre la luna. O esa otra trade en que



me enseñó a doblar origami: la concentración, la risa compartida. Todo se mezcla con la preocupación por la abuela y el miedo de no ser suficiente.

Cada segundo se estira como un elástico, y yo contemplo mis dedos temblando mientras los objetos del cuarto asoman tímidamente por la puerta entreabierta y parecen mirarme con reproche.

—Esta vez no lo sé, Tomás... Es solo para ella...
¿Tomás? ¿Estás ahí? Vale... hablamos.

De repente me descubro pensando en el poema que dejé a medias: el verso que quería dedicarle a Tomás y que aún no tiene nombre. Cada palabra que se me escapa se convierte en un pequeño puñal, en un recordatorio de lo que no digo, de lo que no puedo mostrar.

El suelo de mi habitación se vuelve mi refugio, rodeada de papeles y tazas vacías. Siento que cada segundo que pasa dilata el tiempo. Mi mente salta de la abuela a la carta, del teléfono a Tomás, y todo se mezcla como un torbellino.

Y aquí, en medio de ese caos, -si me viera Abelina se moría del susto- cierro los ojos un instante, respiro, y por primera vez siento que tal vez, solo tal vez, puedo soportar todo esto. Que mientras tropiezo, hablo y pienso, estoy viva, y mis pensamientos son mi escudo y mi arma al mismo tiempo.

Tomi... puede que nunca llegues a saber que, cuando llega el momento sublime del éxtasis y se retiene tu nombre en el aire, me escribo correos con almas que tiritan de felicidad.
Es una pena que a las pócimas —incluidas las de amor— les llamemos ahora estupefacientes.



La ancestral hipnosis de nuestro más íntimo lenguaje está mutando hacia un efecto narcótico en el paladar: deforme, pero adaptado a las necesidades actuales de nuestro tiempo.
Una verdadera pena que no sepamos llorar sobre una pradera sin nombre, porque cuando el verde es el único color capaz de envenenarnos, comienza el festín y podemos alimentarnos con el orgasmo de cientos de estrellas.

En el centro de mis universos tú eres el misterio, la hora cero en la que nace la parálisis y todo se vuelve real y doloroso.
Contigo me juego al póquer todo mi abecedario; barajo una y otra vez las sílabas malditas, pero al final ni el mejor prestidigitador me salvaría de la bancarrota.
Y vuelvo a quedarme desnuda ante ti, como una niña con pecas en los ojos.

Pongo a secar el corazón para que la pena se vaya por la nariz, mucho más lejos de las cejas, y sigo mendigando un trozo de alma que llevarme a la boca: vocablos nuevos que me sepan a ti y estén dispuestos a multiplicar todas las geografías que nos quepan en las manos.

Si supieras cuán a menudo te escondo de noche en los portales, y cómo rompo el ritmo de todos mis poemas alcohólicos que se creen mi sombra cuando estamos a solas.
Una y otra vez escondo tu nombre sin volumen donde guardo el bozal de los ojos, que de tan perros olvidaron sostener horizontes en los labios, y ahora da lástima verlos pasar.

Para ti dejo los muslos abiertos, por si se confunde la luna y te nace un gesto que no tema pasearse por mi vientre a lengüetazos.

Cuántas veces he querido escribirte un poema de amor que no



fuese torpe, que se mantuviera erguido hasta el amanecer y al que no le importase la vergüenza del desnudo.
Pero probablemente no lo haga nunca, porque, al igual que tú, mis párpados viven exiliados y la voz se refugia en la trinchera justo a dos interrogantes del incendio.

Y pensar que me resulta tan fácil amarte con los ojos, quedarme recostada en el incendio de una nube y no perder detalle de todas las promesas que se le escapan a un cielo empeñado en hacer de nosotros su último milagro.
Hace mucho que sé que no hay escapatoria, aunque me mantenga en el anonimato.
Ni siquiera las nubes me sirven ya de lanzadera.
Por suerte, mis manos y mi cabeza siguen bailando de puntillas y han conseguido no ser descubiertas todavía —o eso creo.

Y más allá continúa el mundo: algo sordo, más pesado, con un arma enterrada en el pupitre, majestuosa y de una lujuria sin traducción viable.

El aire parece vibrar con su presencia invisible, cada esquina de la casa me recuerda que hay cosas que no puedo cambiar, que no puedo tocar ni nombrar.
Incluso los objetos, los libros, las tazas vacías, parecen conspirar para recordarme que la vida sigue, indiferente a mis gritos, mis poemas y mis pequeñas rebeliones.

Cierro los ojos y siento cómo la gravedad de lo cotidiano me aplasta contra el suelo.
Escucho el eco de la risa de Tomás mezclado con las palabras de la abuela, un murmullo que se escurre entre mis dedos y no puedo retener.
El mundo sigue su curso: pesado, cruel y magnético, con secretos que no puedo descifrar.



Y yo, aquí, me aferro a mi palabra, a mi delirio, a las pequeñas grietas por donde se filtra la luz, porque quizá solo ahí, entre la densidad y el caos, pueda existir alguna forma de resistencia.

El vértigo se estira, se condensa, y por un instante me parece que puedo escuchar todo lo que no se dice: la lujuria del mundo, la tristeza que se arrastra, la música que nace cuando nadie mira. Respiro hondo, y en esa inhalación sé que, aunque la noche no cierre los párpados y el mundo pese, todavía estoy viva.
Y mientras siga viva, mis palabras siguen siendo mi única arma, mi único refugio, mi manera de tocar lo que parece intocable.





CAPÍTULO VII.
RECETAS MILAGROSAS PARA EXORCIZAR SENTENCIAS

«Trasladado el contenido del arcón a mi habitación. Me tiemblan las manos y aún peor, tengo esa extraña sensación de oler el peligro en el aire, como suele pasarme en las congregaciones de Miraflores. No consigo librarme de la sensación de ser como una mariposa arrepentida de su desesperación; como si fuera motivo de alarma el golpear una puerta y sorprenderse, en esta familia cualquier cosa fuera de lugar es… más que sorpresiva, insultante. Lo intento, pero me sigo alarmando por este orden asmático que reina aquí. Caigo y de la caída nace un cáliz con figuras abstractamente dispuestas, como queriendo estar desordenadas pero no es así. Todo tiene su ciencia.

Esa tensión ancestral legitimada por los años, no sé…. nadie habla nunca claro, comentarios a medio decir que son como recetas milagrosas para exorcizar alguna especie de condena, miradas intensas de reproche que se hacen de soslayo y dejan un regusto a mala niebla en la boca… algo les ocurre a todos, son como sombras en crisis, algo….que queda impreso en las huellas dactilares de la voz, para que nadie pueda escaparse, quedarse fuera…. ¿Y las sonrisas? Es increíble lo falsas que pueden llegar a ser sus sonrisas, si cuando las combinas con la mendicidad de la mirada suenan a anacronismo absoluto, a discordancia semántica, a fallo de sintaxis!!!! Y sin embargo allí estamos todos, como todos los veranos, juntos y unidos, formando un núcleo familiar excepcional….

Sentada en el borde de la cama, examino la primera de las cartas, no hay fecha ni más nombres que un sencillo "Su hijo Francisco" al final del escrito a modo de despedida. Las únicas referencias que podrían servirme de guía están en el sobre, un matasellos de Venezuela y la fecha de expedición medio ilegible sobre un papel satinado de color amarillento probablemente ya en su origen, y que con el pasar de los años, se ha oscurecido aún más.



Madre,

Hace tiempo que no contactaba con usted, pero ya se sabe, los muertos no hablan, así que me ahorraré las disculpas y demás palabrería que a estas alturas ya no tendrían ningún sentido. Además, tenga en cuanta que en mi destierro no siempre es fácil conservar la identidad –o mejor dicho la no-identidad- sin incurrir en riesgos que ninguno de los dos desearía, ¿o quizá si?

Padre dice que está bien, me "alegra"(si es que puede decirse así) saberlo. Me entristece no poder comprobarlo personalmente pero hace ya tanto tiempo que aprendí a vivir sin su presencia que casi se ha convertido en un fantasma para mí, que me sirve de bálsamo en mis momentos más desesperadamente amargos, y usted, más que nadie en este mundo, sabe que los hay.

He tenido que aceptar la imposición de que mi ausencia era necesaria (o al menos lo era en su mundo), ¿pero se da cuenta de lo extremadamente difícil que es seguir viviendo así? No sólo me ha despojado de mi esencia, de



mi pasado y de mi familia, sino que también lo ha hecho con mi futuro, ya no hay posibilidad ninguna para mí, madre, y todo se lo debo a usted.

Me ha matado en vida, y lo ha hecho con tanta conciencia como con la que yo lo acepté, por no contrariarle, por no causarle más daño, como lo hizo usted antaño, ¿verdad madre? Padre tampoco tuvo el valor de contrariarle cuando tomó la decisión de desterrarle a él también, de hecho nadie ha osado contrariarle nunca, y en ello radica toda su fuerza.

No es mi intención implorar el perdón. No, no voy a pedirle perdón madre, y si le inflijo pesar con mis palabras, sepa que es la única arma que me queda para paliar tanto dolor, el único vínculo que me une a usted. Las palabras escritas en un papel, escasas y siempre maquilladas bajo el anonimato de quien no existe ya, y nunca existirá.
Un muerto no puede resucitar.
Desde mi tumba, con toda mi rabia,

Su hijo

Francisco



Yo soy de las que defiendo que el amor a nuestros padres no es congénito, que no vienen ya de fábrica las coordenadas en el GPS de nuestro corazón para llevarnos directamente al amor paternal. No, los sentimientos elaborados, como todo en esta vida, hay que aprenderlos, y el amor "consciente" a nuestros progenitores lleva su tiempo, porque antes de esa fase, es pura necesidad.

Dios, lo que tengo delante… es infumable. Tengo ante mí un desnudo de alguien desgarrado, con mucho, mucho odio entre las cejas. No alcanzo a comprender como puede alguien condensar tanta saliva fermentada y no morir de una úlcera sangrante en las encías. Me mareo. No sé donde estoy, no logro entender absolutamente nada. Recuerdo el tono de aquellas líneas atravesándome en diagonal el estómago.»

—Amira, cielo, la cena estará lista en diez minutos, por favor no tardes en bajar, sabes que a tu padre no…

«Vuelvo a colocar la carta en el sobre y pongo mucho cuidado en guardar mi recién hallado tesoro -aunque no tengo muy claro en que consiste todavía- entre la ropa interior en el cajón de la cómoda.»

Bajo a cenar un segundo antes de los diez minutos reglamentarios. Sé perfectamente que mi padre no soporta la espera. La puntualidad es una norma más de entre las miles de pautas estrictas que rigen el interior y el exterior de mi familia.

Quizá mi naturaleza sea desordenada por un error en el ADN, o tal vez ese día las células hicieron huelga cuando les tocaba aprender la combinación exacta de los Miraflores. Lo cierto es que me ahogo entre las líneas cuadriculadas de este inmenso libro donde nunca ha habido una hoja en blanco.



Ahora que la buhardilla se ha quedado vacía, siento una punzante necesidad de volver a mi mundo: la universidad, el bullicio, Tomás...

Seguir con mis idas y venidas entre cafetería y bocadillo rápido en el Bar Estudiantil, empujarme entre cuerpos, codos, carpetas y cabezas sonámbulas que luchan por una dosis de café con leche. Biblioteca, sala de actos, tutorías y las risas a medias con Tomás, que siempre llega tarde y se excusa con teorías lingüísticas para justificarlo.

Él dice que la vida es una sintaxis en perpetua revisión, y que nosotros somos las subordinadas que buscan su verbo principal. A veces creo que tiene razón, aunque otras pienso que su manera de mirar el mundo es una estrategia para no derrumbarse.

Yo lo miro de reojo cuando habla, mientras anota en los márgenes de los libros frases que solo él entiende, y pienso que hay en ese gesto una forma de resistencia: la suya, la mía, la de todos los que intentamos existir fuera del molde.

Recuerdo que camino por los pasillos de la universidad junto a Tomás, esquivando mochilas, risas y pasos apresurados. Él se apoya de vez en cuando en la barandilla, inclinando la cabeza como si el mundo entero fuera un problema gramatical que debo resolver. No puedo evitar sonreír; hay algo en su gesto que me desarma y, al mismo tiempo, me sostiene.

El café en la cafetería está demasiado caliente, pero nadie lo nota. Tomás sostiene la taza con las dos manos, mirándola como si contuviera un pequeño milagro. Yo pido un bocadillo mientras él sigue anotando garabatos en su libreta, y pienso cómo alguien



puede concentrarse así mientras todo a su alrededor gira con prisa.

Hablamos de literatura, de poemas que nos han marcado, y de repente el tiempo parece diluirse. Sus gestos son suaves, naturales, y aunque las palabras importan, lo que más pesa es cómo nos entendemos en las pausas, en esos lapsus compartidos donde no hace falta nada más.

Camino a su lado y siento que, incluso entre el ruido de la universidad, hay un pequeño espacio que solo nosotros reconocemos, hecho de miradas, gestos y una complicidad que no necesita ser pronunciada.

Necesito volver. No para estudiar ni para aprobar nada, sino para llenarme los pulmones entre los márgenes.

Y luego, como un desliz entre dos mundos, dejo atrás el bullicio que Tomás y yo compartimos en la universidad. La calidez de los pasillos, las conversaciones entre risas, la fragilidad de la tarde que entra por los ventanales, se disuelven en un suspiro que me acompaña hasta la cocina. Aquí todo se mueve con otra cadencia, otra rigidez. Las paredes parecen contener cada movimiento, cada gesto, y yo entro con la sensación de cruzar un umbral invisible: de un santuario donde la vida se expande a un espacio donde la precisión y el orden lo gobiernan todo.

Mantel y servilletas. Amarillo como las baldosas el mantel, verde como la cenefa que unía el mármol con la pared, las servilletas. Platos en crema con florecitas verdes y amarillas, a juego con los cojines que cubrían los taburetes dispuestos alrededor de la mesa rectangular situada milimétricamente en el centro exacto de la cocina, todo dispuesto y en orden, todo menos los jugos



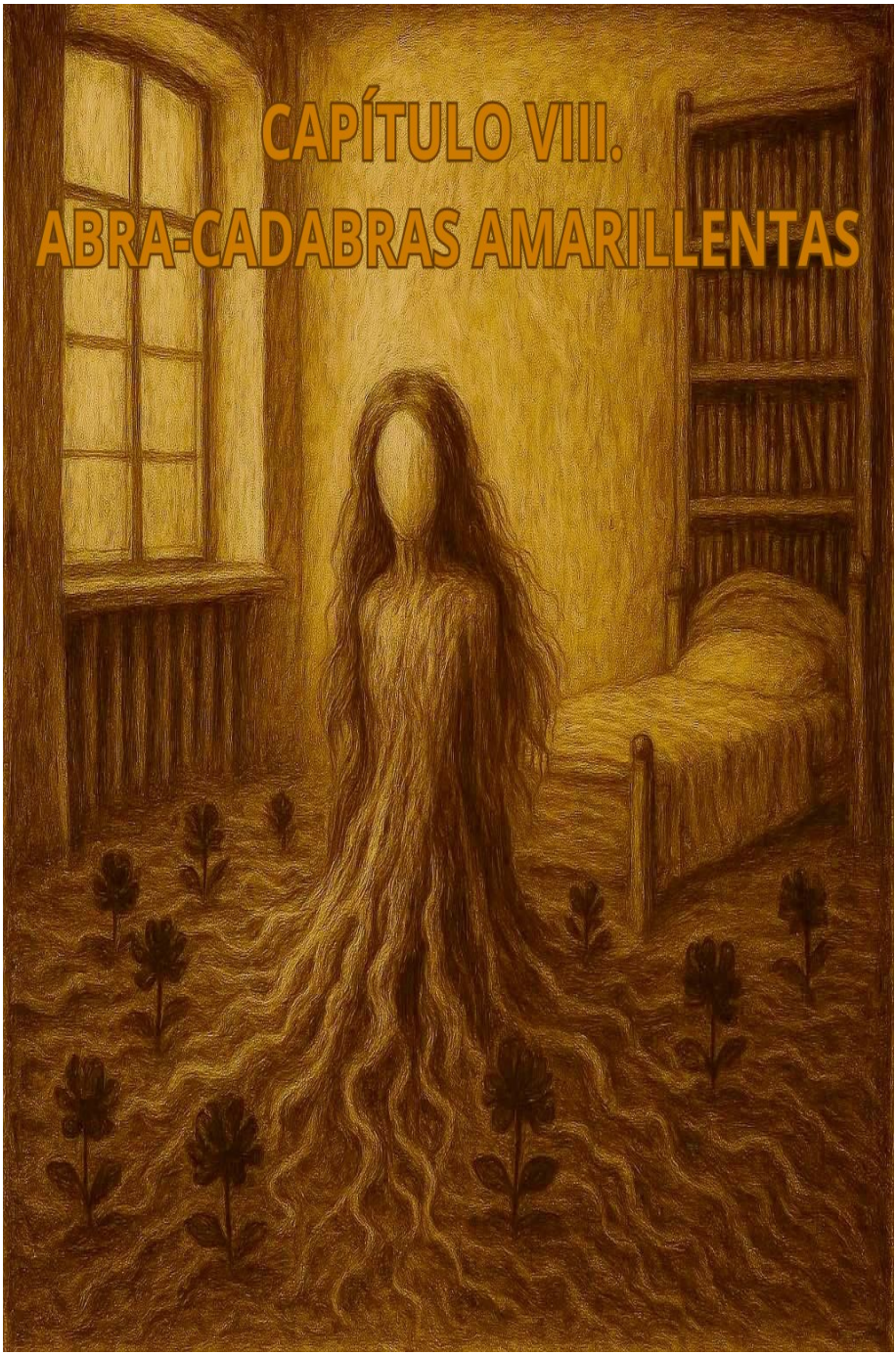
gástricos de mi mente.

Por una vez en la vida, la ley del silencio juega a mi favor. Ese silencio denso que lo impregna todo, ese eficiente verdugo de las inquietudes y hasta las emociones, solo interrumpido por la música del gramófono de la sala de estar de uso exclusivo de mi padre, acaba de indigestarme y me sirve para excusarme a mitad de la sopa, esquivar la mirada de desaprobación que forma parte de las muchas cosas que sin decirse acababan siempre en el aire, y escabullirme de ese tono cortante que puedo intuir hinchando sus labios hasta convertirlos en bombas a punto de explotar, escupiendo las palabras a derecha e izquierda pero sin gritarlas.

Sí... imaginarlo es fácil. Don Roberto no grita nunca. No, no hace falta alzar la voz; se puede ser categóricamente asertivo empleando un tono de voz correcto, solo es necesario cerciorarse de que los presentes captan el mensaje escondido tras la frase, sea cual sea. Y lo captamos... siempre lo captamos.

Y mientras mastico lentamente, pienso que la perfección de esta cocina es tan inmutable como mi nervio desbordado, que los manteles alineados y las servilletas dobladas nunca sabrán del caos que hierve en mi interior, ni de los pensamientos que vuelan más allá de la geometría exacta de esta mesa. Aquí todo está medido, todo controlado, excepto yo.




CAPÍTULO VIII.
ABRA-CADABRAS AMARILLENTAS

El aire se confunde con el aroma de los muertos y la sangre mana por mis venas como ríos desbocados buscando una salida; las neuronas se queman a propósito en sus naves ultra espaciales y mi cara busca una alternativa, pero el alma no entiende para qué. La sombra no se atreve a retar a la luz, esta oscuridad augura lluvia y nieve en las cercanías de un planeta todavía desconocido. Estoy en medio de un terremoto nocturno y voy a cerrar la puerta.

Paso el pestillo y todo el mundo queda afuera; necesito disponer de toda mi intimidad para poder desintoxicarme de los lobos, en mi propio bosque donde puedo darle de comer a mis volcanes. La puerta de madera maciza lacada en blanco me protege de un exterior en el que hasta los perros huelen a simulacro. Echo una mirada alrededor: del gran armario empotrado a la derecha salen gritos dándose codazos, personas aullando, la sensación a promesa esta vez no sabe a caramelo sino a cadalso.

Me quito la ropa con una parsimonia autómata y me detengo frente al espejo de la puerta interior central: el cuerpo desnudo un tanto entradito en carnes me devuelve una imagen casi cataléptica, antes de endosarme el pijama. Los abalorios que llevo encima se los traga el cajón de la mesita de noche, donde también han ido a parar todos los caminos cortados por accidentes de la memoria desde niña: un simple cajón guarda los secretos de una mente contagiada de rojas explosiones, de ventanas abiertas al mediodía, camisas tendidas, lagartijas sonrientes, toneladas de azules infantiles y sonidos submarinos que hacen juego con los collares que me hacía cuando jugaba a ser la princesa del sol.

Y entonces, un olor a cera y a ropa recién planchada me devuelve a Abelina. Su ausencia pesa, aunque sé que es temporal; en la casa se nota su falta, como si las cosas esperaran su ritmo para volver a brillar. Recuerdo su manera de doblar las sábanas, el



murmullo que le sale de la garganta mientras trabaja, ese lenguaje sin palabras con el que calma los objetos. Siempre dice que las casas también necesitan ser atendidas, que si no se les cambia el aire, se apagan. Quizá por eso sigo abriendo las ventanas, aunque llueva, aunque no haya nadie al otro lado.

Sigo el recorrido de tantas otras veces —el metodismo impuesto a mis genes me obliga— y me detengo frente a la balconera oval que durante el día regala una luz limpia y agradable; corro el cortinaje fino de algodón y pienso que la próxima vez debería acordarme de cerrarlas antes de desnudarme. Me siento en el borde de la cama, dejo que la habitación me hable, que cada objeto, cada sombra, me cuente su historia.

«Pasan las horas, pero no mi ansia. Abro la cómoda de ébano con sobre de mármol que queda justo en la pared opuesta a la de la cama y extraigo del segundo cajón el liviano reguero de "abra-cadabras" amarillentas.

Después, con la sensación de haber cumplido con el ritual, me tiendo en la cama sobre la colcha floreada, acomodándome sobre un caos de grandes cojines, empiezo a deshacer la cinta amarilla y me dispongo a preparar a mis pulmones para el inminente naufragio en la segunda de las cartas.

Madre,

No puedo por más que pensar que usted ha perdido por completo la razón! Pero ¿es que no se da cuenta de lo que está a punto de provocar si sigue adelante con esta locura? Padre no ha querido contarme casi

nada pero he aprendido a saber interpretar las distancias ¿qué es lo que pretende hacer, madre?

Si aún le queda un poco de sentido común, de aquel del que tanto hacía vanagloria, reflexione, mujer de Dios, ¿de qué habrá servido mi muerte si no respeta para siempre el pacto que usted misma selló con el silencio?, su inclemencia durante todos estos años ¡dejará de tener sentido!

¿Recuerda la razón, motivos y causa de toda esta vida anónima? No puede haberlos olvidado…. No, no dejaré que los olvide mientras me quede una brizna de aliento, se lo aseguro. Todo el dolor que me ha infringido durante todo este tiempo no puede caer en saco roto, ¡no se lo permitiré!, aunque tenga que escupirle toda mi historia a la cara, sí madre, mi historia… que no es otra que la suya propia, aunque eso le escueza y corroa por dentro, ya es hora de empezar a decir las cosas por su nombre. Sí madre, ha llegado la hora de que suba también usted al patíbulo, y sea ajusticiada en honor a la verdad, le aseguro que no sentiré ningún remordimiento por apretar el gatillo y ser, precisamente yo, quién la fusile.



¿La recuerda madre? Por aquel entonces ella era joven y bella, muy bella. Sus grandes y negros ojos almendrados, sus largas y frondosas pestañas, sus labios carnosos y bien definidos, invitaban al pecado sin dilación y su talle esbelto imponía hasta respeto. Su cabello ondulado del color del maíz tapándole los hombros… era una verdadera maravilla. Yo sé que, en el fondo, a usted también le gustaba.

Pero ¡hay de nosotros!…. Cometimos el más grave pecado de todos ¿verdad? Aquel que no podía decirse en voz alta, aquel que hacía falta enterrar antes de haberlo podido vivir, antes de haberlo podido ni siquiera imaginar. ¿No es verdad, madre?

Aun recuerdo su severa mirada aquella dura tarde de otoño, no creo que pueda olvidarla jamás, triste…quizá, pero también contundente. No hicieron falta las palabras, en aquel mismo instante supe que lo sabía, que de algún modo lo había adivinado, y eso…. sencillamente no podía ser, no tenía cabida ni posibilidad ¿verdad madre? Eso era poco más que un libertino escándalo, demasiado para el buen nombre de la familia. Creo que la trama



de su Gran Plan debió empezar justo entonces, corríjame si me equivoco….

En su mirada, lo recuerdo tan claramente como si fuera ahora, no había sólo enojo, madre, había horror, un pavor que casi pude masticar, y aun tuve que esperar muchos años antes de poder entender su causa. La historia se repetía una vez más, ¿verdad?. Sí, claro que sí, y con toda su fuerza, con todos sus errores y sus goces, con todo su fuego, y usted se sintió revivir en un pasado demasiado turbio como para querer recordarlo. Ese fue el mayor motivo de su crueldad, sea sincera, ¡maldita sea!, al menos consigo misma madre, y tenga el valor de reconocer por una vez lo que usted y yo sabemos.

Pero en la vida cada uno recoge lo que siembra madre, y el destino le jugó una mala pasada. Por una vez, se rió de usted, de su gloria y de su poderío, esta vez el reino no fue suyo madre, no… esta vez el destino fue enteramente nuestro. ¡Y como lo gozamos!…, fue la vida más bonita que viví, la única que quiero recordar, el resto ha sido muerte.



Ahora debo despedirme, pero ni por un sólo segundo piense que no seguiré adelante en mi empeño por contarle toda mi rabia, mi frustración y mi ausencia madre, porque ni desde mi muerte he podido perdonarla. Usted no tiene perdón, no se lo merece.

Desde mi tumba y con toda mi rabia

Su hijo

Francisco

Un reguero de "abra-macabra" sí, y sin mayor sentido, me deja los labios casi desérticos, hubiera sido el almuerzo perfecto para las moscas si la saliva no se hubiera apiadado de mi garganta. En momentos así es imprescindible saber reconocer el bendito fuego capaz de seguir inflamando los surcos de la piel. Sé reconocer el fuego que habita mis callejones y me permite ver ciudades póstumas y sé reconocer también, al hombre que vuelve de la pesadilla.»

El teléfono vibra en la mesita, y el mundo exterior se cuela por un instante. La voz de Tomás aparece, familiar y cargada de su humor, y entonces ocurre el choque, la danza de palabras y exabruptos que solo él sabe provocar:

—Sí, es todo de momento, ¿te parece poco?
Si lo llego a saber, no te leo ni una línea.
Pero claro, tú siempre tan listo, ¿no? ¿Cómo?
Oye… oye… no te pases ni un pelo… eso no es verdad. Para empezar, mi pelo no es rubio —ya te gustaría.
Mira, menos cachondeo, ¿vale? "Mi talle"… ¡anda ya! ¡Nunca ha sido esbelto!
Voy a colgar.
Pero bueno, ¿qué te pasa esta noche? Si lo sé, no cojo el teléfono, joder.
¿Desde cuándo soy yo tan entrañablemente per-fec-ta?
No, no me gusta ese tono. Voy a colgar, te lo advierto.
¿Cómo? ¿Un halo de inteligencia misteriosa?
¿Has bebido, Tomás? ¡Tú has perdido la cabeza!
Sí, sí, por encima del resto de los mortales… claro, claro, sigue delirando.
Ja, mis ojos no tienen iridiscencias de color miel, ni migran del negro a un dorado casi irreal.
Voy corriendo a llamar al médico, porque te encierran fijo.
¡Basta ya, Tomás!



Pues sí, me estás molestando con tanta tontería.
No entiendo cómo te aguanto. Se acabó, ni un segundo más, cuelgo.
No, no te lo mereces.
He dicho que no.
¿Que si voy a seguir? Claro que voy a seguir —pero tú, tú no.
Ciao.

La calma vuelve y la habitación late otra vez conmigo. Cada palabra, cada risa, cada tontería se queda flotando, atrapada entre los muebles, el espejo y la luz que se filtra por la balconera. Respiro profundo, siento el ritmo de la casa, el eco de la ausencia y la memoria de quienes la habitan.

Observo la planta en la esquina; sus hojas se inclinan, cansadas, pero siguen sosteniéndose. Pienso en la resistencia obstinada, en la memoria que persiste, en la vida que se aferra a lo pequeño. Entre mis manos, un objeto antiguo —una cajita olvidada, un libro de tapas gastadas— encuentra un lugar sobre la mesa; la habitación parece asentir, escucha mi presencia.

Me recuesto en la cama y dejo que la luz se desvanezca lentamente. Dentro de estas cuatro paredes, los recuerdos, la conversación, la vida presente y la voz de Tomás se entrelazan. Todo se convierte en un único hilo invisible que une pasado y presente, memoria y cuidado, caos y calma.

«Como si se tratara de deambular a través de unas cuantas aceras enfermizas cuando uno ya sabe el camino, está claro que abrir una tras otra las dichosas cartas es el paso siguiente, abalanzarse, devorarlas, pero el bombeo de las sienes es insoportable, un tremendo dolor de cabeza se está adueñando de mi voluntad, mientras en mi mente a oscuras, se repite mentalmente una descripción....



“Por aquel entonces ella era joven y bella, muy bella. Sus grandes y negros ojos almendrados… sus largas y frondosas pestañas……, sus labios carnosos y bien definidos… su talle esbelto… su cabello ondulado del color del maíz tapándole los hombros”…»



CAPITULO IX.
JARDINES REPLETOS DE TORMENTAS PUNTIAGUDAS



Siempre he pensado que cuando la luz pierde el sentido de la oportunidad, vomita rayos de esquizofrenia sobre la delicada subasta de pensamientos que efectuamos cada vez que pretendemos abrir los ojos.

Y por más que buenamente intente acaramelarnos el caprichoso instante, (tengo un amigo que siempre me decía que los instantes y los milagros son estrellas fugaces bailando danzas rotas por el firmamento) sigue siendo tan absurda en el entre-sueño como una tonelada de mandrágoras y serafines recién salidos de la ópera de una condena.

Empiezo a despedirme de mi ingravidez, empiezo a notar el volumen de mis piernas, el hinchazón de mis párpados y me voy desperezando aunque no me apetezca nada de nada amanecer en el mundo. Tendré que precipitar mis verdes para sobrevivirme... sí.

El gran espejo apoyado sobre la cómoda me da los buenos días.

Espejito, espejito,... La más bella no sé... pero la de ojeras más espantosas seguro que sí, Dios!

...raro Tomi, estás muy raro. Es como si se empeñara en sumergirse en un glamour barato, apareciendo por una puerta angosta que da siempre a un vacío tan poco prometedor que avergüenza al propio romanticismo, creo que hasta la mejor puesta de sol le llamaría a la prudencia.

Pero si me habla con una mezcla de canciones de los cincuenta. Penoso...

Y yo me doy rabia. Cada vez que intento hablar con él, me siento Bela Lugosi a punto de atacar su cuello incendiado, y acto



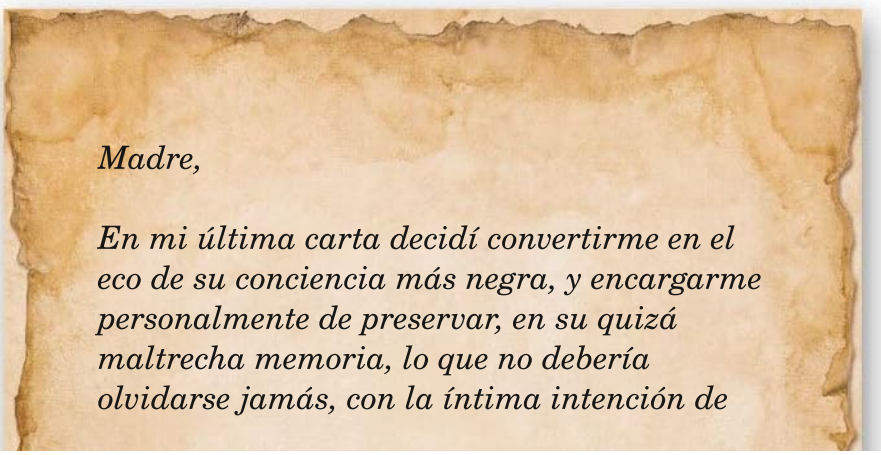
seguido mis mejillas rivalizan con las brasas del infierno, o se ha vuelto lelo o la que está empezando a perder todos los puntos cardinales del sentido común, soy yo.
“Su milagro”… vaya tontada.

Sórdida hecatombe la de ver lo que no se ve, los sueños que sólo el subconsciente sabe atesorar como corresponde y así pasan los años, como canicas de colores en vez de días en el calendario, y lo peor de todo es que me encanta la posibilidad de convertirme en su milagro…
Será mejor que me espabile o la mañana se irá sin mí.

Trato de enfundarme los pantalones mientras una especie de letanía acude de nuevo a mi mente…

«“..... Por aquel entonces ella era joven y bella, muy bella. Sus grandes y negros ojos almendrados..... sus largas y frondosas pestañas…., sus labios carnosos y bien definidos…. su talle esbelto….. Su cabello ondulado del color del maíz tapándole los hombros….”

Abro el cajón.



convencerla para que lleve hasta el final su grandioso Gran Plan. Usted lo ideó y ahora es ya demasiado tarde para redimirse.
Y en todo caso, de tener que saberse la verdad, no debería ser usted quién la revelara cual la heroína que siempre se ha creído ser, si no alguna de las víctimas de sus embustes maléficos, quizá de este modo tendríamos alguna posibilidad de saborear la venganza, sin tregua para las pausas o los perdones tardíos, sin ningún intento de entender motivos o situaciones. No, la verdad tal cual fue, tal y como se planificó, para que se sepa de una vez por todas quién y cómo es el personaje que la ideó. Para que sepamos todos quién es usted, madre.
Y tenga por seguro que de algún modo u otro, todavía puede llegar esa recompensa… de no cumplir su plan hasta el final, madre, si tal como sospecho está pensando en una salida digna para usted, dígame madre, ¿quién nos impide revelarnos? siempre podemos empezar a alzar nuestras voces… y no sólo yo…, piénselo madre, piénselo, siempre puedo volver para recuperar mi vida, esa vida que usted me quitó y por lo que la maldeciré hasta la eternidad…

Cuando se decidió mi destierro inmediato hacía



estas tierras extrañas, que con el pasar del tiempo han acabado convirtiéndose en mi hogar, ya era demasiado tarde, y aunque bien es cierto que se evitó el escándalo, no pudo usted evitar males mayores ¿Verdad madre? Usted no pudo evitar su propio escarnio, el más duro, el que practica uno consigo mismo.

Y una vez más fue implacable, como lo había sido antes, e hizo lo que se tenía que hacer. Igual que muchos años atrás cuando me engendró a mí, y tuvo que desterrar de su vida al único hombre que había sabido conmover su corazón de acero, despojándolo de su soberbia e inundándolo de humanidad. Sí… usted sabía demasiado bien lo que se tenía que hacer, ¿No es cierto? Cómo pudo madre… cómo pudo… si supiera cuantas veces me he avergonzado de llevar su misma sangre… de haber sentido por usted algo parecido a la ternura y al amor… ¡Dios santo! Alguien como usted sólo merece la soledad y el frío en el alma, alguien como usted sólo merece el helor de la muerte, le aseguro madre, que cuando llegue ese día, no derramaré ni una sola lágrima de pesar por usted, porque ese día quizá signifique mi resurrección…y anhelo, sí madre, entiéndalo de una vez, ¡anhelo!, su llegada.



"Una oportunidad profesional inmejorable para el chico" –aun la recuerdo pronunciando esas palabras en voz alta delante de todos-, ¿Qué más se podía desear? Para una familia recia como la nuestra, el tener al hijo mayor representando a un notario de la valía y pericia reconocida como Don Arturo Deulofeu de la Miranda… y además en ¡tierra foránea! ¡El chico debía partir enseguida por su bien y por el buen nombre de la familia! Sí madre, su plan seguía gestándose en perfecta armonía, tal y como usted lo iba tejiendo ¿No es cierto?
Y efectivamente, en menos de un mes estuvo preparada mi salida de aquella casa, mi casa…. mi casa. Ni una sola lágrima le vi verter por mí cuando me fui.

Pero, aunque por aquel entonces yo sólo podía empezar a intuir el alcance de su maldad, ya presentía que me tenía muchas más sorpresas preparadas, ¿Verdad "querida" madre? No podía conformarse con hacerme desaparecer…no, eso hubiera sido demasiado simple para una mente ejemplar y brillante como la suya. Y además tenía que manejar hábilmente otros destinos, confundiéndolos para confundirnos, enredándolos para enredarnos bien a todos en pos de un saber y buen hacer. Tenía que inventar



todavía muchas otras realidades para poder imponérnoslas a todos, así ha sido siempre.

La pesadilla más horrenda de mi vida, "querida madre" ha sido usted y saberme hijo suyo. ¿Le duele, madre? ¿Es usted capaz de sentir el más mínimo vestigio de remordimiento? Cuánto me alegraría verla sufrir, desgarrarse en sus propios lamentos… cuánto disfrutaría viéndola obligada a suplicar una absolución que, le bien aseguro, no le sería concedida. Sí, alguien tiene que atreverse a vomitarle a la cara todo lo ruin que ha sido hasta para con usted misma. Maldita sea su estampa, ¡maldita sea madre!

Pero sigamos, siga usted leyendo su propia obra y no pierda punto. Al cabo de mes y medio se decidió mi boda. ¿Lo recuerda usted bien, verdad madre? Una buena moza de buena familia y buenos modales, tal y como usted la ideó, tal y como usted la inventó para mí, con desliz y embarazo incluido, por lo que, siendo yo quien era, tuvo que precipitarse el casorio hasta el punto suficiente como para que fuera absolutamente imposible planificar un viaje de semejante envergadura para toda la familia. Así que en un acto de nobleza y con sincero



sentimiento me vi casado casi sin ceremonia ni asistentes, y esperando descendencia.

Qué brillante mente la suya, madre, qué brillante.

Debo despedirme por hoy, porque aunque un muerto debería disponer de toda una eternidad, prefiero no agotar sus fuerzas. La venganza es más dulce cuando se saborea lentamente.

Desde mi tumba y con toda mi rabia

Su hijo

Francisco



Don Arturo, la abuela y mil siglos entre medio que no me dejan ver. Muertos escribiendo a los vivos, fantasmas sobre las piedras y la incógnita de saber qué narices tiene que ver todo esto conmigo. Sufro de un insomnio ajeno siguiendo esta especie de ruta umbilical que acabará volviéndome loca».

Bajo a la cocina con la secreta esperanza de que mi padre se haya instalado ya en la sala de estar, con su periódico matutino que con un poco de suerte le ocupará gran parte de su actividad durante la mañana, como todas las mañanas de este verano exagerado, como todas las mañanas de invierno, como todas y cada una de sus mañanas.

La miro de perfil, en una de sus idas y venidas, y puedo apreciar su belleza serena, el pelo ondulado recogido en una coleta baja a la altura de la nuca, del color del maíz, y tocado con alguna que otra cana que ya convenía disimular.
Ojos negros perfilados por una magnífica hilera de pestañas rubias que proporcionaban más intensidad todavía a su mirada.
Labios carnosos y aún sin ajar, a pesar de la edad... y todo ello enmarcado en una faz oval de tez morena.
De joven tenía que haber sido por fuerza todo un espectáculo.
Aun conserva sus formas, de talle esbelto y largas piernas, y lleva el conjunto con una elegancia exquisita. Si, todo un espectáculo.
Si me acerco por detrás y le abrazo el tiempo justo para estamparle un sonoro beso en la mejilla, seguro que me gano una reprimenda satisfecha y repleta de orgullo maternal.

Bisturí en mano, me dispongo a seguir construyendo jardines repletos de tormentas puntiagudas, donde quedan a salvo muy pocos paisajes, todo lo que resta es la suciedad de las nubes, la pesadumbre acumulada en los grumos de espuma sobre los rostros grises de una ternura manca.



«—Mamá, ¿tú conoces bien a Don Arturo, verdad? Explícame de dónde le viene la amistad con nuestra família, ¿quieres?. Siempre lo he visto moverse con tanta naturalidad por esta casa, en vida de la abuela, que nunca me había preguntado de dónde había salido nuestro querido notario.

El aire se paraliza, todo queda suspendido en una especie de simulacro de in-animación, hasta las cuerdas vocales quedan hinchadamente quietas, aumentando el volumen de su mudez, y vuelvo a quedarme noqueada ante esa sensación extraña de saber instintivamente que algo denso está traspasando las moléculas del aire y yo no soy capaz de identificarlo.

Algo debe de quedar en mí de mi antigua sabiduría, la de los elementos y la de la tierra, la de las corrientes energéticas que se expanden erizando la piel, la de mis columpios desde donde se cazaban nubes y magníficos dragones que me regalaban nueces. Presentía un cambio en la tonalidad del día.

—Por lo que yo sé… Don Arturo y tu abuela se conocían desde niños. Crecieron juntos, eso es todo.
—¿Eso es todo? Se diría que más bien nunca dejó de estar aquí, detrás de una puerta, tras los visillos, sentado a la derecha de Victoria en la mesa los Domingos, tomando el té, en fin...
—Ha estado presente, sí. Siempre. Como albacea, como consejero… como alguien de confianza.
—Albacea, consejero… suena a título oficial. !Ya sabemos que es notario! Yo hablo de otra cosa.
—¡Amira! Te estoy diciendo lo que sé.
—¿Seguro?¿Lo que sabes o lo que quieres contarme?
—Lo que sé basta.
—Ajá. O sea que había algo más.
—No había nada impropio.
—"Impropio"… qué palabra tan delicada para alguien que



desayunaba con nosotros como si llevara la misma sangre.
—Era… era amistad. Una sincera amistad.
—¿Amistad con derecho a entrar hasta la cocina?
—¡Amira, por favor, ya basta! Tu abuela siempre le tuvo… siempre le tuvo consideración.
—¿Con-si-de-ra-ción? Venga, mamá, suena a nota al pie de un catecismo.
—Bueno… bueno, quizá también había… cierta admiración.
—Admiración. Sí, claro, claro...
—No lo entiendes.
—Explícamelo entonces.
—No… no hay nada más que explicar. Tu abuela era una mujer… excepcional. Y Don Arturo… un hombre recto, íntegro. Eso es todo.
—Eso es todo, eso es todo… Cuando repites tanto una frase es porque escondes algo detrás.
—Amira, ¡te lo prohíbo!
—Ah, ya salió la palabra mágica. Cuando aparece "te lo prohíbo" es que el silencio pesa más que las palabras.
—Basta, hija. Basta. Escúchame. Don Arturo siempre fue leal a nuestra familia. Leal hasta el final. Eso es lo único que necesitas recordar.
—Claro, mamá. Lealísimo. Tanto que casi parece que esa lealtad le daba derecho a más llaves de la casa que el propio abuelo.
—He dicho basta, ¡hija!
Ante el nerviosismo de mi madre callo, la incomodidad en sus movimientos cortos y bruscos, tan poco habituales en ella, su torpeza en el trasiego de los platos y vasos del fregadero, me hablan alto y claro de su turbación.

Como si estuviera viendo un retrato de familia anclado en el tiempo, una pintura que hubiese interiorizado en alguna clase de historia del arte, recordé .....



“Sus grandes y negros ojos almendrados..., sus labios carnosos y bien definidos…”

La angustia, cuando asola esta ciudad gótica que a veces soy, en el momento justo y único en que Rimbaud se bebe a mi lado sus pañuelos infectados y maldecidos por su propio cólera, me deja tiritando. La siento crecer desde el bajo vientre, atravesando matorrales sin sentido, sin veredas, presionándome, obstruyendo el paso del aire, para sumergirme en la no existencia. Por un instante no soy más que algo hiper-ventilado que abre y cierra espasmódicamente las ventanas cuando parece que el viento quiere derribar el vidrio protector de una mirada. Me estoy ahogando».

Me disculpo por no sentirme demasiado bien y me encierro de nuevo en mi habitación. En esa soledad que se siente cuando te vencen los acontecimientos, cuando no dependen de uno, cuando sencillamente se es un mero espectador de algo ya decidido, de algo ya tramado y resuelto unilateralmente. Cuando ya no hay opción, cuando uno ya no es parte integrante del tablero, de la gran partida.

No, de repente la partida ha finalizado y alguien te lo cuenta, y la impotencia y la soledad te dejan desamparado y solo, ante ti y contigo, o con lo que quede de ti...con tu sombra.

Siento cómo el corazón se hace frío, con un llanto ilegal en cada mano, me mira cobarde y se entretiene en el surco justo del cerebro donde un doble salto mortal significa un paseo blando y largo por el opaco mirador de la tristeza.
Pero la tristeza es una enfermedad de crecimiento, un francotirador expresionista de letras solas, heridas y descoyuntadas, una generación de nudos puntuales, de cielos



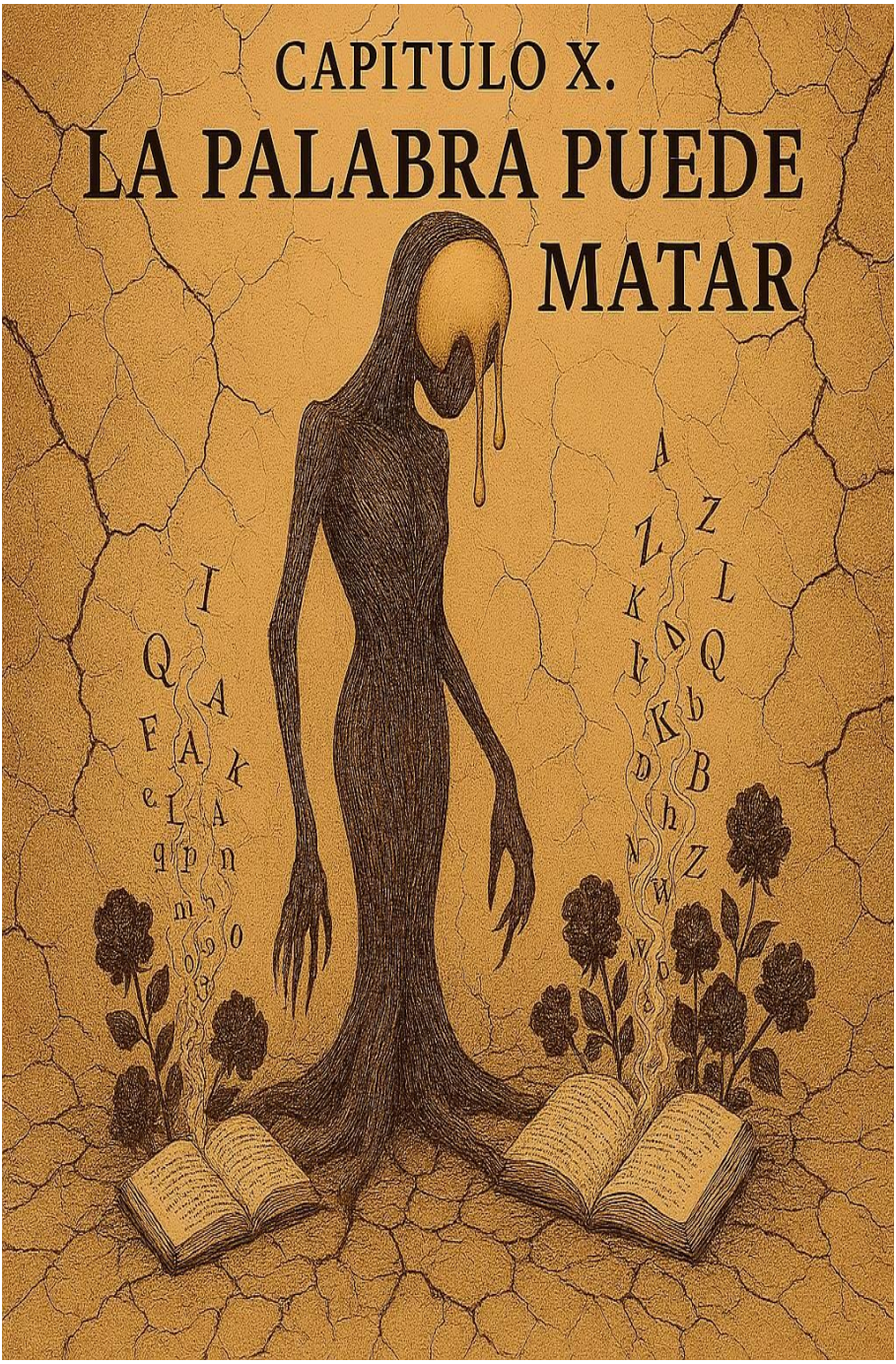
hundidos en las manos que nos regalan costras de cuarzo con las que adoquinar el corazón.

Y lo adoquinamos.



CAPITULO X.

LA PALABRA PUEDE MATAR



¿Donde nos habíamos quedado madre?

Ah si, ya recuerdo, mi boda. Rápida y discreta, como tenía que ser. Pero no podía quedarse así, tenía que seguir enredando la madeja, en modo tal, que todo acabara estando perfectamente cifrado, dulcemente escondido, dentro de un marco de buenas costumbres según mandaban los cánones…. Así es que aún quedaba mucho por hacer, ¿no es cierto madre?

Y lo hizo…. Vaya si lo hizo.

Con una determinación absoluta muy propia de usted, mi "querida" madre, se resolvió que ella viniera a pasar una larga temporada con nosotros, con el honrado fin de cuidar de su cuñada, que al quedar embarazada había sufrido un decaimiento generalizado que la había dejado muy débil y casi postrada en la cama, así que mi pobre Marta, se convirtió de repente en una moza enfermiza y tremendamente necesitada. Al estar yo tan ocupado con los asuntos del bufete, (bien se encargó usted de repetirlo a cuantos quisieron escucharla) pues claro está, no podía prestarle



la atención necesaria a mi mujercita, que además, al ser primeriza estaba asustada y se quejaba continuamente de su tremenda soledad. ¡Por Dios madre! Cuando repaso los acontecimientos de mi asquerosa vida me doy cuenta de lo mucho que le deseo el infierno y ni siquiera sé si la más larga enfermedad degenerativa podría ser penitencia suficiente para alguien de tan malévola calaña.

Qué amable que fue la familia, cuánta consideración y buen corazón demostraron para con nosotros. Cuanta preocupación debíamos causarles que hasta mi hermano accedió de buen grado a separarse de su muy amada esposa para que pudiera venir a cuidar de mi Marta, con la promesa, de que una vez nacido mi hijo, volverían las dos juntas con el recién nacido para que todos pudieran conocerles. Qué amables fueron todos…. ¿Verdad madre? ¡Cuan unida ha estado siempre esta familia!

¿Qué pretendía usted madre? no tengo claro si fue una perfecta estratagema para esconder lo que debía esconderse, o bien fue una regalo para exculpar su inclemente proceder. Fuera



como fuera, al menos pude disfrutar de algo más de once meses en su compañía, tocando el cielo con las manos en la más plena y reconfortante gloria. Si Dios ha existido alguna vez, fue entonces.

Cuando llegó apenas se notaba su reciente gravidez, solo quizá en su mirada, que hablaba sin palabras de un amor nuevo y diferente gestándose en su interior, Oh madre, que bella estaba, y cuántas y cuántas veces me sumergí en la profundidad de sus ojos, para entender… para comprender lo que se siente al estar doblemente vivo.

Fue el mejor y único motivo por el que acepté mi muerte, madre, ¿lo entiende? ¿Puede usted entenderlo? Y si he permanecido callado todos estos años madre, ha sido única y exclusivamente por mi hijo, así que no dude ni por un sólo momento, que si veo peligrar su estabilidad, no tardaré ni un minuto en hacer volar por los aires toda su estratagema madre, y no me importará a quién me tenga que llevar por delante, ¡Dios quiera que sea a usted!



Ahora debo dejarla madre, una vez más.
Desde mi tumba,y con toda mi rabia

Su hijo

Francisco

Mentiras, alucinaciones de dulce de almíbar, la atmósfera que se desprendía en aquellas cartas …. mentiras en el tablero de ajedrez frente a la reina blanca odiando a la reina negra que se acuesta sin decoro con el alfil blanco. Ya era la segunda lectura que hacía de la misma misiva, la rectitud en los comportamientos, el buen hacer, la supuesta unión familiar… era como si mis bisabuelos vinieran a buscarme con la pólvora incendiándose en sus chaquetas carcomidas por esa fauna cadavérica de una tierra agria. No hay más remedio que alzar las manos y dejarse apresar por lo predecible… casi podría jurar lo que nunca ocurriría, lo que nunca se diría …. nadie sabe dónde mueren las palabras que sólo son eso.

—No esperaba tu llamada ahora, Tomi… me has asustado. ¿Estás tonto? Claro que me acuerdo, si fuimos ayer… Sí, ya te oigo… que no son más que arañazos… ¿Muebles arrastrados? No me hagas reír. ¿Ratas? Venga ya. ¿Okupas? Ah, mira qué rápido has encontrado la palabra mágica… Tenía que acordarme de aquel verano en que Lía cayó al pozo del jardín viejo, y se dejó las uñas intentando salir hasta que la rescataron. Siempre recuerdo esas manos blancas arañando la piedra, el terror… la desesperación… Y ahora estos sonidos, estas marcas en la pared… No puedo evitarlo. Pues si eran okupas, tenían uñas como cuchillas, ¿no te parece? Yo diría que son uñas, uñas desesperadas. ¿Dramática yo? No, ciego tú. Alguien intentó salir… alguien se dejó la carne en esas paredes. ¿Un gato? Vamos, Tomi, decide: ¿okupas, muebles, ratas o gato con manos de hombre? …Después de todo este drama, supongo que podrían ser solo muebles viejos arrastrados, lamentándose como si tuvieran vida propia. Sí… muebles, nada más. Nada de uñas desesperadas, nada de okupas, nada de gatos con manos de hombre. Y yo que ya me veía escribiendo epitafios a mis nervios... Estaba leyéndolas ahora mismo, ni te imaginas... Tengo una idea. Espera, voy a leerte una. ¿Preparado?



Bien, madre,

(que impropia suena esa palabra refiriéndose a alguien que no debe saber ni qué significa ¿no le parece? Usted debería haber parido por encargo, sí, eso, al menos, hubiera explicado de algún modo su falta de sensibilidad, su frialdad letal que nos ha ido envenenando a todos).

Pero sigamos recordando madre, sigamos con mi historia, que es nuestra historia, o mejor dicho su historia, forjada paso a paso por usted, imaginada previamente en todos sus detalles y tramada hábilmente sin dejar cabos sueltos, muy a su estilo, muy a la altura de su maquiavélica concepción de la vida. Qué asco me da, madre… ¡qué asco!

Fueron once meses magníficos, con la dulzura de su presencia y mi entrega absoluta a la única esposa que he tenido y tendré jamás, la única no manipulada ni inventada, la única forzosamente real, aunque ello le pese madre, aunque le reconcoma hasta el último recoveco de sus

entrañas, debo gritárselo porque fue la única vida que me dejó vivir, los últimos once meses antes de mi fatídica y calculada muerte.

Y llegó el momento, el infinito momento de la ternura más ávida que he podido sentir en toda mi existencia, y de la tortura más penitente que me ha tocado soportar desde mi ausencia, eterna, perenne.

Nació mi hijo, arrugado como el que más, con una tonalidad difícil de concretar entre el rosado y el anaranjado, y con su pelo negro enmarcando aquella carita desamparada y angustiada que no podía soportar la luz intensamente aséptica de aquel maldito quirófano. No puedo expresar lo que sentí entonces madre, y supongo que los latidos metálicos de su corazón, no le permitirán hacerse ni la más mínima idea de lo que se estaba forjando en nuestro interior, un vínculo directo perpetuado en la maravilla de un nacimiento, indefenso y frágil, pero nuestro, muy nuestro. Quise retener aquel instante para siempre en mis retinas para grabarlo en mi alma a golpe de sufrimiento, del sufrimiento que yo sabía iba a llegar en breve.



Tras el nacimiento de nuestro hijo, y gracias a su "inmensa benevolencia" - ¿se suponía que deberíamos haberle estado agradecidos para el resto de nuestros días?-, pudimos disfrutar de nuestras vidas hasta que finalizó el período de lactancia, ¿lo recuerda madre? Y ahí vino el acto final de su Gran Obra, el golpe definitivo que nos dejó a todos fuera de combate.

Usted se encargó personalmente de hacernos llegar a través del bufete la extraordinaria misiva donde definía con calculada clarividencia y minuciosa exactitud los pasos a seguir a partir de la recepción de su extensa y detallada carta. Ni una sola palabra de consuelo, ni un sólo gesto de aliento. Únicamente directrices que no dejaban resquicio alguno para las malas interpretaciones o las dudas.

Y así se hizo, mi esposa y yo, deberíamos preparar nuestra partida a la mayor brevedad, con la intención de que mi pobre y débil Marta acabara de recuperarse en compañía de toda la familia, en la casa familiar donde se le prodigarían amorosamente todos los cuidados necesarios y oportunos.



Y para aligerar el viaje y minimizar en lo posible el inevitable agotamiento de Marta, el niño y su tía se reunirían con nosotros una semana después.

Y aquí vino el gran golpe de gracia de su ingenioso plan, oh madre, nunca podrá imaginarse mi estupefacción ante el seguido de líneas, con su trazo en azul intenso, de su puño y letra, que iban conformando mi futuro, nuestro futuro, el futuro de todos nosotros, o mejor dicho, el no futuro, la nada más absoluta que debía empezar en dos o tres días.

Usted misma nos dio muerte madre, ¿cómo pudo hacer tal cosa? Solo alguien como usted podía haber ideado algo tan sublimemente negro. Únicamente alguien tan salvajemente despiadado podría haber planeado con tan calculada precisión semejante matanza. ¿Cómo puede seguir viviendo? ¿Cómo puede mirarse al espejo por las mañanas sin sentir vergüenza? La única solución digna hubiera sido el suicidio, pero claro está, eso no hubiera estado bien visto… Es usted la que debería



estar muerta madre, usted es la única que merecía morir.

Desde mi tumba, y con toda mi rabia

Su hijo

Francisco



—Esta historia de príncipes, brujas y princesas no va a acabar bien ¿Sigues ahí Tomás? Ya te lo he dicho… sí, muy fuerte. ¿Cómo? ¿Y cómo quieres que lo sepa? Es fría y distante, una especie de monstruo… Si, todas van dirigidas a ella y más o menos en el mismo tono. No, a mí tampoco me extraña, yo tampoco lo hubiera soportado. ¿No te parece inimaginable alguien capaz de dirigir esas vidas convirtiéndolas en una patraña de desencuentros de manera tan concienzuda?. Todo ese amor enmarcado siempre en la muerte y la ausencia… ¿sabes Tomás? me siento muy próxima a ese sentimiento, instintivamente… desde dentro.. No, no, no te preocupes, estaré bien. Hablamos».

Siempre he defendido que los besos que nunca se dieron nacen para doler.
Rompo con mi verticalidad, disparando a través de mis pulmones formas carnales que sólo pueden escribirse en el hueco de mi boca.
Veo cómo el verbo se rompe por la cobardía de saberme atrapada entre márgenes que nadie leerá jamás, como piedra señalando la caída de mi nombre sobre saliva seca, entre vocales desahuciadas y un sudor estéril que no se atreve a salir a la calle por temor a olerme.

Camino despacio, los pies descalzos sobre la madera fría, y cada crujido parece un golpe de tambor que anuncia la llegada de palabras peligrosas.
Toco el borde del escritorio: el tacto de la madera me devuelve recuerdos fragmentados, ecos de conversaciones que no tuve, frases que guardé con celo, cartas que nunca escribí, pensamientos que no se atrevieron a salir de mi garganta.
Todo eso se condensa en el aire, y siento que la palabra está viva, palpitando con un filo invisible.



Me detengo frente al espejo: mis ojos negros me observan como interrogando cada sílaba que he pronunciado.
Los labios tiemblan, y el corazón se encoge ante la posibilidad de que lo que digo —lo que escribo, lo que susurro incluso en mi mente— pueda herir, destruir o matar.
La habitación se expande; los objetos absorben mi pulso, se inclinan hacia la luz que entra por la ventana y me muestran la exacta dimensión de mi vulnerabilidad.

Intento ordenar mis pensamientos, convertirlos en frase coherente, en poema tangible, en acto que tenga algún sentido. Pero todo se desmorona al primer suspiro: las palabras se mezclan, se derriten, se escapan por los poros de la piel y se convierten en aire metálico, que corta la memoria y golpea la frente de quien las pronuncia.

Me siento en el borde de la cama, la cabeza apoyada en la palma de la mano.
Cierro los ojos. Escucho la casa, el silbido de un radiador, la distancia de los muebles.
Y entre todos esos sonidos cotidianos, la palabra se me revela en su forma más pura: un arma sibilina que se oculta en el gesto, en la mirada, en la mínima oscilación de un pensamiento.

Siento la tensión en cada músculo: la lengua, el cuello, los hombros.
Es un peso que no puedo soltar, un vértigo que se enrosca en mi pecho y se expande hacia afuera.
Cada sílaba que imagino, cada frase que podría pronunciar, se siente capaz de incendiar el aire, de abrir heridas en la carne invisible de los demás.

Y entonces, lo sé.
Yo sé bien que la palabra puede matar.





CAPÍTULO XI. COMO QUIEN SUBE A UN SUEÑO CONOCIDO

Y vaya muerte, madre, vaya muerte.

De un solo plumazo nos mató a los tres, dejando sólo la subsistencia del recién nacido que aún desposeído de su pasado, podría tener una vida digna no muy lejos de su madre, en la mentira, sí, pero viviendo al fin y al cabo.

Así pues un trágico accidente de coche acabó de súbito aquella mañana de invierno, hace ya tantos, con la vida de mi inventada y débil Marta y la mía propia. Sus contactos con el prestigioso Bufete Deulofeu de la Miranda le facilitaron todos los recursos disponibles y se le dio bombo y platillo al desgraciado evento puliendo de un golpe magistral todos los hilos de su ya bastante bien enredada madeja. Nadie discutió a ese lado del mar, en su limitado y pestilente mundo, la veracidad de los artículos de los diarios locales, ¿verdad madre?.

La vía permanecía ahora libre, ahora sólo quedaba que la tía y el niño regresaran con todo el dolor de su corazón, esta vez poderosamente real, a su hogar, despidiéndose



para siempre de una cuñada inexistente y de un cuñado que había significado un todo, un mar de placidez y vida, un estado real de conciencia, que se convertía de repente en tragedia y muerte, simulada, pero tremenda y forzadamente real para ambos. Los dos lo sabíamos y lo aceptamos en pos de un futuro para nuestro hijo, un futuro que sería dirigido desde las sombras por usted madre, como siempre, como todo.

Y aquí empezó mi "no vida", la que no pude perdonarle, la que no le perdonaré jamás. Y aún desde mi muerte tuve que soportar ver como mi hijo era literalmente arrancado de los brazos de su verdadera madre para ser introducido en el seno de la familia de mi hermana. Una hermana estéril, llena de rabia por su infecundidad, llena de cánones como las demás, llena de un desamor perpetuo, llena de usted madre, sí, llena de usted. Sigo sin poder perdonárselo madre, porque fue aquí donde acabó de matarla a ella. Su Glorioso Gran Plan había concluido.

¿Para qué, madre? ¿Para qué desvelar nunca lo que con tanto tiento se ideó y llevó a cabo, con la aceptación de todos los actores de su Gran Obra? ¿Qué se lograría con eso? La verdad sólo traerá



desgracia a nuestra familia y desenterrará odios, reproches y rencores, empezando por el mío propio.

Recapacite madre. No debe desvelarlo, sólo sufrirlo, en soledad, en la más pura soledad, la soledad que usted y solamente usted se merece.

Desde mi tumba

Su hijo

Francisco



«Aquí acaban las cartas.

No puede ser, tiene que haber algo más, no puedes dejarme así, Francisco, no puedes desaparecer ahora, todavía me hallo en pie de guerra mirando por tu ventana la inauguración de esta pesadilla.
Mejor rebusco en el arcón por si hubiera algo más, otro fajo de cartas… fotografías… algo. No, aquí no hay nada más que una oscuridad bien negra posada sobre mis hombros.

La idea empieza a tomar forma lentamente en mi cabeza, en un estado casi febril, se empeña en acabar de ratificar nuevas contraseñas para poder entrar dentro de la lógica acusadora de cada pausa, haciendo que cada palabra no dicha se comporte como freudianas y sinfónicas matanzas. Sospechas que viajan a kilómetros luz desde y hacia los órganos vitales. Pedazos de una historia que pretende cambiar la voz de la madurez por la de la ancianidad para elaborar un coito de rituales prematuros.

Tiemblo, en un intento hondo de no querer seguir descubriendo… porque a estas alturas presiento ya demasiado, en el tramo final de este tic nervioso que es el caminar por la vigilia de mi propia historia, entre la arena derretida de los malos recuerdos que acaban de inyectarme unos astrónomos locos que me provocarán insomnio, yo me resisto a saber… cuánto adoro el sol cuando con los ojos entornados dibujo y desdibujo el techo maldito de mis preocupaciones que ahora me parecen tan vanas, empiezo a percibir el terror visceral de conocer una verdad que no me va a gustar».

Conozco y reconozco cada centímetro del terror que sube por la espina dorsal y se instala en la garganta como un tambor invisible.



Cuando aparece, subo a los autobuses como quien sube a un sueño conocido, un déjà-vu volcánico que se despliega con aspecto de velocidad; me siento y dejo que los párpados fotografíen cada escena entrecortada que se instala en el grito, recorro cientos de películas con miles de anónimos personajes en una trama en la que no hay protagonista, donde el telón lo cierra un tipo que nadie ve, y el espectador se queda con palomitas que se pudren entre las manos.

El mundo se desdibuja. La ciudad se convierte en un collage de luces y de sombras, de bocas abiertas y manos que sujetan barras metálicas con desesperación contenida.

Mis pies apenas tocan el suelo, mis pensamientos flotan y caen en cascada por los pasillos del autobús imaginario como gotas de mercurio. Cada mirada ajena me atraviesa, me reconoce y me ignora al mismo tiempo.

El vértigo es hermoso, absurdo, aterrador; y en medio de ese caos, mi propia voz se escucha, pequeña, irónica, arrastrando el hilo de la conciencia entre lo cotidiano y lo insólito.
Pienso en cómo el miedo tiene un ritmo propio, una cadencia que se instala en las articulaciones, en los hombros, en la espalda, y dicta la forma en que nos movemos, nos sentamos, nos levantamos.

Pienso en cómo cada uno, sentado allí, ajeno y parecido, lleva su propio déjà-vu volcánico, su propio autobús hacia lo desconocido, y nadie puede intercambiar los asientos, ni los recuerdos, ni la velocidad de cada latido.

El viaje alucinatorio termina con suavidad y violencia a la vez.

El mundo sigue su curso, y yo sigo con mis pensamientos, que se



retuercen como cables deshilachados, como pelotas de hilo que nunca se desenredan.
Vuelvo a cerrar los ojos un instante y sé que todo esto es familiar, que la velocidad y el vértigo son mi paisaje cotidiano, que subir a un autobús puede ser subir a un sueño conocido, y que la sensación de peligro y maravilla no se disipa nunca del todo.

Y entonces, lo percibo: incluso en medio de la multitud, incluso en el vértigo de cada latido, cada imagen y cada sonido, existe la certeza de que el mundo es un escenario donde nadie es protagonista, pero todos sentimos que lo somos.

«Una verdad de muertes en vida, de inhumanidad controlada y conducida. Una verdad cruel que sé con certeza, va a matarme a mí también. No deja de ser irónico que teniendo tanta vida por delante haya muerto en estos días unas seis veces por lo menos. Todo lo que con tanta admiración había amado y respetado empieza a vestirse de negro, seduciendo sin permiso… arraigándose en la realidad de mis instintos, y aunque todavía amorfa, empieza a configurase en una cara, en un nombre… No, no puede ser. Me niego rotundamente a creerlo.

No puedo seguir leyendo. El papel se deshace en mis manos como si también quisiera escapar de mí. Y entonces, sin pensarlo, la llamo a gritos, mi voz sale en estampida escaleras abajo sin importarme un rábano que se rompa el universo de los Miraflores, atraviesa mi garganta como la de un espantapájaros, en pleno desorden mental, desde breves parálisis hasta la angustia más potente, pecando varias veces, atentando contra las mismísimas paredes de esta casa que ahora es mía – a veces una casa es sólo un estornudo -, sintiendo que el viento había sido siempre más veloz desde mis balcones.

Si se confirman las sospechas, ella es la más adecuada para



echar luz sobre el sarpullido de preguntas sin respuesta que están taponando mis arterias, a conciencia y con algodones de memoria coagulada.

—Pasa, mamá. Ahora ya no hay remedio, no podemos volver atrás. Qué significa todo esto, explícamelo. Así lo quiso la abuela. No sé muy bien qué consecuencias tendrá lo que tengas que decirme, pero lo que sí sé es que tú sabes la verdad que se esconde tras estas cartas. Y necesito saberla, mamá. Necesito saberla.

La observo casi con avaricia, para no perderme ni un sólo detalle en ese espacio acuoso mal interpretado por mis cansadas retinas. Se acerca despacio a la cama, yo diría que con tanto miedo que sus perros negros deben estar ladrándole al unísono para que les de una vez más un trozo de corazón con el que entretenerse, y allí de pie, recorre con la mirada el puzzle de folios amarillos. Veo cómo detiene la mirada en la firma de todos ellos y los latidos deben casi paralizarla porque tiene que sentarse al borde de la cama.

—La sangre no quiere subir hasta mi cerebro, hija. Siento vértigo, siento acidez… Dios mío, ¿qué has hecho, Victoria? ¿Por qué lo has hecho? ¡Maldita seas, maldita seas mil veces! ¡Ni muerta dejas de retorcer nuestras vidas!
—Pero… ¿qué dices? ¿Cómo te atreves a insultarla? ¿qué está pasando aquí? ¡Mamá! ¿qué pasa?
—¿No tuviste bastante con el fallecimiento de tu hijo y el mío propio que ahora quieres que se extinga ella también?, ¿Es que no vas a dejarnos en paz ni incluso después de tu muerte?

Abro la boca sólo para cerrar los ojos a estos kilométros y kilómetros de úlceras que separan la mitad de una manzana de la mitad de una navaja. Me duelen los oídos con el reproche de



su voz al tiempo que se emborrachan los sentidos por no haberme equivocado.

—¡Mamá! Habla claro, de una vez.
—Está bien, Amira… está bien. Si así lo ha querido Victoria, una vez más me someteré a su voluntad. Pero entiende… me está desgarrando. Francisco… cielo… Francisco es el hijo mayor de Victoria y… y…
—¿Y? Vamos, vomítalo ya.
—De Victoria Artús Guinovart… y de Don Arturo Deulofeu de la Miranda. Esa es la primera verdad callada que debes saber. Espera, no me interrumpas. Tu abuela y Don Arturo tuvieron un romance durante más de dos años. Creo que fue el único hombre que de verdad tocó su corazón. Pero la recia familia de los Artús tenía otros planes: un matrimonio ventajoso con Don Ernesto, primogénito de los Miraflores. En esa época nadie discutía lo decidido desde la cuna. Y así, tu abuela se casó en una boda por todo lo alto, de la que se habló durante años. Pero llegó al altar embarazada de un mes. Ernesto jamás lo supo, y la quiso de veras. Francisco creció bajo ese techo con todos los honores, mientras la verdad quedaba sepultada bajo el miedo.
—Ahora entiendo por qué en las cartas aparecía la dirección de los Deulofeu. Era una forma de mantener el contacto, sin levantar sospechas.
—Exacto. Por eso Arturo nunca dejó esta casa del todo. Por eso su sombra sigue aquí, como si le perteneciera.
—Sigue.
—La capacidad de Victoria para manejar los hilos de la madeja era absolutamente increíble, y por lo que veo sigue siéndolo tras su muerte. Llegué yo, prometida de tu padre, el hijo menor de los Miraflores. Igual que a Victoria, a mí nadie me preguntó nada. Desde niña supe que acabaría casada con él, y así lo acepté. Creí que era lo correcto. Me casé convencida de cumplir con mi deber. Pero Francisco… Francisco se cruzó en mi vida. Oh,



Amira… no puedes imaginar lo que se desató entre nosotros.
—Sí puedo, mamá. Puedo. Francisco me lo ha contado con cada palabra de esas cartas. Lo llevo sintiendo en la piel cuatro días y cuatro noches. Vuestras risas, vuestras miradas, vuestros cuerpos buscándose. Lo huelo en el papel. Y me quema.. Cuatro largos días entrando y saliendo del papel para ver si los lobos son más y los corderos menos, volviéndome loca, buscando sangre y obleas de piel aguardando el beso que transforma el café en dinamita, !!por amor a Dios!!
—Entonces sabrás que tu abuela se enteró. Y quiso repetir conmigo la misma historia que con Arturo: borrar, ocultar, sacrificar. En su furia por salvar el buen nombre de la familia, envió a Francisco lejos. A mí también me apartó. Lo hizo convencida de que era lo mejor, como siempre.
—Pero para entonces tú ya estabas embarazada ¿verdad? Y la abuela lo sabía.
—Sí. Yo misma se lo confesé. Estaba desesperada. Desde ese instante, todo lo que ocurrió fue una maraña de engaños urdidos por Victoria para que nadie pudiera señalarnos. Viajé a Venezuela bajo la excusa de cuidar a una supuesta Marta, que jamás existió. Y en ese disfraz encontré un respiro, porque estuve con Francisco. Tuvimos un hijo, Amira. Un hijo nacido del anonimato, protegido por mentiras tan firmes que todos prefirieron creerlas antes que enfrentarse a la verdad.
—¿Y qué se ha hecho del niño? ¿Qué se hizo de él mamá?

De pronto comprendo, me agarro con fuerza el corazón en un intento de apaciguar el agudísimo pinchazo muscular que acabo de sentir. Un hijo arrancado de los brazos de su madre…. y entregado a la hermana estéril de Francisco… una hermana llena de desamor como su madre....Se acaban de rearmar todas y cada una de las evasiones que había ido tejiendo para no ver lo que no quería ver, para no tener respuesta para todo. De repente, mi vida se mueve al compás de las mismas vibraciones que



salen del infierno cuando una amanece muerta por la mañana, cuando el sol amenaza con asomarse y se escucha un profundo trueno en el vientre del todavía plomizo cielo, un clic que no es un clic, es una detonación en toda regla.

Recordé claramente la última carta… tía…

La negación sale abrupta y a gritos de mi garganta, me doblo sobre la cintura en un gesto de dolor intenso y brutal, acabo de entender la trama final de todas aquellas malditas cartas, toda la perversa verdad y toda su grave mentira.

Creo que en aquellos momentos mi madre también comprendió, María adivinó, al igual que había adivinado Victoria, María supo, con la misma certeza que lo supo en su día Victoria, y se aunó a mi amargo grito....

La historia de ignominia volvía a repetirse por tercera vez, como si fuera un estigma en las mujeres de aquella familia. Amores imposibles, afectos condenados desde un inicio, sin salida, sin cabida.... desamores enlazados con la tragedia a lo largo de tres generaciones....»

El autobús desaparece de mi memoria. El vértigo se queda dentro, como una melodía rota que insiste en repetirse entre las costuras de mis pensamientos.

El mundo sigue girando, indiferente a los miedos y a los déjà-vus volcánicos que colecciono.

Cierro los ojos un instante y siento la resonancia de cada escena que capturé con los párpados: un murmullo que persiste entre la luz y la sombra, entre la ciudad y el cuerpo que habita la ciudad. No hay protagonista, y, sin embargo, cada imagen tiene un filo,



un hueco donde la vida se insinúa y amenaza con morderme. Me siento testigo y partícipe al mismo tiempo, y descubro que la sensación de peligro, de maravilla y de vértigo no necesita explicación.

Respiro profundo y noto cómo el aire se acomoda a mi ritmo, cómo mis manos buscan sostener algo que no existe: una certeza, un equilibrio, un punto fijo en el caos que todavía resuena dentro de mí.
Yo avanzo, con la misma mirada que fotografió escenas entrecortadas, con la misma paciencia que observa, que espera, que reconoce lo conocido incluso en lo inesperado.

Y en ese instante, comprendo: subir a un autobús, atravesar la ciudad, recorrer los rostros anónimos y las imágenes fugitivas, todo es un ejercicio de resistencia, de vigilancia, de intimidad compartida con lo que no se puede nombrar.

El vértigo no cesa, pero ya no hiere; se transforma en un recuerdo que me acompaña, un paisaje interior donde puedo volver a subir, una y otra vez, a un sueño conocido.





CAPÍTULO XII.SE ACABARON LOS DESLICES SILÁBICOS

A veces creo que aquel día nunca terminó, que sigue dando vueltas por la casa como un viento que no encuentra salida.

Recuerdo el aliento con olor a barro, esparciéndose por los pasillos. Parecía que el aire estuviera preñado de horizontes dormidos, huérfanos, y que la sangre fuera hermosa como un cisne. Todo se acallaba para que la paz de mis dedos llagara las ingles del mundo y rodaran las vocales, los ecos antiguos de juguetes exiliados, las coordenadas de gargantas flacas, la fiebre de los colores… que todo rodara, porque hasta el murmullo del agua era mortal en aquel tiovivo cerrado.

Recuerdo también la llegada del doctor, como tantas otras veces. La muerte, tan empírica, se presentó en su maletín de cuero. Según mamá, en los últimos meses se había convertido en una rutina más de la familia Miraflores.
Como en un ritual, tras la auscultación y las mismas preguntas sin novedad, el doctor y mamá se reunían en el salón para ajustar medicaciones o constatar el avance del desastre.

Después venía el mismo saludo breve, el olor del desinfectante recién abierto. Yo observaba desde la penumbra, sabiendo ya lo que iba a suceder, como si las palabras hubiesen ensayado su destino.
Aún puedo oír la voz del doctor, grave y fatigada, perderse entre los muebles:

—Lo siento María , le quedan apenas unos días. Los últimos análisis y la biopsia que le hicimos han certificado que el cáncer se ha extendido por todo su cuerpo. Lo único que puedo hacer es facilitarle un final lo menos doloroso posible. Aún tiene capacidad para comunicarse, pero dentro de poco ya no podrá hacer ni eso. Lo siento mucho, de veras.



Y la voz de mamá, siempre tan dueña de la calma, respondiendo con esa serenidad que partía en dos las cosas:

—Ha vivido una vida plena rodeada siempre de los suyos, doctor, y de la muerte no se escapa nadie, como usted bien dice deberíamos prepararla para la mejor muerte posible, es lo único que podemos hacer.

Aún me duele el recuerdo del roce caliente de su mejilla, el gemido que se adhería al final de los labios y cómo la lluvia se precipitaba sobre la ventana, incapaz de caber en su propio cuerpo malherido. El cielo era una colina sobre ella, un brazo crucificado en cada piedra.

La silueta de aquella escena aún flota en este cuarto, como un perfume que no ha aprendido a morir. Me acompaña cada vez que cierro los ojos, como si el tiempo no hubiera sabido avanzar desde entonces.

Tiene que haber algo más que el amor hervido con el que esteriliza mis tobillos la mañana, algo detrás de los violines que deje rastro en el paladar para subir por mis muertes con cautela, alcanzarme ceñida a la inconsciencia y desangrar la última gota de todo suspiro tolerable. Ha llegado el momento de subirme a tu cielo, espérame Victoria...

Aquí mismo, sentada en una banqueta a los pies de esta cama, me hubiera gustado componerte una canción, pero la música se ha mudado a kilómetros de esta enorme cama con dosel y columnas corintias, se ha alejado cojeando entre carcajadas que no saben reír y que ahora llenan la espaciosa habitación. Cuánto había disfrutado de pequeña de la libertad de poder entrar y salir cuando quisiera de este cuarto, todo un privilegio vetado de manera absoluta al resto de la familia.



En este verano malicioso que más parece un enero redoblado, he saludado con el alba a esta gran mujer todos los días, por entre los matorrales perpétuos de este desierto mundano que habita entre mis dedos, como si esta habitación fuera un simple ring capaz de sacarnos de lo absoluto y de lo miserable, arrancarnos este sabor a hecatombe, abrir el ventanal en las horas de sol para renovar el aire, ese aire que parece un polizonte que llevara consigo un memorial de mañanas heladas en pleno verano, donde el vapor sale de las bocas como locomotoras perdidas entre madrugadas, ese aire que inevitablemente acababa oliendo a enfermedad, a final próximo, a despedida grave.

A veces la oigo todavía.
Su voz, fatigada, se abría paso entre los silbidos del pecho, cada bocanada le quemaba los pulmones y su ritmo era tan lento… tan lento…

—Mi niña… —me decía.

Y yo le rogaba que descansara, que no forzara la voz.

Qué pequeña me parecía entonces, medio incorporada en aquella cama enorme, con el cabello níveo, aún abundante y fino, peinado hacia atrás y recogido en un moño alto. Normalmente eran las manos de Abelina las que lo formaban con paciencia amorosa, pero en aquellos días había tomado su relevo mi madre, dejando sobre su cabeza un rastro de cuidado distinto, más firme, más hondo. No había perdido ni una pizca de coquetería. Toda su dignidad, arrugada por la experiencia, los años y las pérdidas, seguía brillando bajo la penumbra de la habitación, como un susurro que se resiste a morir.

Entre lo que había y lo que ya no, yo trataba de ajusticiar el pulso de los días, levantando las cajas que se le habían caído del



tiempo sólo para tener el privilegio de dejarlas sobre aquella mesa repleta de mil consejos que nunca he olvidado.

—¿Don Arturo y yo… Ami? ¿De verdad… cómo? —me preguntó con una media sonrisa que apenas sostenía la travesura.

Y yo reía.

—Bueno… no te quejes, me pareció una buena forma de vestir a Francisco. Ya sabes, gabinete de abogados con sucursales, asuntos en el exterior, pisto suficiente… En fin, ¡cuadra!

Poco a poco se iba encogiendo, pero sus ojos, de ese azul intenso casi frío, seguían alerta.
Ahora son resonancias entre los claveles del jardín.
Se estaba despidiendo de todo, de todos, de la pesadilla que violaba al sueño con torpeza, de las sombras que empañaban los edificios, de los detalles de un abrazo, de sus castillos de alambres y cenizas.
Y aun así, tuvo el coraje de dedicarme su sonrisa más tierna. A mí.
A la niña de sus ojos.
A su princesa.
Todo tenía importancia, menos la vida. Qué pequeña me parecía…

—La po...bre Aurelia, que no lea... —musitó.
—No, no, abu —le dije—, esta historia es solo para ti, como hacíamos cuando yo era pequeña, en la buhardilla, ¿recuerdas? Aunque convendrás conmigo que es un poco “señorita Rottenmeier”, ¿no?

Por su mirada resbaló la palabra.
Aún puedo verla: las verdades bajitas dimitiendo de los titulares,

el café a pie de página, las frases amontonándose en la caja del pecho, que nada sabía aún de respiraciones de madera.
Mi pobre palabra desmontada temblaba a su lado, con los puntos suspensivos de sus ojos colgados de la frente, y aun así intentaba cautivar la vida en su último baile.

—Ami... vuelve a leer... tú... María...
—¡Claro, abu! Sabía que te gustaría este pasaje. He sido generosa y amable, ¿eh? ¿Te refieres a este?

Y le leí:

«No me convence el discurso de la fotografía que te imagina todavía en la alacena, con tu verdad indolora en sobrecitos de colores, mientras calientas la leche y dibujas de memoria la boca de tus hijos, porque allí quedó encogida toda la ausencia pasando el aspirador sobre los días.
No puedo comprarme unos ojos de madre, unas manos expertas en trenzar los descuidos, pero puedo reinventarte en la cocina de mi pecho, la cocción de la risa en amarillo secando el llanto del sol en la tarde, las olas de tus ojos como un naufragio degenerado en la geografía de ese potaje que nos enseñó a restar garbanzos y a sumar tus besos, también en las uñas del otoño que no se ha ido o en los labios limpios de mi desierto.
Puedo imaginarte más madre que nunca, con azucarillos colgando de las orejas, los brazos de agua tímida y ese olor a frío escondido, un nuevo caldo para ese invierno que es mi cúpula, un atlas para la paz de mi último minuto».

—Pre...cioso cielo... —susurró.

Todavía me duele su aliento.
La recuerdo como una cuerda floja donde yo intentaba mantenerme sin caer, mientras las venas se me llenaban de un



perfume triste, amarrado a la ventana.
Ella se fundía lentamente en la arena y cuando los dioses bajaban demasiado la voz, yo seguía aferrada a su nombre, asumiendo el riesgo de los acentos, de la huida.

Ya no había antibiótico para aquellos párpados que se cerraban lentamente.
Pero a veces, amanecía el vértigo de las hojas sobre el eco de los libros y el café.
Las urgencias callaban de puntillas tras el dolor del cuerpo.
Y yo, tan cuidadosamente como podía, moría un poco en aquel mar de sangres y timones, mientras la vida, de nuevo, se me moría entre las manos.

—Ami… ¿Tomás y tú…? —preguntó de pronto.

Y entonces, como me enseñó, subí por una idea, la mantuve al filo de mi pelo negro, negrísimo, mientras se descorría el tiempo por mis muslos y el liquen supuraba en mis cajones amarillos.
Las palabras, las suyas y las mías, se arremolinaban entre botellas a la deriva, entre versos, entre viejos que regresaban del dominó con los pies arrastrando el olvido.
Ella sonreía con un resto de lucidez y en esa sonrisa inventamos otra ciudad, una ciudad que sólo podía leerse con binoculares desde la distancia del amor.

Todas mis miserias la echaron de menos desde entonces.

Y aún recuerdo los estantes donde guardaba su sonrisa cómplice, la yugular abierta al beso, los dedos saliendo de la sombra líquida, el óxido de sus pasos.
Todo eso —ahora lo sé— forma parte de mi historia.

Y la última palabra que escuché fue la mía, temblando:



—¡Zona roja, abuela!... ese es un tema delicado... ya te explicaré... ahora descansa,
abuela... ¿abu?... ¿abuela?... ¿Victoria?... ¡mamá!... ¡ven!... ¡corre!

He asistido al entierro de la tarde, tendidamente muerta, acuchillada sobre el verde, con los oscuros pezones mirando el azul pornográfico de este maldito techo donde todo parece ser para siempre. He visto el rigor mortis de tu nombre y he sentido esa locura exangüe que me tiñe, me sarna, me adereza y me desnuda ante un vuelo de palomas malgastado. Así que renuncio a mi palabra, a las huellas dactilares que la nombran, a las etiquetas de buena conducta, ¿sabes por qué? porque siempre he tenido hermanas en la cal de las paredes y tú me duchabas con la culpa de los versos.
También yo soy primeriza en tu muerte, esta carrera de agostos donde la anatomía de la piedra me llena la boca, la seca, agranda los bolsillos de los mares de hojalata que me invento para ti y que resuenan por mis labios, en la geografía de una mano, en el cuello tenso de la tarde que ya nunca se destensará. Se acabaron los deslices silábicos locuaces con lunas de hierba en los tobillos de cada abecedario y un sutil regusto a desenlace, porque ahora sobro en el límite del mundo, en la lágrima abultada, y como tú muero más allá del nacimiento de los nombres.

Siento la coz puesta en pie como la luz cuando señala, obstinada, la arruga del espejo, la locura en los pómulos, el crimen sobre la hiedra, unos ojos cerrados con llave, el dramatismo del día y su cojera, dos pausas sin pasaporte que huyen a los límites del hombro. Siempre ha sido así, a lo largo de todas las muertes a las que siempre llego tarde.
Y así fue, Victoria.



El tiempo terminó por sellar la habitación con un vacio que ninguna palabra volvería a vulnerar.

Hoy, cuando abro las ventanas y el aire entra como un intruso conocido, juro que todavía puedo oler ese verano.

He aprendido a no buscarte, pero sigo encontrándote en los lugares donde el polvo dibuja tu sombra y el eco pronuncia tu nombre como si lo ensayara.

Al pie de tu tumba, dentro de una funda de plástico transparente para resguardarla de las inclemencias del tiempo, la libreta de piel sigue esperándote.

Yo también te espero, a veces toco ligeramente las tapas del cuaderno, sólo para comprobar que los delirios monocromáticos aún descansan dentro, que tus palabras y las mías no han aprendido del todo a morirse.

Y entonces, aunque lo niegue, vuelve el rumor de aquel aliento con olor a barro, la certeza de que se acabaron los deslices silábicos, sí... pero no la forma en que tu voz, incluso ahora, sigue dictando mis vocales.



Nota Editorial

Esta novela, bajo el título original "Quién te dio permiso", fue merecedora de accésit y mención especial en el Certamen de Novela Corta Katharsis 2008.

Hoy, La Náusea Ediciones la publica en esta versión corregida y ampliada, bajo el título "El jardín de los ausentes" (2026).

"El jardín de los ausentes" trasciende la reconstrucción familiar adentrándose en la memoria y trazando una topografía de los vínculos que sostienen y desgarran a sus personajes. En estas páginas, el pasado, con una magnitud imponente, murmura y se encarna en habitaciones detenidas, en objetos que tiemblan y en los ecos de voces que todavía habitan la casa.

A través de la mirada de la protagonista, el relato se adentra en los recovecos de una herencia tanto material como espiritual y emocional. Cada diálogo, cada silencio y cada grieta revelan la persistencia de un linaje atrapado entre el deber y el deseo de huir del peso de lo heredado.

La prosa, lírica y precisa, busca fusionar lo doméstico y lo sagrado, lo íntimo y lo teatral. Su objetivo es transformar la casa familiar en un organismo vivo, donde polvo y luz dialogan con los recuerdos. En ese territorio intermedio que oscila entre la confesión y el exorcismo, la autora medita sobre la identidad, la pérdida y la necesidad de revisar el pasado para progresar.

Esta edición no solo recupera una obra premiada, sino que la reintegra a su respiración original con nuevos capítulos y pasajes que amplían su arquitectura emocional.



"El jardín de los ausentes" es una ceremonia de despedida y una invitación a reconocer que las casas, como las vidas, solo revelan su verdad cuando se atreven a mostrar sus grietas.





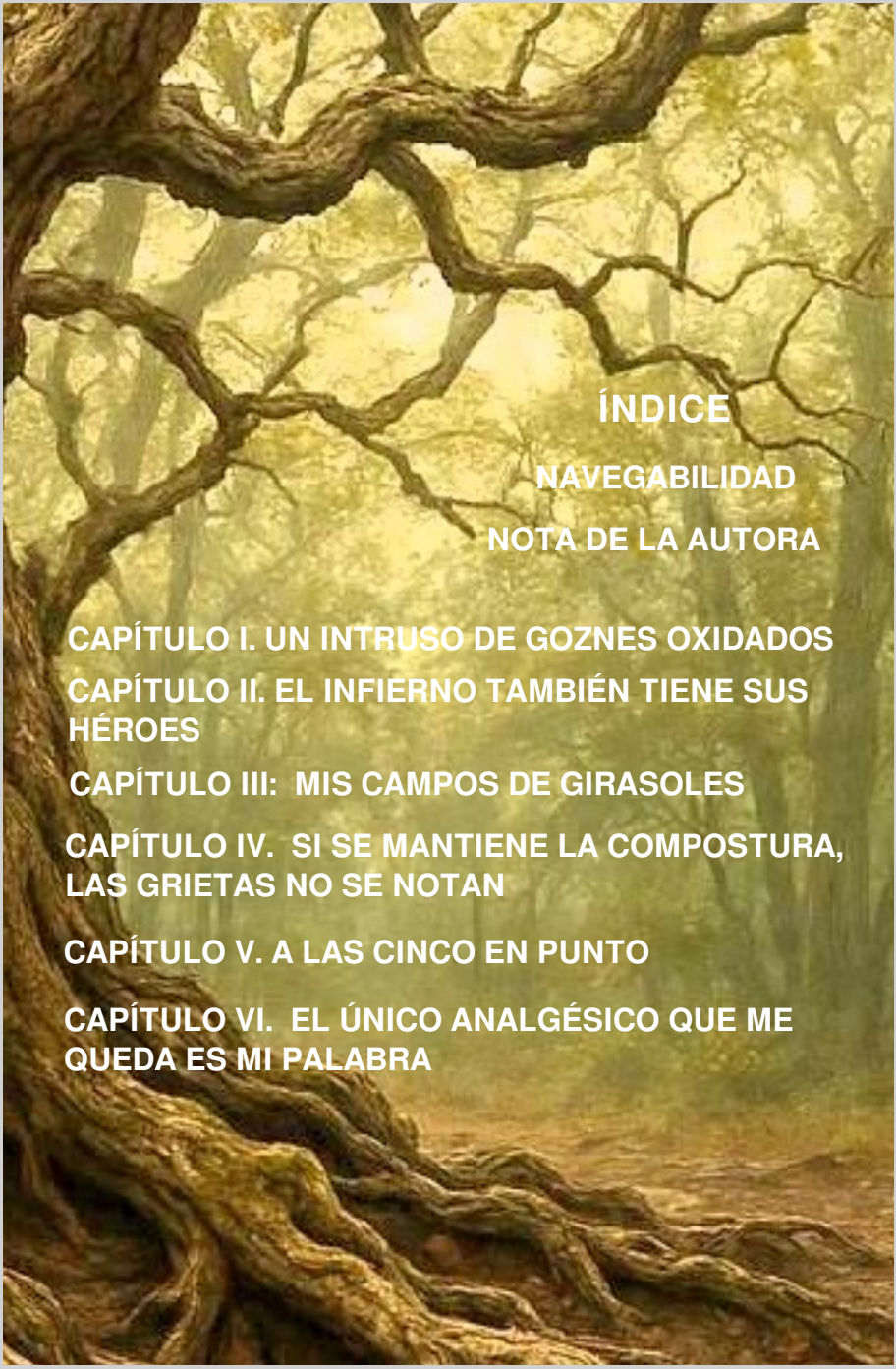
Nota Biográfica



Marian Raméntol. Artista multidisciplinar que aborda la poesía, traducción, música, fotografía y cinematografía. Directora de la Plataforma cultural La Náusea. Miembro del grupo musical Orquestracions Dissonants Internes con el que ha editado vídeo-libros y diversos álbumes además de bandas sonoras de cortos y mediometrajes. Ha trabajado con músicos experimentales en múltiples recitales y performances. Ha traducido a poetas contemporáneos al catalán, castellano e italiano. Ha publicado diecinueve poemarios y ha sido incluida en dieciocho antologías. Ha sido premiada en diversos concursos nacionales e internacionales, y su obra ha sido ampliamente difundida en revistas especializadas donde ha publicado poesía, prosa, ensayo y artículos de opinión. Ha sido traducida al inglés, alemán, italiano, rumano, armenio, portugués, búlgaro, bosnio, montenegrino y estonio. Su actividad en el ámbito artístico y poético le ha llevado a formar parte de festivales (tanto poéticos como de cinematografía), exposiciones, recitales y diferentes actos patrocinados por ayuntamientos, editoriales y otras entidades culturales. Es autora de varios guiones cinematográficos y también conductora (junto a Cesc Fortuny i Fabré) del podcast de arte y cultura mensual SINTAGMA de la Plataforma Cultural La Náusea.

Web de la autora: https://marianramentol.wordpress.com





ÍNDICE

NAVEGABILIDAD

NOTA DE LA AUTORA

CAPÍTULO I. UN INTRUSO DE GOZNES OXIDADOS

CAPÍTULO II. EL INFIERNO TAMBIÉN TIENE SUS HÉROES

CAPÍTULO III: MIS CAMPOS DE GIRASOLES

CAPÍTULO IV. SI SE MANTIENE LA COMPOSTURA, LAS GRIETAS NO SE NOTAN

CAPÍTULO V. A LAS CINCO EN PUNTO

CAPÍTULO VI. EL ÚNICO ANALGÉSICO QUE ME QUEDA ES MI PALABRA



CAPÍTULO VII. RECETAS MILAGROSAS PARA EXORCIZAR CONDENAS.

CAPÍTULO VIII. “ABRA-CADABRAS” AMARILLENTAS

CAPÍTULO IX. JARDINES REPLETOS DE TORMENTAS PUNTIAGUDAS

CAPÍTULO X. LA PALABRA PUEDE MATAR

CAPÍTULO XI. COMO QUIEN SUBE A UN SUEÑO CONOCIDO

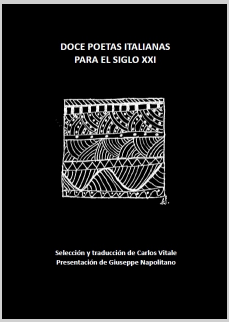
CAPÍTULO XII .- SE ACABARON LOS DESLICES SILÁBICOS

NOTA EDITORIAL

NOTA BIOGRÁFICA

CATÁLOGO GENERAL DE LA NÁUSEA EDICIONES

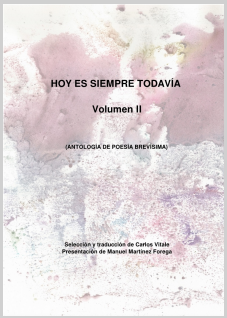
Antologías Poéticas:



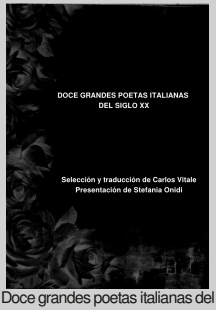
Doce poetas italianas para el siglo XXI
Selec. y traduc. de C.Vitale
Género: Poesía



Hoy es siempre todavía
Selec. y traduc. de C.Vitale
Género: Poesía



Hoy es siempre todavía. Vol. II
Selec. y traduc. de C. Vitale
Género: Poesía



Doce grandes poetas italianas del siglo XX
Selec. y traduc. de C. Vitale
Género: Poesía



En el vaivén salvaje y aprendido
Selec. B. Pérez y M. Raméntol
Género: Poesía

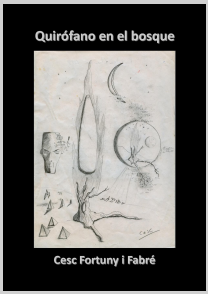


Doce poetas catalanas para el siglo XXI
Selec. y traduc. de C. Vitale
Género: Poesía

Libros de autor:



Métodos para ahogar con la nariz
Cesc Fortuny i Fabre
Género: Poesía



Quirófano en el bosque
Cesc Fortuny i Fabre
Género: Narrativa



Manual del asesino autodidacta
Cesc Fortuny i Fabré
Género: Poesía



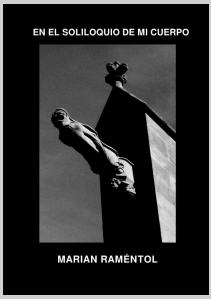
Las flores del búnquer
Cesc Fortuny i Fabré
Género: Narrativa



Alzheimer de cuervo
Cesc Fortuny i Fabré
Género: Narrativa



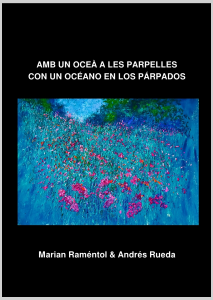
Malos Versos (libro de artista)
Marian Raméntol
Género: Poesía y plástica



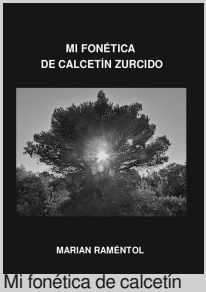
En el soliloquio de mi cuerpo
Marian Raméntol
Género: Poesía



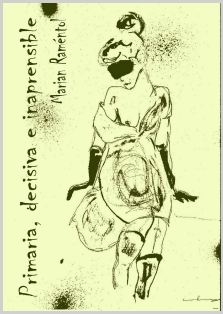
Salvoconductos hacia las primaverras-M.Raméntol
Prólogo: A.Perdigón Delgado
Género: Poesía



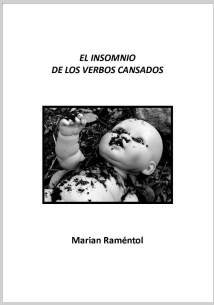
Con un océano en los párpados/
Amb un oceà a les parpelles
Ed. bilingüe español/catalán
Género: Poesía y pintura
Autores: M. Raméntol&Andrés Rueda



Mi fonética de calcetín zurcido
Marian Raméntol
Género: Poesía y fotografía



Primaria, decisiva e inaprensible
Marian Raméntol
Género: Poesía



El insomnio de los verbos cansados
Marian Raméntol
Género: Poesía



La Mazmorra del iris
Nanna
Género: Poesía

Otras publicaciones físicas:

Maldiciones del lado de la sombra
Género: Poesía
Colección Audio libros- Formato: Audio libro-objeto

Julio sigue muerto a pesar de tus pupilas
Género: Poesía
Colección: Plaquettes

Metáfora, en busca del lenguaje único & El luto de los colores
Género: Poesía
Colección Video-libros

Ediciones Periódicas:
Plataforma cultural La Náusea

Otros enlaces de interés:
Servicios literarios de La Náusea (Corrección literaria, Tutorial poesía verso libre, presentación de poemarios a concursos públicos)

CONTACTO:
lnausea@gmail.com

En la vieja casa familiar, donde cada objeto respira memoria y cada silencio guarda un temblor, Amira regresa para enfrentarse a lo que nunca se dijo. Los pasillos impecables, el jardín que huele a ausencia y la buhardilla que parece vigilarla son escenarios de un pasado cuya huella no termina de borrarse.

Para comprender esa herencia emocional, hecha de gestos, sombras y heridas que no siempre se nombran, Amira recurre a la única herramienta capaz de ordenar el caos, la imaginación. A través de un cuaderno reconstruye versiones posibles de lo que pudo haber sido.

El jardín de los ausentes es un viaje íntimo hacia lo soterrado, una exploración de la memoria, de los silencios heredados y de la potencia creadora de la palabra. Una novela que habita al lector y lo invita a preguntarse qué puertas de su propia casa siguen sin abrirse...

La Náusea
ediciones